PRO MANUSCRITO

HEREJIAS DEL CAMINO NEOCATECUMENAL

Padre ENRICO ZOFFOLI

Pro manuscripto

HEREJÍAS DEL MOVIMENTO NEOCATECUMENAL

Padre Enrico Zoffoli

Roma
1991

Enrico Zoffoli. Nacido en Marino (Romania) en 1915, ha estudiado en Roma y en Lovaina (Bélgica). Graduado en filosofía, ha enseñado en la Pontificia Universidad Lateranense. Es miembro de la Pontificia Academia S Tomás de Aquino. Autor de obras hagiográficas y de numerosos ensayos de índole filosófico y teológico.

OBRAS DEL AUTOR

Itinerario alla filosofia
I Pasionisti
La povera Gemma.
Problema e mistero del mal
La Passione mistero di salvezza
Perche credo
S. Paolo della Croce. Storia critica (3 volúmenes)
S. Paolo della Cruce. Diario spirituale
Catechismo della fede cattolica
La Messa è tutto. Teologia a servizio della fede

In persona Christi: La Messa unico tesoro e la sua concelebrazione
Abbà: Alla scoperta del Padre
Perché credo
Galileo. Fede nella ragione, ragioni della fede
La confessione è ancora necessaria?
Eucaristia ed Ecumenismo. Dialogo
Il male
La verità
Principi di filosofia.
Dizionario del Cristianesimo
Alla scoperta di Gesù

Í N D I C E

A LOS LECTORES 7
INTRODUCCIÓN 8

PRIMERA PARTE 11
LAS IDEAS 11

I
NINGUNA REDENCIÓN 11
II
EL HOMBRE NO PUEDE OFENDER A DIOS 12
III
NO MÁS SACRIFICIOS EXPIATORIOS 14
IV
PECADO IMPOSIBLE 17
V
CRISTO NO ES MODELO DE SANTIDAD PARA NADIE 19
VI
«TODOS SOMOS SACERDOTES...». 21
VII
LA IGLESIA CATÓLICA NO ES EL ÚNICO REDIL DE CRISTO 23
VIII
"LA PALABRA DE DIOS" ELIMINADA DEL MAGISTERIO 26
IX
PARA SALVARSE BASTA CREER EN LA MISERICORDIA DE DIOS 29
1 - El problema del pecado 29
2 – La gracia del perdón, de la conversión, de la expiación 31
3 - La fe que salva 32
X
«EN LA IGLESIA PRIMITIVA NO EXISTÍA LA CONFESIÓN...» 36
XI

"EN LA EUCARISTÍA NO HAY NINGUNA OFRENDA" 43
1 - Rechazo del Sacrificio *44*
2 - Negación de la Presencia Real *47*
3 - Contra el culto eucarístico *52*
XII
PARA TODOS, EL VEREDICTO DE DIOS ES SOLO PERDÓN Y MISERICORDIA 56

EPÍLOGO 57

SEGUNDA PARTE: 59
LOS HECHOS 59

I
ACLARACIÓN INTRODUCTORIA 59
II
LA IGLESIA PARALELA 60
III
LA IGLESIA SUPERIOR CARISMÁTICA 65
IV
LA CONFESIÓN PÚBLICA 70
V
ENORME RIQUEZA 72
VI
SOCIEDAD SECRETA 74
VII
FUNDAMENTALISMO EN LA EXÉGESIS 76
VIII
"CAMINO" SIN META 78
IX
LO QUE EL PAPA NO SABE 80

CONCLUSIÓN 85

APÉNDICES 86

I - Una madre de familia *86*
III - Otra madre de familia *88*
IV - Un sacerdote *93*
V - Un hombre de familia, 16 de julio de 1989 ..... *95*
VI - Testimonio en general [...J *98*
Estimado Padre Zoffoli: *100*

A LOS LECTORES

He tenido que preparar esta nueva edición del folleto porque me han estimulado las peticiones de un público que sigue informándose sobre este tema tan serio, reflexionando sobre él y tomando decisiones llenas de responsabilidad para la vida de la Iglesia.

Ninguna reacción por parte de los Neocatecumenales: el silencio permaneció impenetrable, incluso después de haber dirigido una carta abierta a todos para invitarlos al diálogo.

Pero, a pesar de esta actitud —ambigua y ciertamente poco favorable a su causa— un público cada vez más amplio y atento continúa estudiando sus pensamientos, comprendiendo y juzgando sus comportamientos, tomando las distancias necesarias respecto a un Movimiento que se revela cada vez más cerrado, altivo, como se podría esperar de una secta herética.

Que desgraciadamente sigue gozando del favor de una parte del Clero; Esto preocupa a muchos, que se preguntan si todavía ignora las bases doctrinales del "camino", haciéndose cómplice —aunque sea materialmente— del oscurecimiento de numerosas conciencias.

No se trata de una cuestión de intereses personales, sino de fe, por la cual todo creyente debe levantarse. Para resolver todo rápidamente, bastaría que los Neocatecumenales se declararan dispuestos a profesar las verdades concretas que dan la impresión de haber negado. Me refiero, obviamente, a los dirigentes y responsables del Movimiento, no a los demás, que quizá aún lo ignoran todo.

Me gustaría al menos que se me demostrara que he entendido mal el pensamiento de los líderes carismáticos; en cuyo caso estaría dispuesto a cambiar de opinión, siempre que declaren públicamente que repudian o tienen intención de modificar radicalmente el texto que he examinado.

Roma, 21 de junio de 1991 EL AUTOR

INTRODUCCIÓN

Durante muchos años el M.N. goza de la estima, favor y alabanza de algunos miembros de la Jerarquía católica: sería bastante laborioso elaborar una colección completa de todas las expresiones de satisfacción y benevolencia de los mismos Papas, Pablo VI y Juan Pablo II.

Su "Camino" ha sido presentado y elogiado como un método ejemplar para volver al cristianismo más auténtico, en la eliminación decidida de todos los desechos que a lo largo de los siglos han desfigurado su rostro y traicionado su mensaje. El éxito alcanzado parece evidente en la multiplicación de las "comunidades" surgidas en miles de parroquias..., en la erección de nuevos seminarios, en la actividad misionera desarrollada por grupos familiares en lejanas tierras de la primera evangelización. Todo llevaba a pensar en una intervención extraordinaria del Espíritu, particularmente providencial en una época de apostasía de la fe como la nuestra.

La fuente inspiradora de este vasto fenómeno es un texto inédito que recoge un curso de instrucción para "catequistas" impartido en febrero de 1972 por Kiko Argüello y Carmen Hernández en Madrid. Consta de un volumen mecanografiado de 373 páginas. Éste, fotocopiado, circula como texto formativo para los nuevos apóstoles. No se puede decir que sea oficial sólo porque es confidencial, no porque no exprese las ideas y creencias de los autores. Hasta el momento nunca ha sido modificado ni retractado; y nadie, desde junio de 1990 hasta hoy, ha protestado para obligarme a rectificar total o parcialmente mi juicio crítico.

Examinado repetidamente desde los años 80, resulta que, entre algunos elementos positivos, el texto contiene muchos otros seriamente negativos, porque son irreconciliables con las verdades fundamentales del cristianismo propuestas por el magisterio solemne de la Iglesia, como creo haber demostrado en ediciones anteriores del ensayo. El cual, habiendo sido enviado a todas partes en Italia, debía informar a muchos de la pública **acusación de herejías** que yo sostenía...

No me han pedido explicaciones ni me han invitado a una revisión crítica, a un debate... Hasta ahora la indiferencia y el silencio han saludado mi obra. Esta actitud es extraña y preocupante, especialmente por parte de ciertos líderes de la ortodoxia católica. ¿Cómo explicarlo? Dejo todo al juicio de Dios y de la historia. Pero este mismo juicio me estimula a volver a la tesis básica: las **premisas del M.N. son heréticas**; y esto lo recalco especialmente para aquellos que han considerado el título del "ensayo" exagerado o incluso calumnioso.

Los Neocatecumenales están deseosos de presentarse como miembros celosos de la Iglesia Católica, muy fieles al Papa; Sus encuentros con Él –especialmente en ciertas audiencias públicas– son sensacionales, espectaculares y muy publicitados. Todos deben saber que constituyen la Iglesia más verdadera, superior a la de los simples creyentes que no siguen el "camino" indicado por Kiko.

Están tan ansiosos de ser considerados dóciles a las directrices del Papa —y por tanto de poder afirmarse e incluso imponerse— que se atrevieron a hacer creer que habían obtenido la aprobación solemne del Movimiento por parte de la Santa Sede cuando, el 30 de agosto de 1990, el Pontífice se limitó a escribir a Mons. Cordes, su asistente, una dolorosa —pero privada— carta de agradecimiento por su trabajo...

En Italia, algunos obispos y párrocos se sintieron obligados a aceptar y apoyar el "camino" neocatecumenal, habiendo leído en el documento papal: "Espero, por tanto, que los hermanos en el episcopado valoren y ayuden —junto con sus sacerdotes— este trabajo por la nueva evangelización, para que se realice según las líneas propuestas por los iniciadores...". Obviamente fueron demasiado lejos, porque después de un tiempo, en AAS 1990; pág. 1513 Cualquiera podría leer y meditar la siguiente aclaración: "*La intención del Santo Padre, al reconocer el Camino Neocatecumenal como itinerario válido de formación católica, no es dar indicaciones vinculantes a los Ordinarios del lugar, sino solo animarlos a considerar con atención las Comunidades Neocatecumenales, dejando sin embargo al juicio de los mismos Ordinarios el actuar según las necesidades pastorales de las distintas diócesis*".

El problema que planteo de nuevo es éste: ¿son compatibles los presupuestos del «camino» neocatecumenal con la doctrina católica? ¿Cuál es la relación entre los Neocatecumenales y la Iglesia? Para saberlo, la única fuente de investigación objetiva y exhaustiva sigue siendo el documento citado: el único verdaderamente completo...; la única considerada autorizada

por ser fiel al pensamiento de Kiko y Carmen...; el único criterio todavía inalterado y por tanto seguro para un juicio críticamente válido.

Resulta que:

•al respecto, nadie podrá reprocharme haber "inventado", atribuyendo a los autores del texto lo que nunca pensaron...;

•Kiko y Carmen sólo pueden rechazar la acusación de "herejía" si están dispuestos a hacer una profesión pública de fe contraria a los errores que se les han atribuido.

En conclusión, creo que todavía puedo sostener la acusación de herejía contra los neocatecumenales que han comprendido y aceptado el contenido doctrinal del documento; por lo tanto, su influencia en la Iglesia constituye una seria amenaza para la ortodoxia católica. La buena fe, si bien puede salvarlos, no exime a nadie del deber de desenmascarar sus errores. Se trata de un lenguaje que sólo puede parecer ingenuo y anticuado para quienes ya no creen en la verdad y son ajenos a la Iglesia que continúa enseñándola y defendiéndola.

Kiko Argüello y Carmen Fernández

Primera parte

LAS IDEAS

"Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios, por la hipocresía de impostores que tienen cauterizada la conciencia..."
(1 Tim 4:1).

I

NINGUNA REDENCIÓN

JESUCRISTO FUNDÓ LA IGLESIA PARA QUE, A TRAVÉS DE LOS SIGLOS, PUDIERA APLICAR LOS FRUTOS DE SU REDENCIÓN A LAS ALMAS; SI SE NIEGA ESTO, LA IGLESIA NO TIENE RAZÓN SUFICIENTE PARA EXISTIR ANTE DIOS NI ANTE LA SOCIEDAD HUMANA Y LA HISTORIA. AHORA, EL M.N. EN LA DOCTRINA DE KIKO RECHAZA LA "REDENCIÓN"; POR TANTO, ESTÁ FUERA Y CONTRA LA IGLESIA CATÓLICA.

En realidad, según Kiko, el Espíritu Santo (...) ha respondido al actual "**proceso de desacralización y de crisis de fe con el Concilio". ¿De qué manera? "El Concilio ha respondido renovando la teología. Y ya no se habla del dogma de la redención..."** (pág. 67).

El Concilio Vaticano II, sin embargo, enseña exactamente lo contrario, porque Jesús, «con su obediencia ha llevado a cabo la *redención*» (LG 3). –

- Él "llevó a cabo la *redención* mediante la pobreza y la persecución..." (*ibid.*, 8); "el pueblo mesiánico (...) también es aceptado por Él como un instrumento de *redención*..." (*ibid.*, 9);

- "el estado religioso (...) da testimonio de la vida nueva y eterna adquirida por la *redención* de Cristo..." (*ibid.*, 44);

- Porque Dios misericordioso y sabio quiere realizar la *redención* del mundo (...), envía a su Hijo..." (*ibid.*, 52);

- «Esta unión de la Madre con el Hijo en la obra de la *redención* se manifiesta desde el momento de la concepción virginal de Cristo...» (*ibid.*, 57);

- en la celebración de la Misa «se realiza la obra de nuestra *redención*...» (SC 2; cf. UR l2; PC 5; AA 2,5; DH 11; PO 13; GS 67, etc.). (SC 2; cf. UR l2; PC 5; AA 2,5; DH 11; PO l3; GS 67, etc.).

II

EL HOMBRE NO PUEDE OFENDER A DIOS

JESÚS REALIZÓ LA REDENCIÓN DEL MUNDO EXPIANDO EL PECADO COMO OFENSA A DIOS; AHORA BIEN, SI EL HOMBRE, AL PECAR, NO PUEDE OFENDER A DIOS, CIERTAMENTE NO TIENE EL DEBER DE EXPIAR; PERO SIN EXPIACIÓN NO HAY REDENCIÓN; POR TANTO, TAMPOCO TENDRÍA LUGAR LA REDENCIÓN, Y LA IGLESIA, ESTABLECIDA PRECISAMENTE PARA CONTINUAR LA OBRA REDENTORA DE CRISTO, NO TENDRÍA OBJETO: LA HUMANIDAD PUEDE PRESCINDIR DE ELLA.

Kiko no puede concebir el pecado como una ofensa a Dios; sólo piensa —y esto es obvio, como siempre han enseñado todos los teólogos de la Iglesia muchos siglos antes que él— que el hombre no puede «**robar a Dios su**

gloria...»; no puede **«dañar a Dios (...), porque entonces Dios sería vulnerable y no sería Dios...**» (pág. 182). ¿Quién podría suponerlo? Por tanto, y otro sentido muy distinto que la Iglesia siempre ha atribuido al *pecado como una ofensa a Dios*: precisamente el sentido que Kiko ignora, explicando —lo veremos enseguida— cómo no puede concebir el deber *de la expiación*.

Sabe —y con él todos los que le siguen— que el hombre, con su pecado, aunque en realidad sólo se daña a sí mismo, ofende a Dios en cuanto comete la injusticia de negarle lo que le es debido: el reconocimiento cordial de su dominio soberano y, por tanto, de su dignidad de Valor Absoluto, Meta Última, Ley Suprema...

El hombre, al pecar, lo rechaza, y por eso presume tanto de Él que, si dependiera de Él, llegaría a suprimirlo...; no puede soportar su propia subordinación radical al «OTRO»; y precisamente en este intento consiste toda la perversión intrínseca de la voluntad humana, y en este sentido hay que hablar de «ofensa a Dios», aunque Dios, en Sí mismo, permanezca inalterado. ¿No es Jesús quien habla de «nuestras deudas» para con Él? (Mt 6,12). ¿No es la justicia la que nos manda satisfacerlas?

- Incluso el Concilio, hablando del perdón obtenido de la misericordia de Dios, habla «*de las ofensas que se le hicieron*...». (LG 11); y Santo Tomás, el más autorizado intérprete de la doctrina de la Iglesia, resumiendo y anticipando el pensamiento de un verdadero ejército de Padres y Teólogos, considera el pecado como una verdadera ofensa a Dios (*S. th*., I-II, q. 47, a. 1, 1um; q. 71, a. 6, 5um; q. 73, a. 8, 2um; q. 21, a. 4, 1um; *Suppl*., q. 13, a. 1, 1um).

Todo puede resumirse recordando el supremo de los deberes: el de amar a Dios. Ahora bien, ¿negarse a amarle no significa ofenderle?

Kiko, al negar la posibilidad, niega la necesidad de la *reparación* y el consiguiente beneficio de la *redención*, como recuperación de todos los bienes derivados del amor al Bien Supremo. La Iglesia fue fundada por Jesús para que, mediante la gracia de los sacramentos administrados por ella, el hombre participara de la Pasión expiatoria y redentora... Si, en este sentido, no continúa la obra de Cristo, ¿a qué se reduce su acción?... ¿cómo puede pretender «servir» al mundo?... ¿cómo puede justificar su existencia como sociedad superior a todas las demás?

III

NO MÁS SACRIFICIOS EXPIATORIOS

JESÚS REDIMIÓ AL HOMBRE SACRIFICÁNDOSE EN LA CRUZ PARA EXPIAR SUS PECADOS. AHORA, PRECISAMENTE LOS MÉRITOS DE SU OFRENDA SANGRIENTA CONSTITUYEN LA ÚNICA RIQUEZA QUE LA IGLESIA DEBE PROCURAR A LAS ALMAS MEDIANTE EL EJERCICIO DE SUS PODERES. POR TANTO, AL HABER NEGADO EL SACRIFICIO DE CRISTO, LA IGLESIA NO TIENE NADA QUE OFRECER AL HOMBRE PECADOR QUE ESTÁ DESTINADO A REDIMIRSE A SÍ MISMO. KIKO, PRECISAMENTE PORQUE NIEGA A LA MUERTE DE CRISTO EL SENTIDO, EL VALOR Y EL MÉRITO DE UNA AUTÉNTICO SACRIFICIO, NO PUEDE EXPLICAR LA FINALIDAD DE LA IGLESIA NI, POR TANTO, SU EXISTENCIA.

- En efecto, según él, «**las ideas sacrificiales y sacerdotales**» son propias del paganismo (pág. 322); «**la idea de sacrificio**» sería «**retroceder al Antiguo Testamento**» (*ibid.*). «**También Israel, durante un cierto período, tuvo este tipo de culto sacrificial**», del que —según nuestro exégeta— se pasaría luego "**a una liturgia de alabanza, de glorificación**" (pág. 320). Así, los neoconversos de la Iglesia primitiva habrían encontrado «**en la liturgia cristiana los ritos religiosos paganos** (...) **que el pueblo de Israel ya había superado**» (ibid).

Carmen está convencida de que «**las ideas sacrificiales, que Israel había tenido y había sublimado, se infundieron de nuevo en la Eucaristía cristiana**» (pág. 333).

- Pero, ¿qué «**razones totalmente contingentes**» pudo tener la Iglesia para «permitir», no sólo, sino para imponer como dogma fundamental de fe el *carácter sacrificial* de la celebración eucarística? A este respecto, Kiko y Carmen parecen delirar. Les seguimos volviendo al concepto de «sacrificio» en general.

Ellos lo rechazan porque carece de finalidad: «*Ofrecer cosas a Dios para apaciguarle*» —según ellos— era propio de las «**religiones natura-**

les», paganas (pág. 320). (Ahora bien, esto presupone que Dios puede «ofenderse», enfadarse, y exigir una reparación que de alguna manera le devuelva lo que el hombre, al pecar, le ha quitado: «**¿Necesita Dios la sangre de su Hijo, su sacrificio, para apaciguarse? Pero, ¿qué clase de Dios hemos hecho? Hemos llegado a pensar que Dios aplacó su ira en el sacrificio de su Hijo a la manera de los dioses paganos. Por eso decían los ateos: '¿Qué clase de Dios será el que vierte su ira contra su Hijo en la Cruz?'** (pág. 333)**.**»

Son muchas las observaciones críticas que tales expresiones nos obligan a hacer:

a) queda confirmado que Kiko, al no **querer saber** nada del «sacrificio», no sólo reniega de la Iglesia católica, sino que rechaza el propio cristianismo que, incluso en las «*confesiones cristiano-no católicas*», reconocen en el Sacrificio del Calvario la única fuente de salvación para la humanidad pecadora...

b) La Biblia, desde el **Génesis hasta el Apocalipsis**, está llena, rebosante de pecado, que Dios condena como «iniquidad», «impiedad», «infidelidad», «rebelión», «apostasía», «adulterio», «traición», desprecio hacia Él, rechazo de Su amor, ingratitud... y, por tanto, ofensa, hecho moral detestable que implica aversión deliberada a Dios. Y así, el pecado es tal, es decir, culpa, o nada en absoluto, reduciéndose a una «desgracia» debida a un «error». Por tanto, un mal involuntario, moralmente no imputable; por eso no quita nada al hombre **como persona**, no perturba sus relaciones con Dios: las que son posibles —para bien o para mal— por la actitud del libre albedrío, único sujeto de la moral como lo es del derecho.

c) Si, por tanto, el pecado no es una pura «desgracia» (es decir, un accidente involuntario e irreprochable, digno sólo de compasión), sino una actitud de soberbia, Dios no puede sino enfadarse con el pecador. Aquí, sin embargo, Kiko vuelve a equivocarse, al no haber entendido nunca en qué sentido debe entenderse la «indignación» de Dios, su «ira», lo terrible de su «venganza». Y, sin embargo, numerosas páginas del Antiguo Testamento son elocuentes a este respecto (cf. Ex 32,12; Núm 1,22.46; St 22,18.20; Dt 29,24; Sal 2,13; 29,6; 75,8; 77, 21.31; Jr 4,8; Bar 2,13; Dn 9,16, etc.). También se habla de «ira» en el N.T.: (Rom 1,18; 2,5; 9,22; Ef 2,3; Col 3,6; Ap 6,16; 14,10.19; 19,15, etc.). Y sólo con gran ira, al final de los tiempos, Cristo Juez gritará a los impíos: «*Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno*» (Mt 25,41).

Ciertamente, la expresión «ira de Dios» es *metafórica*. Pero la obvia figura retórica no anula el contenido real de Su actitud ante el mal: Él, si es justo, no puede sino reprenderlo, castigarlo, hacer experimentar al pecador la locura de su elección en la privación del bien al que se condena prefiriendo el mal... (cf. Santo Tomás de Aquino, «La cólera de Dios», n. 1). (Santo Tomás, *S. th*., I, q. 3, a. 2, 2um; q. 19, a. 11, c.; q. 59, a. 4, 1um; q. 162, a. 3, c; Suppl., q. 99, a. 3; S. c. G., I, cc. 89-91; II, c. 28).

Tal vez Kiko no haya leído nunca el **Miserentissimus Redemptor** de Pío XI sobre el culto debido al Sagrado Corazón, donde añade a la obsequiosidad de la consagración la de la **reparación**, a la que «*estamos obligados por un motivo más poderoso* ***de justicia y de amor: de justicia, expiar la ofensa causada a Dios por nuestras faltas y restablecer con la penitencia el orden violado****; de amor, sufrir junto con Cristo, pacientes y saturados de oprobio... Este deber de expiación incumbe a todo el género humano... Y en verdad, desde el principio del mundo los hombres reconocieron de algún modo la deuda de tal expiación común, mientras que por* ***un cierto*** *instinto natural se entregaban, incluso con sacrificios públicos, para apaciguar a la divinidad ...*»

Resumiendo: El pecado-ofensa de Dios exige la satisfacción de su justicia; satisfacción que redime al hombre de los males que ha merecido por pecar; satisfacción redentora realizada sólo por Cristo con el sacrificio de la Cruz; sacrificio que es el fondo inagotable de la riqueza de la Iglesia, («*de la sangre incorruptible dispensadora eterna*»); Iglesia que Kiko derriba al rechazar el Sacrificio de Cristo; sacrificio que él —si fuera verdaderamente católico— tendría que aceptar del Magisterio de todos los siglos, y en particular del magisterio del gran Concilio de Trento (D-S 1530-1531) y del último, el Concilio Vaticano II del que Kiko esperaba una renovación de la teología, pero que en realidad —en lo que respecta al Sacrificio— se mantuvo fiel a la Tradición Apostólica (cf. SC 12,47, 48, 55; LG 11,25,28,34; PO 2, 5, 13, 14).

IV

PECADO IMPOSIBLE

LA IGLESIA, EMPEÑADA EN DISTRIBUIR LOS TESOROS DE LA REDENCIÓN A LAS ALMAS, EN REALIDAD NO HARÍA NI CONSEGUIRÍA NADA, SI ES CIERTO QUE LA REDENCIÓN PRESUPONE EL PECADO, Y SI EL PECADO NO FUERA NI SERÁ POSIBLE PARA EL HOMBRE PORQUE NO PUEDE EVITARLO, COMO PRETENDE KIKO.

- En efecto: según él —el más fiel discípulo de Lutero— «**el hombre no puede hacer el bien porque se ha separado de Dios, porque ha pecado y ha quedado radicalmente impotente e incapaz, a merced de los demonios. Ha quedado esclavo del Maligno. El Maligno es su señor. Por eso no valen ni los consejos ni los sermones exigentes. El hombre no puede hacer el bien (...). No puede cumplir la ley; la ley le dice que ame, que no resista al mal, pero no puede: hace lo que el Maligno quiere**» (pág. 130. Cf. pág. 135).

El hombre «**está profundamente tarado. Es carnal. No puede evitar el robo, la riña, los celos, la envidia, etc., no puede hacer otra cosa. Y no tiene ninguna culpa de ello** ... (pág. 138). Por eso, precisamente, **'no sirven los discursos'. De nada sirve decir: '¡Sacrificaos, amaos los unos a los otros! Y si alguien lo intenta, se convierte en el mayor fariseo**...». (pág. 136). - Kiko coincide perfectamente con Lutero, que dejó escrito: «**Consiente**, pues, **en lo que eres, ángel fracasado, criatura abortada**. **Tu tarea es hacer el mal, ¡pues tu ser es malo!**» (de J. MARITAIN, *Tres Reformadores*, Morcelliana, 1964, pág. 48).

Por lo tanto,

a) si no puedo evitar el mal que me tiraniza, tampoco puedo hacer el bien. Esto significa que no soy libre; y si no puedo disponer de mí mismo, ni el bien ni el mal moral pueden darse, careciendo de responsabilidad. Y he aquí al hombre reducido a la condición de marioneta, para el que carece de sentido la «conversión», el deber de corresponder a la gracia de la penitencia, que debe basarse siempre en una voluntad esencialmente normal, sana,

que ponga al hombre en condiciones de responder por sí mismo, de adquirir méritos, de agradar a Dios ...;

b) contra el protestantismo, el Concilio de Trento había afirmado enérgicamente el libre albedrío, es decir, la facultad de complacer o rechazar la gracia (D-S 1554-1555). Ya en 431, los *Escritos pseudoclementinos* habían subrayado que somos cooperadores de la gracia de Dios, cuya bondad actúa de tal modo que sus «dones» se transforman en nuestros «méritos» (*ibid.*, 248). Kiko, sin embargo —como veremos— rechaza el Concilio de Trento, mientras teje amplios panegíricos del Concilio Vaticano I, que también a este respecto continúa y de hecho profundiza el gran surco de la Tradición (cf. GE 1Q; DH l,2,5,7; GS 4,6,9,13,17,31,37,39,68,74,75, etc.).

c) Según las declaraciones perentorias del fundador del M.N., los santos que se han esforzado por corregir su naturaleza, dominar sus instintos, acoger y complacer la Gracia, alcanzar un grado notable de madurez interior, lograr un nivel envidiable de intimidad con Dios..., habrían sido **presuntuosos** e ilusos... Pero, según esta hipótesis, la primera en engañarse habría sido la Iglesia, su Madre y Maestra, que luego los propuso para el culto y la imitación de los fieles...

d) Si el hombre no puede hacer el bien ni evitar el mal, ¿qué provecho habría sacado de la Redención de Cristo, el *Buen Pastor* que busca y encuentra a la oveja perdida (Lc 15,6), el *Médico* que vino a curar a los enfermos (Mt 9,12), el *Buen Samaritano* que salva al caminante asaltado por ladrones (Lc 10, 29-35), etc.? ¿Con qué fin se habría sacrificado para luego abandonar a los hombres, ladrones, asesinos, adúlteros, etc.? Si Él no venció el pecado, mereciendo la gracia que regenera, convirtiendo las piedras en hijos de Abraham, el Evangelio es todo una utopía, el cristianismo una impostura, la Iglesia una sociedad inútil.

V

CRISTO NO ES MODELO DE SANTIDAD PARA NADIE

LA IGLESIA ES EL CUERPO MÍSTICO DE CRISTO QUE, PRECISAMENTE POR SER SU CABEZA Y MEDIADOR, ES TAMBIÉN EL MODELO SUPREMO DE SANTIDAD PARA LOS CREYENTES. MODELO SUBLIME, PERO —CON SU GRACIA— VERDADERAMENTE IMITABLE POR TODOS SEGÚN LA VOCACIÓN PARTICULAR DE CADA UNO. KIKO ESTO LO NIEGA ...; PERO, SI TUVIERA RAZÓN, ¿QUÉ TIPO IDEAL DE PERFECCIÓN DEBE PROPONER LA IGLESIA A LOS FIELES, SI SÓLO PUEDEN AGRADAR AL PADRE SI SE CONFIGURAN CON SU DIVINO HIJO? ¿QUÉ PUEDE ENSEÑAR AL MUNDO, CÓMO PUEDE EDUCAR A LAS ALMAS Y ATREVERSE A DECLARAR SU SANTIDAD, AL MARGEN DE CRISTO, ÚNICO CAMINO QUE CONDUCE A LA VIDA? ¿EL ÚNICO MAESTRO DE LA VERDAD, Y DE HECHO LA VERDAD MISMA? ÉL NOS HA MANDADO PERMANECER INSERTOS EN ÉL COMO SARMIENTOS EN LA VID PARA EXTRAER DE ÉL LA SAVIA DE LA GRACIA QUE NOS HACE SEMEJANTES A DIOS MISMO AL PARTICIPAR DE SU BIENAVENTURANZA.

- Todo esto no sería cierto, según Kiko, quien, a este respecto, se atreve a dar la vuelta a dos mil años de cristianismo predicado y vivido: «**Jesucristo no es en absoluto un ideal de vida. Jesucristo no vino a darnos ejemplo y a enseñarnos a cumplir la ley**» (pág. 125).

«**La gente** —exhorta— **piensa que Jesucristo vino a darnos una ley más perfecta que la anterior** (la judía) **y que, con su vida y su muerte, con su sufrimiento, sobre todo, nos dio ejemplo para que hiciéramos lo mismo. Para estas personas** (es decir, para todos los santos) **Jesús es un ideal, un modelo de vida...**» (pág. 126). Esto no basta: «... **Muchos piensan (...): nos dio ejemplo con su vida, diciéndonos: '¿Veis cómo lo hago yo? Haced vosotros lo mismo'. Si preguntas a la gente: '¿Tú lo haces?', te dicen: 'Vamos, yo no soy Jesucristo, no soy un santo...'. El cristianismo**

no es moralismo en absoluto. Porque, si Jesucristo hubiera venido a darnos un ideal de vida, ¿cómo podría habernos dado un ideal tan alto, tan elevado, que nadie puede alcanzar?» (pág. 126).

Aquí el desconcierto es flagrante, irritante, incluso para el creyente más superficial y distraído:

a) A lo largo del Nuevo Testamento, la invitación a seguir e imitar a Cristo, a participar en su Pasión, a compartir sus sentimientos, etc. es tan frecuente e insistente que se podría derivar de ella un florilegio del mayor interés. Recuerdo algunas expresiones tomadas al azar:

- «El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí...» (Mt 10,38; 16,24s; Mc 8,34s; Lc 9,23s; 17,23; Jn 12,25);

- «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no caminará en tinieblas...». (Jn 8,12);

- «Llevad mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón...» (Mt 11,29);

- «Permaneced en mi amor...». (Jn 15,9). «Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado» (Jn 15,12). «Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos amados, y andad en caridad, como también Cristo os amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofreciéndose a Dios en sacrificio de olor grato» (Ef 5, 1-2);

- «Sed imitadores míos, COMO YO LO SOY DE CRISTO» (1 Co 11,1).

- «Tened en vosotros los mismos sentimientos que hubo en Cristo Jesús (Flp 2,5). «Todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte...»; "Hemos sido completamente unidos a Él por una muerte semejante a la suya..."; "Nuestro viejo hombre ha sido crucificado con Él..."; "hemos muerto con Cristo..."; muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús» (Rom 6,1-11);

- "Cristo padeció por vosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus huellas...». (1 Pe 2:21).

Kiko, por tanto, sugiere que nunca ha leído el N.T., o creía que ninguno de sus «catequistas» verificaría la validez de sus afirmaciones;

- si Cristo no es un modelo ejemplar de santidad para todos los fieles, la Iglesia les engaña cuando les anima a seguir el ejemplo de los Santos y venerar su memoria: su santidad es toda y sólo la de Cristo y ciertamente nada más les hace venerables

- Si no estamos obligados a imitar a Cristo, la Iglesia yerra gravemente cuando impone a sus hijos el deber de santificarse según su condición, de luchar contra sí mismos, de hacer triunfar en ellos el amor que los transforma en Él. Kiko ignora quizá lo que enseña el Concilio Vaticano II a este respecto; según el cual «*el Señor Jesús, divino Maestro y Modelo de toda perfección, predicó a todos y cada uno de sus discípulos de toda condición la santidad de vida, de la que Él mismo es Autor y Perfeccionador...» «Todos los fieles, de cualquier estado o grado, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad siguiendo su ejemplo (de Cristo) y conformándose a su imagen...*» (LG 4Q). (LG 4Q).

¿Por qué traicionar de manera tan desleal el pensamiento de la Iglesia que tan fielmente refleja la voluntad de Cristo? Sólo un extraño a Cristo y a la Iglesia podría haberse expresado como lo hizo Kiko.

VI

«TODOS SOMOS SACERDOTES...».

LA IGLESIA, SOCIEDAD VISIBLE Y JERÁRQUICA, BASA SU ESTRUCTURA JURÍDICA EN EL SACRAMENTO DEL ORDEN, QUE DISTINGUE ESENCIALMENTE EL «SACERDOCIO MINISTERIAL» DEL SACERDOCIO COMÚN A TODOS LOS FIELES SIMPLEMENTE BAUTIZADOS (LG 10). PERO, SEGÚN KIKO, NO EXISTE TAL DISTINCIÓN; TODOS SON PARTÍCIPES DEL ÚNICO SACERDOCIO DE CRISTO. POR TANTO, EN LA IGLESIA NO EXISTE UNA JERARQUÍA QUE DISTINGA AL CLERO DEL PUEBLO: CLERO QUE, REPRESENTANDO A LA CABEZA, HABLA Y ACTÚA «IN NOMINE ET PERSONA CHRISTI»; Y PUEBLO QUE, REPRESENTADO POR EL CLERO, SE ELEVA A DIOS EN VIRTUD DE SU MEDIACIÓN, QUE HACE PERCEPTIBLE LA MEDIACIÓN ABSOLUTAMENTE PRIMARIA DEL VERBO ENCARNADO.

Como de costumbre, el carismático fundador del M.N. se pronuncia con asombrosa despreocupación: «**Ni siquiera tenemos sacerdotes en el**

sentido de personas a las que separamos de todas las demás para que en nuestro nombre se pongan en contacto con la divinidad. Nuestro sacerdote, el que intercede por nosotros, es Cristo. Y porque somos su Cuerpo, todos somos sacerdotes. Toda la Iglesia es sacerdotal en el sentido de que intercede por el mundo. Es verdad que este sacerdocio es visible en el servicio, y hay algunos hermanos que son servidores de este sacerdocio, ministros del sacerdocio. En el Nuevo Testamento no se usa la palabra "sacerdote" sino en referencia a Cristo; en su lugar se habla de ministros y presbíteros...». (pág. 56s).

Quizá estemos ante el «golpe bajo» más mortífero asestado por Kiko al corazón de la Iglesia: Lutero se habría alegrado. En realidad:

A) el Concilio de Trento contra la pseudorreforma protestante habla del «sacerdocio de la Nueva Ley» (D-S 1764), del Sacramento del Orden (D-S 1765-6), de la Jerarquía eclesiástica fundada en ese Orden (D-S 1767-1770).

B) Por tanto, en la Iglesia no todos son presbíteros, sino sólo algunos; y éstos son 'ministros' de Cristo, no ministros-elegidos de la comunidad de los fieles. Los 'presbíteros' no son 'hermanos', sino 'padres' porque, representando a Cristo, han recibido de Él el poder y la misión de interceder por ellos ante el Padre: su dignidad viene de arriba, no de abajo...; de un 'carácter sagrado', no de una designación humana de tipo democrático. Pío XII había desenmascarado el recurrente error luterano: «*Algunos* (...) *enseñan que en el Nuevo Testamento sólo hay un sacerdocio conocido por todos los bautizados* (...) *y sólo después surgió la idea del sacerdocio jerárquico. Sostienen, por tanto, que sólo el pueblo goza de un verdadero poder sacerdotal, mientras que el sacerdote actúa únicamente por el oficio que le ha confiado la comunidad* (...)». (MD 68).

C) Pero tan categóricas enseñanzas no han sido comprendidas ni aceptadas por Kiko y sus seguidores porque, en las comunidades neocatecumenales, quien preside no es el «sacerdote» sino «*el catequista*», lo que el actual Pontífice, bien informado, ha reprendido con dureza: «... En este camino sigue siendo fundamental la labor de los sacerdotes». Ellos son los «guías de la comunidad»; por tanto, «la primera exigencia que se os impone —añade, dirigiéndose a ellos— es la de saber permanecer fieles a vuestra identidad sacerdotal».

«En virtud de la sagrada ordenación, habéis sido marcados con un carácter especial que os configura con Cristo Sacerdote, para que podáis actuar en su nombre. POR TANTO, EL MINISTRO SAGRADO DEBE SER ACEPTADO NO SÓLO COMO UN HERMANO QUE COMPARTE EL CAMINO DE LA PROPIA COMUNIDAD, SINO SOBRE TODO COMO ALGUIEN QUE, ACTUANDO "IN PERSONA CHRISTI", LLEVA EN SÍ LA INSUSTITUIBLE RESPONSABILIDAD DE MAESTRO, SANTIFICADOR Y GUÍA DE LAS ALMAS, RESPONSABILIDAD A LA QUE NO PUEDE RENUNCIAR DE NINGÚN MODO (...).

Sería ilusorio creer que sirve al Evangelio diluyendo su carisma en un falso sentido de humildad o en una mal entendida manifestación de fraternidad (...). No os dejéis engañar. La Iglesia quiere que seáis sacerdotes y los laicos con los que os encontráis quieren que seáis sacerdotes y nada más que sacerdotes. La confusión de carismas empobrece a la Iglesia, no la enriquece» (JUAN PABLO II, *Disc*. del 9.12.1985, *L'Osservatore Romano*, 12. 12.1985).

D) La referencia es inequívoca. Pero parece que las comunidades neocatecumenales han hecho oídos sordos. No reflexionan que, habiendo negado las Sagradas Órdenes, habiendo suprimido la distinción esencial entre sacerdocio ministerial y sacerdocio común, la Jerarquía católica queda anulada, tras la demolición de la Iglesia como Sociedad visible, remontándose a lo largo de los siglos a las aberraciones heréticas que ha condenado repetidamente...

VII

LA IGLESIA CATÓLICA NO ES EL ÚNICO REDIL DE CRISTO

SI LA IGLESIA CATÓLICA, APOSTÓLICA Y ROMANA ES EL ÚNICO REDIL DE CRISTO, LA SOCIEDAD EXCLUSIVA FUNDADA POR ÉL Y PRESIDIDA POR EL PAPA COMO SU VICARIO Y SUCESOR DE PEDRO...; SI FUE INSTITUIDA PARA QUE EN EL MUNDO

FUERA EL ÁMBITO PRIVILEGIADO DE SU INFLUJO REDENTOR PARA EL EJERCICIO DE SUS PODERES...; TODOS ESTÁN LLAMADOS A PERTENECER A ELLA; POR TANTO —-SALVO CASOS DE INVENCIBLE IGNORANCIA Y POR TANTO DE BUENA FE— NADIE PUEDE SALVARSE FUERA DE LA IGLESIA.

Kiko no está de acuerdo. Y es lógico, porque al negar las Sagradas Órdenes y el sacerdocio ministerial, debe rechazar la estructura jerárquica de la Iglesia como sociedad visible. En consecuencia, nadie está obligado a pertenecer a ella; la salvación es posible incluso permaneciendo fuera de ella. En efecto:

a) según él, «**la Iglesia no es una cosa jurídica**...» (pág. 167).

«**¿Dónde está, pues, la Iglesia?**», se pregunta, y responde: «**Donde está el Espíritu Santo vivificante de Cristo resucitado, donde está el hombre nuevo del Sermón de la Montaña. Donde está esto, allí está la Iglesia**» (pág. 88). Por eso

- ¿muchos cristianos, que no viven según el Espíritu Santo porque están en pecado mortal, no pertenecen a la Iglesia? Precisamente: estamos en el error de los *Fraticelli* condenado por Juan XXII (D-S 911); según el cual la verdadera Iglesia sería sólo la de los 'justos' o 'predestinados' que viven en gracia de Dios y tienden a la santidad: precisamente la Iglesia de Juan Hus, condenada por el Concilio de Constanza (D-S 12Q1- 6, 122Q-4); la Iglesia anabaptista como 'asamblea de los hijos de Dios', o la Iglesia luterana como 'comunión de los creyentes', o la otra de Pascasius Quesnel, condenada por Clemente XI (D-S 2476);

- del principio según el cual la Iglesia, según Kiko, no es una sociedad jerárquica visible con una estructura jurídica, en contra de repetidas declaraciones del Magisterio (cf. Pío XII, *Mystici Corporis*, nº 20-22 y en D-S 3803), se deduce que un gran número de no bautizados, estando animados por el Espíritu de Cristo, pertenecen a la Iglesia, lo cual es falso

- tan falso que Kiko, totalmente coherente consigo mismo, se atreve a añadir que «**la misión de la Iglesia no es hacer que todos pertenezcan legalmente a ella**...» (pág. 81).

Se deduce entonces que

b) la Iglesia por constitución y vocación no es misionera, contra la declaración explícita del Concilio Vaticano II (LG 13, 16; AG 2-3, 7; NAE 2, 4). A este respecto, nuestro teólogo no tiene ningún pudor:

«**la misión de la Iglesia»** no es **"hacer entrar a los que están fuera**" (p 78). Y de nuevo: «**hay personas que no están llamadas a pertenecer a la Iglesia**» (pág. 87). Por tanto:

- Jesús se engañaba a sí mismo cuando hablaba de su redil, en el que entrarían todas las ovejas, para formar un solo rebaño bajo un solo Pastor (Jn 10,16);

- engañó y engañó a los Apóstoles cuando les ordenó ir por el mundo y enseñar «a todas las naciones» (Mt 28,19);

- todas las parábolas del «Reino» comparadas con el grano de mostaza (Mt 13,31s), con la levadura (Mt 13,33), con la red arrojada al mar (Mt l3,47-5Q) son falsas: imágenes reveladoras del plan de Dios, que quiere que todos se salven por la luz de la fe y por el lavamiento del bautismo, aunque EN VOTO (cf. Jn 3,5; Mc 16,16; Mt 28,19; Rm 6,1 y sigs.).

- En otras palabras: si la Iglesia no estuviera destinada a acoger en su seno a todos los pueblos, ni por tanto obligada a anunciar el Evangelio en todas partes, la catolicidad no sería una de sus notas distintivas, como repiten casi todos los «símbolos» (D-S 3¬5,12,15,19,21,23,27,30,36,41-51,60,126,150). León XIII, resumiendo lo que repetiría el Concilio Vaticano II (LG 13,16; NAE 2; AG 7), sentencia que la Iglesia por su naturaleza debe dirigirse a todo el mundo, sin límite de lugar ni de tiempo: «*Talis est natura sua, ut porrigat sese ad totius complexum gentis humane, nullis nec locorum nec temporum limitibus circumscripta*...». (*Immortale Dei*, D-S 3166).

c) La conclusión final de la teología de Kiko: la salvación también es posible fuera de la Iglesia, y esto simplemente porque Cristo así lo ha dispuesto. De hecho, según el mismo, no habría concebido a la Iglesia «**como la única tabla de salvación a la que todos deben subir para salvarse**» (pág. 78). El malentendido es a todas luces evidente: que, en efecto, muchos pueden salvarse no perteneciendo a la Iglesia sin culpa, porque la ignoran, es muy cierto...; pero que la Iglesia no fue fundada para acoger a todos los pueblos y que, por tanto, pueden salvarse quienes, a pesar de conocer su origen, naturaleza y misión, no se preocupan de pertenecer a ella, como si otros «caminos», objetivamente considerados, pudieran conducir igualmente a la vida eterna, es falso. Sobre esto, la conciencia de la Iglesia ha sido siempre muy clara y firme (cf. Conc. XVI de Toledo, D-S 575; INNO CENCIO III, *Prof. fidei*, D-S 792; Conc: Later. IV, D-S 802; BONIFACIO VIII, D-S 870; Conc. de Constanza, D-S 1191; Conc. de Florencia, D-S

1351; LEÓN XII, *Ubi primum*, 5.5.1829, D-S 2720; GREGORIO XVI, *Mirari vos arbitramur*, 15-8-1832, D-S 2730; PIO IX, *Qui pluribus*, 9.11. 1848, D-S 2785; *Quanto conficiamur moerore*, 10-8-1863, D-S 2865; *Syllabus*, 8.9.1864, D-S 2917; *lam vos omnes*, 13.9.1868; LEÓN XIII, *Satis cognitum*, 29-6-1896, D-S 3304; Pío XII, *Mystici Corporis*, 29-6-1943, DS 3821s; *Decr. S. Off*, 28-6-1949, D-S 3866-73).

VIII

"LA PALABRA DE DIOS" ELIMINADA DEL MAGISTERIO

EL PRIMER DEBER DE LA IGLESIA ES CONTINUAR LA OBRA DEL VERBO ENCARNADO, LA ÚNICA LUZ DEL MUNDO. ESTE ES EL MAGISTERIO EJERCIDO POR LA JERARQUÍA, O IGLESIA DOCENTE, REPRESENTADA POR EL PAPA Y EL COLEGIO EPISCOPAL QUE ÉL PRESIDE, EN LA INTERPRETACIÓN DEL SIGNIFICADO DE LA PALABRA DE DIOS TRANSMITIDA POR LOS APÓSTOLES Y ESCRITA POR LOS HAGIÓGRAFOS EN MATERIAS DE FE Y COSTUMBRES.

No está claro si Kiko acepta este magisterio. Parece que para él —como para los protestantes— es la única fuente de la Revelación: «*La Biblia se interpreta a sí misma mediante paralelismos*» (pág. 372). Entonces no habría necesidad de recurrir a otros; lo cual sería plenamente lógico, una vez suprimida la Jerarquía eliminando la *Orden Sagrada* que la funda.

De hecho:

a) Respecto al magisterio de los Pontífices, Kiko es bastante parco en citas:

- Apenas se menciona la reforma litúrgica de San Pío V, intentada "en el Concilio de Letrán" (pág. 325). ¿Cual? Parece que, después del de Trento (1545-1563), se celebró sólo el Concilio Vaticano I (1869-1870);

- de San Pío V saltamos a Juan XXIII, que también merece una rápida mención: Kiko atribuye la primera idea de su "camino" a uno de sus discursos sobre la Iglesia de los pobres (pág. 3);

- la cita de Pablo VI se refiere al proyecto de modificación de la liturgia anterior, según la cual, al "OREMOS, HERMANOS" se respondía y se responde todavía, porque el texto ha permanecido inalterado – refiriéndose a la Misa celebrada como un "sacrificio", algo intolerable para Kiko, como examinaremos en breve (pág. 328);

Las tres referencias de Pío XII corresponden a tres prejuicios de Kiko: el *primero* se refiere a la absolución en el sacramento de la penitencia (pág. 176);

el *segundo* la esencia del sacrificio eucarístico (pág. 292); el *tercero*, conectado con la anterior, la Vigilia Pascual (pág. 331).

Tendré que volver a tratar cada tema individualmente.

No recuerda a ningún otro Papa; ni cita uno solo de los innumerables documentos del magisterio papal, lo que siempre le hubiera sido posible actualizando sus Orientaciones;

b) de los 21 concilios ecuménicos, Kiko sólo recuerda el de Trento y el Vaticano II. El III Sínodo de Toledo (pág. 172) e interpretada según una perspectiva errónea, como veremos al tratar de la confesión.

- Las numerosas páginas dedicadas al Vaticano II (págs. 67 y sigs., 73, 81, 316, 326, 327, 332, 334, 335, 348, 349, 350, 351) constituyen un verdadero panegírico. Pero su elogio es sospechoso:

- ya sea porque interpreta los documentos según sus ideas, y por eso distorsiona a menudo su significado, como hemos podido observar a propósito del "dogma de la Redención" (pág. 67);

- ya sea porque contrapone imprudentemente el gran Concilio de Trento al Vaticano II: este último fue de inspiración pastoral, y no pretendió definir nada nuevo a nivel dogmático y, por tanto, en absoluto hablando, podría sufrir revisiones más o menos profundas (Juan XXIII, Discurso de apertura, 10-11-1962); la de carácter marcadamente teológico, con definiciones solemnes y anatemas sin apelación.

Lo que hace sospechoso el elogio de Kiko al Vaticano II es la ira con la que ataca el Concilio de Trento.

- Según él, gracias a uno "**hemos salido de la inmovilidad casi total**" del otro (pág. 174);

- «**con el Concilio de Trento, y desde el siglo XVI hasta el XX, todo quedó bloqueado**...» (pág. 174);

- «**En Trento todo se centra en las esencias, en la eficacia, y se pierde de vista el valor sacramental del signo**...» (pág. 175);

- «**Con el Concilio de Trento, en el siglo XVI, todo quedó rígidamente establecido, imponiéndose radicalmente el rito romano. Con esta imposición, nada se puede quitar ni añadir a la Misa. Así es como la Misa ha llegado hasta nosotros**" (pág. 325);

- «**después del Concilio de Trento nos quedamos en las esencias y eficacias [sic!], ignorando el valor de los signos**» (pág. 327).

Pronto veremos por qué Kiko no tolera las definiciones de Trento; pero es legítimo preguntarse inmediatamente cómo puede salvar "el valor de los signos", sin subrayar el de los "contenidos" o el de las "esencias". En realidad, él no acepta ese Concilio, como tampoco lo toleraron todas las sectas protestantes que fueron afectadas por su enseñanza; magisterio que la Iglesia Católica considera infalible, irrevocable. Es difícil persuadirse de que el carismático fundador de M.N. se siente sincera e incondicionalmente "hijo" de esa Iglesia.

c) Del mismo modo que apenas menciona a Papas y Concilios, así muy raramente recuerda esos órganos autorizados de la Revelación que son los Padres y Doctores de la Iglesia:

- en la pág. 363 cita un breve pasaje de la *Didache*, con el que pretende demostrar la verdad de su concepción sobre la no violencia;

- en la pág. 34 ensalza la primacía de la caridad citando a San Policarpo, quien sin embargo no escribió una carta a los *Efesios*, sino a los *Filipenses*;

- muy breve mención de Tertuliano en sobre su rigorismo en la disciplina penitencial (pág. 169); e incluso de San Agustín (pág. 170), san Gregorio de Tours (*ibid.*), san Juan Crisóstomo (pág. 170) y san Juan Crisóstomo (pág. 355); donde, sin embargo, hablando de la necesidad del «esfuerzo» en la práctica de la virtud, parece contradecir lo que dice en otros lugares (págs. 163, 168).

- De los teólogos del pasado, grandes y pequeños, ni una palabra, ni siquiera de Santo Tomás, el príncipe de los teólogos...; genera más bien, Kiko, desconfianza e incluso desprecio hacia todos ellos, como cuando se

burla de sus «debates» sobre la Eucaristía, y en general de sus tratados (págs. 74, 251. 264; 325; 326, 329).

De esta actitud suya puede darse sólo una explicación:

Kiko se basta a sí mismo; no necesita aprender lo que la Iglesia ha enseñado durante dos mil años; su Magisterio no cuenta; sólo aquello que de alguna manera confirma sus ideas, le da la razón... Un protestante no podría haberse expresado de otra manera. No demuestra que cree en la institución jerárquica de la Iglesia. Eso es todo. Es la impresión —cada vez más clara y firme— que se obtiene de la lectura reflexiva de sus *Orientaciones*... Pero hay más.

IX

PARA SALVARSE BASTA CREER EN LA MISERICORDIA DE DIOS

LA IGLESIA JERARQUÍA, ADEMÁS DE BAUTIZAR A LOS NO CRISTIANOS, CONCEDE EL PERDÓN DE DIOS A LOS FIELES QUE, HABIENDO CAÍDO EN PECADO, SE ARREPIENTEN, SE ACUSAN DE ELLO, PROMETEN ENMENDARSE Y REPARAR MEDIANTE LA PENITENCIA. LA ABSOLUCIÓN SACRAMENTAL CONSTITUYE EL ELEMENTO ESENCIAL ESPECÍFICO, POR EL CUAL CRISTO, EN SUS MINISTROS, RECONCILIA AL PECADOR CON DIOS Y CON SU PRÓJIMO.

Pero, a este respecto, las reservas de Kiko son muchas y graves. Para notarlas, debemos dar un paso atrás.

1 - El problema del pecado

Sinceramente, reconozco que Kiko afirma verdades sacrosantas cuando dice que «el hombre existe porque Dios lo ama; Dios da el ser al hombre amándolo» (pág. 49). Al menos en esto, acepta la doctrina de Santo Tomás (cf. *S.th.*, I, q. 20, a. 2; q. 23, a. 3, 1um; 1-II, q. 110, a. 1; S. c. G., I, c. 91, III, c. 150, etc.).

No es menos cierto que el Diablo ha inducido al hombre a pecar haciéndole creer lo contrario: precisamente la catequesis del Maligno (pág. 49). Ahora bien, al no creer en un Dios que, amando, crea, «el hombre se siente completamente perdido (...). El sufrimiento físico se convierte en un símbolo que anuncia la destrucción de su realidad total» (*ibid.*). Ciertamente, «Dios no se ha retirado del hombre, porque si lo hubiera hecho, el hombre moriría inmediatamente» (pág. 50). También es correcto en esto. En conclusión: «Es el hombre quien se ha separado de Dios, quien ha aceptado la catequesis del Maligno pecando...» (pág. 50).

Es aquí donde debemos preguntarnos:

1º, el hombre, no por no creer o aceptar el amor de Dios, ¿le ha ofendido? Ya hemos señalado que, según Kiko, el hombre, pecando, no puede ofender a Dios...;

2º, ¿los progenitores han podido realmente haber pecado separándose de Dios? Si no hubieran sido plenamente conscientes y libres, no podrían haber pecado. Pero de esto Kiko no habla; mientras que

3º, es elocuentísimo al describir las consecuencias de la primera falta, declarando —como he señalado anteriormente— que el hombre se encuentra en la deplorable condición de no poder hacer el bien, de no ser libre para evitar el pecado. Y es en este punto donde surge el problema de «nuestro» pecado.

¿Cómo se puede hablar del sacramento de la penitencia sin admitir el pecado? ¿Y cómo es posible si el hombre no puede evitar cometerlo, dada su naturaleza radicalmente defectuosa? ¿Qué sentido puede tener, pues, el arrepentimiento, el propósito de enmienda, la acusación, la absolución del confesor? El alivio es de una evidencia que deslumbra... Si el hombre, al pecar, «**no puede hacer otra cosa. Y no tiene la culpa de ello**». (pág. 43), Kiko obliga a cuestionar premisas fundamentales relativas a los principios constitutivos de la «persona humana», su inteligencia, su libertad, su sentido de la responsabilidad, la moralidad de su comportamiento... Sólo puede insistir fantaseando únicamente con Lutero en que el pecado original corrompería irremediablemente la naturaleza humana... Pero si aún profesa ser «católico», debería aceptar el Magisterio de Trento que sostiene lo contrario.

Ahora bien, es cuestión de fe que, a pesar de las malas consecuencias de la culpa de los progenitores (D-S 1512, 1521), el hombre ha conservado su libertad, que no es en absoluto *una invención de Satanás* (D-S 1555); de

ahí que aún pueda realizar acciones naturalmente honestas (D-S 1557, 1575). Si esto no fuera cierto

- tendría que comportarse como un títere, por lo que sería incapaz de arrepentimiento, de conversión, de redención...;

- pero en tal hipótesis, la obra restauradora de Cristo habría sido inútil, porque su gracia sólo puede operar en sujetos capaces de secundarla *consciente y libremente*.

2 – La gracia del perdón, de la conversión, de la expiación

Sólo si es consciente y libre puede el hombre convertirse: su retorno a Dios no puede ser forzado, extorsionado por la violencia. Es insustituible. Dios, por muy misericordioso que quiera ser, no puede conceder un perdón que el hombre rechaza. Pero esto es palabrería sin sentido para Kiko, según el cual parece que Cristo, al resucitar, lo hace todo, sin que el hombre haga nada con Él. «**La conversión nunca es un apretar de dientes, un esfuerzo del hombre». Es «un don de Dios, una llamada de Dios, una iniciativa de Dios**... (pág.163). La conversión nunca puede ser **«como algo que se consigue con el propio esfuerzo**...» (pág. 168). (pág. 168).

Todo esto es ambiguo, porque incluso la Iglesia enseña que Dios previene con su gracia, sin la cual el hombre no podría empezar a hacer nada. Ésta, si sigue sosteniendo la voluntad humana, no la deja sin embargo inerte; y esto explica cómo hay que hablar no sólo de «gracia *operante*», sino también de «gracia *cooperante*», que implica el compromiso activo de la criatura (cf. II Conc. de Orange, D-S 379; SAN AGUSTÍN, *De gratis et lib. Arb.*, c. 17, n. 33, PL 44, 901; SANTO TOMÁS, *S. th.*, q. 111, a. 2; *De Veritate*, q. 27, a. 5, l^{um}).

Profundizando en la investigación, aprendemos de Kiko que convertirse «**no es arrepentirse del pasado, sino encaminarse hacia el futuro**» (pág. 166s). Pero, después de haber ofendido a Dios, ¿es lícito no arrepentirse?

Ponerse de nuevo en camino hacia el futuro, si eso significa cambiar de rumbo, esforzándose por evitar la recaída, está bien. En este punto, sin embargo, nuestro teólogo nos lleva por mal camino: todo, según él, lo haría Cristo. En efecto, el pasado sería destruido por su muerte: *Él, al resucitar, da su Espíritu y, por tanto, la vida nueva, el perdón de los pecados* (cf. pág. 130-140.

Pero, ¿cómo puede la muerte de Cristo destruir nuestro pasado? Kiko explica: «**Si fuimos creados a imagen y semejanza de Dios, si Él murió por nuestros pecados, NOSOTROS TAMBIÉN MORIMOS POR NUESTROS PECADOS (...). Si Él ocupó tu lugar y el mío, y fue puesto en el sepulcro en nuestro lugar, y el Padre lo resucitó, también nos ha resucitado a nosotros. Porque lo resucitó como prenda, como garantía de que vuestros pecados os son perdonados, de que tenemos acceso a la vida de Dios, de que ya podemos nacer de Dios**» (pág. 141).

Y de nuevo: «**La muerte y el pecado fueron vencidos en la muerte y resurrección de Jesucristo que, en su carne, sepultó y destruyó el cuerpo del pecado** (...). **Si un hombre ha resucitado de entre los muertos, significa que el pecado ha sido perdonado** (...). **Resucitó primero para justificar a toda la humanidad, para mostrar a todos los hombres que la muerte ha sido perdonada a todos, porque el pecado ha sido perdonado**» (pág. 143 y sigs.).

En resumen, «**en Cristo Dios inaugura una nueva creación, hace una nueva humanidad**» (pág. 144).

Pero aquí, desgraciadamente, la tergiversación de conocidos y comentados textos paulinos nos ofrece un cristianismo completamente distorsionado, digno sólo de una imaginación desbocada, alimentada por una cultura teológica irremediablemente contaminada por evidentes infiltraciones luteranas.

Omitiendo otras consideraciones, el punto más vulnerable de la reconstrucción de Kiko se reduce a esto: mientras se exalta la iniciativa de la Gracia, se niega la necesidad de la correspondencia del hombre, al que Dios escatima todo esfuerzo, toda renuncia, todo sacrificio como participación amorosa e indispensable en la sangrienta Ofrenda de la Cruz. De hecho —sostiene Kiko— «**Jesucristo vino a sufrir para que tú no sufrieras; vino a morir para que tú no murieras: Él muere, tú no; para que a ti se te dé gratuitamente la vida y al último desgraciado de la tierra, al más pecador, al más vicioso, 'al asesino', a quien sea, se le dé la vida eterna**» (pág. 222).

3 - La fe que salva

- En este punto, recordando el ejemplo de Abraham —que creyó en la promesa y mereció ser recompensado por su justicia—, Kiko vuelve a

dejar inequívocamente la teología luterana de la fe que salva sin obras, dependiendo todo de la Gracia, siendo una naturaleza radicalmente corrupta incapaz de hacer nada: «**Tú serás gloria de Dios, si crees que Dios puede hacerte a ti, que eres pecador, lujurioso, egoísta, apegado al dinero, un hijo de Dios, que ama como Jesucristo. ¿Crees esto? Dios lo hará, no tú. Por eso el cristianismo es una buena noticia para los pobres y miserables. El cristianismo no exige nada a nadie, lo da todo**...». (pág. 222)

Esto es lógico, repito, una vez que se admite que «**el hombre no puede hacer el bien**» (pág. 130); que Cristo no es un Modelo de vida a imitar (pág. 125 y sigs.); que «**vivir en gracia es experimentar la gratuidad de Dios que te perdona con su amor, y creer en este perdón y en este amor constante de Dios (...) Los cristianos (...) saben que son verdaderamente pecadores y han experimentado en este pecado la misericordia de Dios que perdona y da una vida nueva, fruto de su gracia» (pág. 125 y sigs.). ...) Los cristianos (...) saben que son verdaderamente pecadores y han experimentado en este pecado la misericordia de Dios que perdona y da una vida nueva, fruto de su gracia**» (pág. 190).

¡La elocuencia de Kiko al reiterar los mismos conceptos parece casi inagotable! «**Dios misericordia y amor**» (pág. 62).

Para superar «**toda religiosidad natural (...) basada en el miedo»,** basta con creer: **«tener esta confianza en Dios»;** la **«confianza absoluta en que Dios te am**a» (pág. 62). «**Si es verdad que Dios ha generado en ti a Jesucristo», "has recibido el don de Dios: la misericordia, la vida eterna, el perdón**...". (pág. 67). La concordancia con el principio luterano es perfecta: «*La fe en la salvación es la salvación*». «*No es justo quien mucho trabaja, sino quien, sin trabajar, mucho cree en Cristo*». [«Non ille iustus est qui multum operatur, sed qui sine opere multum credit in Christum», (LUTERO, Tesis XXV de la *Disputa di Heidelberg*, 25 de abril de 1518).

Por lo tanto, **«¿cuál es la noticia que da la Iglesia? Que Jesucristo ha resucitado de entre los muertos, que no morimos. Porque hemos sido incorporados al Cuerpo vivo de Jesucristo resucitado**...». (pág. 86s); es decir, en la Iglesia, que «**salva a todos** (...). **La Iglesia salva a todos, porque perdona a todos. Y si ella es Cristo y Cristo es Dios, es Dios mismo quien los ha perdonado. La Iglesia no juzga, no exige, sino que salva, cura, perdona, resucita y todo esto lo hace haciendo presente la escatología** (...)» (pág. 90).

Las implicaciones de tal concepción de la misericordia de Dios son enormes: no dejaré de discutirlas en su lugar. Ahora bien, para poner un poco de orden en esta maraña de ideas, prefiero limitarme a las siguientes observaciones:

a) Partiendo del supuesto de que el pecado no «ofende a Dios», Kiko imagina que Dios es todo Bondad, Amor, Misericordia que *da*; nunca Justicia que *exige* esperar una respuesta amorosa del hombre. Sin embargo, no refleja que en Él la exigencia de Justicia está comandada por una voluntad de Misericordia, encaminada al triunfo de Su amor sobre la soberbia humana, ya que Él nunca puede pedir nada para Sí, y ya que el hombre sólo puede procurarse su verdadero bien amando a Dios por encima de sí mismo

b) Dios, si no tratara al hombre según la justicia —y, por tanto, valiéndose sólo de su misericordia—, no respetaría su dignidad de persona, es decir, de sujeto autónomo y activo, incapaz de gozar realmente como «suyo» de ningún bien que no sea libremente querido por él para adquirirlo o recuperarlo. Con *el hombre-persona* la misericordia de Dios no puede sino ser inefablemente justa (cf. SANTO TOMÁS, *S. th*., III, q. 46, a. 3; *Compág. th*., c. 201; *Sent*. III, d. 20, a. 1, sol. 2; op. *De Rationibus fidei*, c. 5).

c) Kiko, por mucho que ensalce la misericordia de Dios, muestra que ni siquiera ha vislumbrado el misterio de la relación de la gracia con el libre albedrío de la criatura. Su interpretación es irremediablemente unilateral: la exaltación de la bondad de Dios se hace sólo a costa de la dignidad del hombre...

d) No dice que a la conciencia de ser pecadores los cristianos han asociado siempre la experiencia sublime del dolor de **haber ofendido a Dios** y se han impuesto lo que ese dolor ha sugerido siempre como más heroico para un renacimiento profundo y definitivo en Él en Cristo crucificado y resucitado.

e) En un cristianismo

α) que sólo cree en el amor y misericordia de Dios que a todos perdona, y en la muerte y resurrección de Cristo que *por todos* muere y resucita dándoles su vida, no hay lugar para la penitencia o «conversión» vivida como dolor por haber ofendido a Dios y esfuerzo personal de recuperación interior...;

β) que llega a ignorar el pecado en su dimensión vertical *de injusticia-compromiso-contra-Dios*, no es posible concebir el deber de devolverle lo

que es suyo, en la reafirmación cordial de su dominio absoluto; por tanto, no hay lugar para esa satisfacción constituida esencialmente por la «pasión del alma» ("*cor contritum et humiliatum*"), que implica la disposición a renunciar a todo, a morir a sí mismo...

En conclusión: el lado más oscuro; enmarañado e inquietante de la teoría de Kiko sigue siendo su noción contradictoria del pecado, que:

α) si no es una «ofensa a Dios», no es nada; de ahí que sea inexplicable —al menos según la fe— la serie de desgracias humanas que culminan en la muerte y que tienen su raíz exclusiva en el rechazo de Dios...;

β) si el pecado no se reduce a este «rechazo», es vano hablar de su inherente malicia moral ;

γ) si al pecado no puede atribuírsele tal malicia moral intrínseca, no pueden explicarse ni la aberración ni la conversión del hombre, una y otra dependientes de la caída, y de la «recuperación», del mismo libre albedrío...;

δ) en tal hipótesis, si la aberración no es culpable, de modo que no provoca la justicia de Dios ...; la conversión no es meritoria, de modo que no depende de su misericordia.

¿En qué consiste, pues, la obra de Cristo en favor del hombre? Si no le concede la gracia de la renovación interior, que es la reconciliación con Dios, el retorno a su intimidad, la esperanza fundada de su posesión eterna en la gloria, de la que Kiko no habla...; sólo le queda, según él, el beneficio de participar en la resurrección física del Salvador... Pero no reflexiona que la reanimación del cuerpo sin la divinización del alma es inútil, incluso imposible...; divinización del alma que implica una conversión moral que Kiko hace absurda al insistir en hablar de una voluntad humana incapaz de querer el bien y evitar el mal.

X

«EN LA IGLESIA PRIMITIVA NO EXISTÍA LA CONFESIÓN...»

EN LA IGLESIA, EL PERDÓN DE LOS PECADOS ES CONCEDIDO POR DIOS, POR LOS MÉRITOS DE LA PASIÓN Y MUERTE DE CRISTO, A LOS FIELES QUE, ARREPENTIDOS DE SUS PECADOS, SE LOS CONFÍAN AL CONFESOR, DECIDEN CAMBIAR DE VIDA, PIDE Y OBTIENEN LA ABSOLUCIÓN SACRAMENTAL.

Una vez más, Kiko disiente de la Iglesia católica. La gravedad y el número de sus afirmaciones obligan esta vez a un análisis crítico que ofrece la ventaja de seguir el texto incriminado con absoluta fidelidad, aunque el orden de las observaciones no sea ejemplar desde el punto de vista teológico-histórico:

a) Saltándose los conocidos textos del N. Testamento sobre el poder de perdonar los pecados conferido por Jesús únicamente a los Apóstoles (Jn 20,23; Mt 16,19; 18,18), ignora por completo lo que los Padres de los primeros siglos afirman al respecto: «La Iglesia primitiva no tenía confesión (...) como la tenemos hoy» (pág. 164). ¿Qué confesión tenemos hoy? Nosotros —como siempre— añadimos a la «conversión» provocada por la Gracia la «absolución» del ministro de Dios, de la que depende «el perdón de los pecados». Pero Kiko no acepta esto.

b) Es ambiguo decir que «**la conversión nunca tiene un sentido moralista y voluntarista**», siendo «**esencialmente un cambio de mentalidad, un cambio de dirección**» (pág. 165). Una mentalidad sólo cambia si se refiere a una determinada cosa, primero amada y luego odiada, o viceversa... Sólo así entendida, la voluntad cambia de dirección, aludiendo precisamente a ese «contenido-terminación que se resume en Dios y en lo que Él manda y prohíbe... al menos si se quiere decir algo concreto cuando se repite que la "conversión" es siempre «**ponerse ante Dios**» (pág. 165); de lo contrario se cae en el **vacío** de una vaga tendencia o de un deseo, de una dirección sin término, de una actitud absurda...

c) Con ostentosa seguridad Kiko declara que «**los valores esenciales del sacramento de la penitencia son la situación existencial del pecado, Dios no permaneció indiferente, sino que intervino, tomando la iniciativa y abriendo un camino de salvación y conversión para el pueblo**» (pág. 166).

El Magisterio y la teología católicos siempre se han expresado de manera diferente:

- La situación de pecado, y luego la iniciativa de la gracia (que estimula el proceso de conversión) *preceden, no constituyen* el sacramento de la penitencia;

- que, por el contrario, incluye como elementos esenciales tanto la *acusación* de pecado, como el *dolor* por haber ofendido a Dios, y el *propósito* de enmienda y reparación, y, sobre todo, la ***absolución*** del sacerdote, sin la cual es vano esperar el perdón de Dios, al menos dentro de la Iglesia de Cristo...

d) Pero Kiko no deja de sorprender con sus extravagancias, relacionadas con las anteriores: «**la conversión no es un arrepentimiento del pasado; sino emprender el camino hacia adelante, hacia el futuro**...». (pág. 166). La expresión es tan oscura que anima a volver sobre ella, observando:

- el que no se arrepiente sólo puede ser un obstinado, es decir, el impenitente que, incapaz de perdón, ni siquiera piensa en pedirlo...;

- el que no se arrepiente (si no es "obstinado") demuestra que no se siente culpable, por lo que no siente remordimientos…

- entonces, sin embargo, se queda como estaba, ni por lo tanto se siente estimulado a emprender el camino de una recuperación o de un cambio de rumbo...

e) Y llegamos a uno de los puntos centrales de la «teología neocatecumenal»: «**La Iglesia primitiva no tiene otra explicación del sacramento de la penitencia que el bautismo**» (pág. 167). Pero:

1º en primer lugar, la afirmación se contradice con la historia de la Iglesia, según la cual: pecado, acusación, arrepentimiento, satisfacción y reconciliación constituían las fases de un verdadero rito claramente distinto del rito del bautismo, como atestiguan los escritos de los primeros siglos: desde la Didaché a la Carta de Bernabé; desde la Carta de Clemente de Roma a los Corintios al Pastor de Hermas; desde Tertuliano a Cipriano... No es el nombre lo que cuenta, sino la realidad del rito... Dejando a un lado variantes

totalmente incidentales y contingentes, lo **esencial** en lo que todos están de acuerdo es el poder de perdonar los pecados cometidos después del bautismo, ejercido por el obispo o presbítero...

2° Kiko cree evidentemente que sólo el bautismo se remonta a los orígenes, mientras que el sacramento de la penitencia —distinto del bautismo— haría su aparición más tarde y precisamente por la Iglesia institucionalizada (pág. 168).

Estamos precisamente en la herejía luterana, condenada en Trento, donde se dedica un capítulo entero a la distinción entre los dos sacramentos (D-S l67l y sigs.), seguido del anatema contra quien «*ipsum baptismum paenitentiae sacramentum esse dixerit*...». (D-S 1702).

3° Se explica, pues, cómo la preocupación por redescubrir el «catecumenado» y reforzar el sentido y la eficacia del bautismo conduce a la eliminación de la penitencia como sacramento distinto de él.

Kiko también se opone a la Iglesia católica en este punto: para él las definiciones de Trento no tienen ningún valor, como para cualquier buen protestante.

Todo esto es comprensible si se niega a la Iglesia — reducida a sociedad «carismática» — toda dimensión jurídica (pág. 167); y si se mantiene que en ella el sacerdocio es único: el común al clero y a los fieles (pág. 67).

f) Más arriba señalé que Kiko, al ignorar el pecado como «ofensa a Dios», niega también el deber de expiarlo con el sacrificio.

Resta ahora reflexionar sobre un detalle gravísimo, destinado a eliminar por completo la entidad del pecado, que tendría una «**dimensión social, nunca individual**» (pág. 167).

Aparte de las observaciones que podrían hacerse desde un punto de vista metafísico sobre la primacía de la PERSONA sobre la sociedad, el grupo, la masa, etc., para refutar semejante extravagancia basta meditar las palabras de Juan Pablo II:

«El pecado, en sentido propio y verdadero, es siempre un acto de la persona, porque es un acto de libertad de un hombre individual, y no propiamente de un grupo o de una comunidad (...). una verdad de fe, confirmada también por nuestra experiencia y nuestra razón, que la persona humana es libre. Esta verdad no puede ignorarse para descargar el pecado de los individuos en realidades externas — estructuras, sistemas, «otros» —. Es más,

esto sería una obliteración de la dignidad y de la libertad de la persona, que se revelan también —aunque negativa y desastrosamente— en esa responsabilidad por el pecado cometido. Por tanto, en cada hombre no hay nada tan personal e intransferible como el mérito o la responsabilidad por la culpa» (*Reconciliatio et paenitentia*, 16).

g) Habiendo eliminado la iniciativa y la responsabilidad personal por el pecado, Kiko puede excluir con seguridad la iniciativa y la responsabilidad personal por la conversión:

Sería la "Iglesia", en efecto, la que, «**durante mucho tiempo gesta la conversión en el catecumenado, sin considerar nunca la conversión como algo que se obtiene por el propio esfuerzo; sino como un don, una obra que Dios hace a través de la Iglesia que gesta la conversión. La conversión del penitente dependía de la oración de la Iglesia y de la gestación a la conversión que se volvía a obrar en él. Porque es fundamental, en esta exclusión que se hace del penitente, la participación comunitaria de la Iglesia...**» «**Es decir: el valor esencial, en este momento, del sacramento de la penitencia, es comunitario, y eclesial, porque es la Iglesia la que gesta y lleva a la conversión**…» (pág. 168).

Aquí, sin embargo, la manipulación de las ideas y de los hechos es tan grave que podría desanimar a cualquier teólogo o historiador de la penitencia:

1º Al pecador, que pide y se dispone a recibir el perdón de sus pecados, se le supone ya "convertido": en él la entrega a la gracia —en el arrepentimiento y en la voluntad de reparar el pasado— es un hecho consumado que precede al período de penitencia canónica y al deseado momento de su retorno a la comunión de los hermanos. En resumen: la Iglesia ayuda al fiel a hacer penitencia y a prepararse para la absolución, no a "convertirse" en el sentido profundo de su reconciliación con Dios que implica una conversión interior muy personal.

2º Desgraciadamente, el énfasis exagerado en el carácter "comunitario y eclesial" de la "conversión" hace perder de vista la figura del Obispo como Pastor de la Comunidad, único verdadero representante de Cristo en virtud del Orden Sagrado que distingue esencialmente al sacerdote del laico, distinción que Kiko rechaza (pág. 56-57).

3º Tan cierto es que, según él, «**lo importante no es la absolución**...» (pág. 168): precisamente la del Obispo y de la que la Comunidad era un

simple “testigo”... ¿Cómo no va a ser importante el acto de la absolución, es decir, la remisión de los pecados, sin negar la facultad misma de conceder el perdón de Dios, a la que se remonta la primera institución de la penitencia por Cristo? Kiko sería más leal si rechazara abiertamente el magisterio de los Concilios de Florencia y Trento sobre la absolución como elemento esencial-formal del sacramento de la penitencia (D-S 1323; 1673, 1704).

h) Sigue una retahíla de manipulaciones históricas e impertinencias imperdonables:

1º es falso que en el siglo VI «**comienza a ser necesario contar los pecados**...» (pág. 171). La acusación de la cual recuerda una práctica muy antigua porque siempre se consideró indispensable...;

2º y un indicio de mala voluntad considerar «**divertido ver las listas de expiaciones**» (*ibid.*), como si éstas no estuvieran motivadas por la sabia preocupación de proporcionar los castigos a la gravedad de las faltas... Huele a anticlericalismo ridiculizar tontamente la «**confesión tarifada**», presentándola a los no iniciados en su aspecto menos feliz, mientras se oculta su sentido propio: el de un método pastoral que, a su manera, iluminó a confesores y penitentes de un cierto período histórico, aunque no faltaran abusos, que la Iglesia no tardó en condenar y reprimir.

3º Es teológicamente erróneo afirmar que «**el perdón no era la absolución, sino la reconciliación con toda la comunidad mediante el signo de la readmisión en la asamblea en un acto litúrgico eclesial**» (pág. 173). El perdón sólo es concebible como “remisión de los pecados”, por la que el pecador se reconcilia ante todo con Dios mediante la sentencia que *sólo el obispo*, como ministro suyo, tiene potestad para formular, y no la asamblea. Ya hemos mencionado esto más arriba.

4º Definir los *pecados veniales* como «**tonterías**» (pág. 172) —que empezarían a ser objeto de confesión hacia el siglo VI— es burlarse de una práctica digna de respeto, también porque es indicativa de una creciente sensibilidad espiritual de los fieles...

5º De tipo netamente “protestante”, y el prejuicio de Kiko según el cual —así parece desprenderse de todo el asunto— la vida de la Iglesia primitiva era la única **ideal**, de modo que lo que ésta no sabía o practicaba (porque se debía a los siglos posteriores) significaría una regresión, como precisamente la práctica de la «**confesión muy frecuente**» (pág. 173).

i) No hay quien no pueda definir como teológica e históricamente errónea, injusta, irreverente y gravemente ofensiva para la Iglesia la siguiente astuta diatriba del profeta español

1º «**Los franciscanos y dominicos extienden por doquier la confesión privada como devoción**...» (pág. 173), cuando sabemos que se remonta a varios siglos antes, en Oriente y en Occidente…;

2º se deplora la confesión hecha «**para la santificación personal, cosa que continuará hasta nuestros días**» (pág. 173), como si la *santificación personal* no fuera el objetivo de toda la liturgia católica y la mayor contribución que cada uno puede aportar al crecimiento del Cuerpo Místico...; como si los Santos que florecieron desde la Contrarreforma hasta el Vaticano II no fueran dignos de la más sincera veneración...

3º Sólo la ignorancia y la malicia podrían sugerir: «**Es casi risible pensar que sólo es necesaria la atrición si te confiesas; y la contrición si no te confiesas. Ya ves lo que queda de la conversión**...». (pág. 174). Kiko presume de dar lecciones de teología y antropología sobrenatural a los Padres del Concilio de Trento, que explican con precisión cómo y por qué basta la atrición para recibir la absolución del confesor (D-S 1677-8). Lutero no lo habría expresado de otro modo...

Y es casi increíble lo que añade ridiculizando el decreto con el que el IV Concilio de Letrán ordena la confesión anual y la comunión al menos en Pascua (pág. 174. Cf. D-S 812).

4º Estamos en el ataque frontal contra el Concilio de Trento. Con y después de éste, «**todo queda bloqueado**» (pág. 174). **De ahí la aparición de los confesionarios** (...), **la generalización de la forma de confesión privada, medicinal y devocional** (...). **No <u>se</u> <u>rían</u> porque nosotros también lo hemos experimentado. La confesión como medio de santificación personal, así como la dirección espiritual** [que se remonta nada menos que a Orígenes y Clemente de Alejandría], **forman parte del camino hacia la perfección**.

"**Quien pone confesionarios por todas partes es San Borromeo. Con detalles que también se refieren a la reja, etc., ahora se comprende que muchas de las cosas que dijo Lutero tenían fundamento**...» (pág. 174).

Basta con señalar que un católico, incluso espiritual y culturalmente mediocre, jamás se habría expresado en estos términos...

5º Y aquí está la explicación de la actual crisis de la confesión: LA FIDELIDAD DEL PUEBLO CRISTIANO A LA DOCTRINA DE TRENTO. «**En ninguna parte aparece el proceso penitencial ni el sacramental** (¡ciertamente según las ideas de Kiko, un embaucador muy hábil!). **Por esta razón, y también porque la humanidad actual se encamina hacia visiones sociales y comunitarias del pecado y no legalistas, se comprende cómo la práctica de la confesión está en crisis. Y por esta razón la gente comulga sin confesarse**» (pág. 175). Pero el verdadero diagnóstico de la "crisis de la confesión" es muy diferente, y debe atribuirse a:

α) el proceso de secularización del mundo contemporáneo, precipitado en los torbellinos del humanismo materialista y ateo;

β) el fenómeno de la descristianización que, humanizando la Persona divina de Cristo, ha historicizado su mensaje, su obra, su civilización...;

γ) la apostasía de la Iglesia Católica, hasta ayer —en la roca de Pedro— la única e inexpugnable fortaleza de defensa contra el escepticismo (que duda de toda verdad), la incredulidad (que rechaza "lo sagrado"), el relativismo ético (que ignora y pisotea toda norma absoluta de conducta);

δ) la labor disolvente de teólogos intolerantes al Magisterio...; a la traición de muchos sacerdotes apáticos, desinformados e indolentes, secularizados en todo; que, por lo tanto, desalientan a los penitentes y desacreditan la confesión...;

ε) a la nefasta y sutil influencia del discurso de Kiko y sus "comunidades neocatecumenales"... ¿Qué argumento más herético podría haberse contra el sacramento de la penitencia que, especialmente desde el Concilio de Trento, ha sido inculcado por el Magisterio?...[1]

[1] Por lo tanto, las palabras del Papa, con quien Kiko está acostumbrado a ser tan tierno y generoso, cayeron en saco roto: «Que vuestra disponibilidad a la llamada divina se manifieste en la realización, día tras día, de la palabra apremiante de Jesús: "Convertíos y creed en el Evangelio" (Mc 1,15). Esta conversión, este "cambio de mentalidad" es, ante todo, un rechazo del verdadero mal, el pecado que nos aleja de Dios. Esta conversión es un continuo viaje de regreso a la casa del Padre, como el del hijo pródigo (cf. Lc 15,11-32). Esta conversión encuentra su signo salvador en el Sacramento de la Penitencia o Reconciliación. «La liberación del pecado —escribí en la Bula de Indicción del Jubileo por el 1950 aniversario de la Redención— es... fruto y exigencia primaria de la fe en Cristo Redentor y en su Iglesia... Al servicio de esta libertad, el Señor Jesús instituyó en su Iglesia el sacramento de la Penitencia, para que quienes han cometido pecado después del Bautismo se reconcilien con Dios, a quien han ofendido, y con la misma Iglesia, a quien han herido» (Bula *Aperite portas*). El ministerio de la Reconciliación, este maravilloso don de la infinita misericordia de Dios, les es confiado a ustedes, sacerdotes. Sean sus ministros siempre dignos, listos, celosos, disponibles, pacientes,

Nuestro “profeta” ignora que él —y ciertamente no la Iglesia— “**camina hacia visiones sociales y comunitarias del pecado**”. Hoy en día, todos —repudiando cualquier tipo de “comunitarismo” nivelador y asfixiante— tienden hacia una concepción personalista y democrática que, en su apertura a los “otros”, afirma y defiende el valor primordial e indispensable del individuo, tanto en sí mismo como, sobre todo, ante Dios...

XI

“EN LA EUCARISTÍA NO HAY NINGUNA OFRENDA”

ES DE FE QUE EN LA IGLESIA EL ACTO SUPREMO DE CULTO ES LA CELEBRACIÓN DEL SACRIFICIO EUCARÍSTICO; ES DECIR, EL MISMO SACRIFICIO DE LA CRUZ, HECHO PRESENTE BAJO LAS ESPECIES DE PAN Y VINO EN VIRTUD DE LA DISTINTA CONSAGRACIÓN DE UNO Y OTRO, TRANSFORMADO COMPLETAMENTE EN LA SUSTANCIA DEL CUERPO Y LA SANGRE DE CRISTO MEDIANTE EL PRODIGIO ABSOLUTAMENTE ÚNICO DE LA «TRANSUSTANCIACIÓN».

PARA ESTA CELEBRACIÓN, EL SALVADOR QUISO QUE EN TODAS PARTES Y SIEMPRE LA OFRENDA CRUENTA DEL CALVARIO FUERA «SIGNIFICADA» COMO LA ÚNICA FUENTE DE GRACIA DISTRIBUIDA A TRAVÉS DE LOS SACRAMENTOS, INCLUIDO

---

serenos, siguiendo con fiel diligencia las normas establecidas en esta materia por la autoridad eclesiástica. Los fieles podrán así encontrar en este sacramento un auténtico signo e instrumento de renacimiento espiritual y de gozosa libertad interior. Y ustedes, hermanos todos, celebren el sacramento de la Reconciliación con gran confianza en la misericordia de Dios, en plena adhesión al ministerio y la disciplina de la Iglesia, con confesión individual, como recomienda repetidamente el nuevo código de derecho canónico, para el perdón y la paz de los discípulos del Señor y como una proclamación eficaz de la bondad del Señor para todos... (Discurso de 10 de febrero de 1983).

EL DE LA PENITENCIA QUE PRECEDE A LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA, QUE ASIMILA LAS ALMAS A LA VÍCTIMA INMOLADA, BRINDÁNDOLES UN PRELUDIO DE LA VIDA ETERNA.

Pero todo esto, para Kiko, carece de sentido simplemente porque la muerte de Cristo no fue un "sacrificio de expiación", ni la Misa, por lo tanto, debe considerarse "el sacramento" de dicho Sacrificio. No se necesita nada más para considerar a Kiko y a sus seguidores excluidos de la comunión de la Iglesia Católica y de su liturgia.

1 - Rechazo del Sacrificio

La extrema gravedad de este rechazo nos obliga a retomar el tema del «sacrificio». Esto se debe a que Kiko, coherente consigo mismo, en todas sus Orientaciones se diluye como un himno a la Resurrección, que, sin embargo, el dogma católico aborda en un contexto muy diferente. Bastarán algunas notas:

A) Muerte y Resurrección en sí mismas

Es gravemente inexacto afirmar *sic et simpliciter* que la Resurrección representa la fase culminante de la obra redentora:

a) Sabemos que la condición gloriosa de Cristo resucitado es connatural al Verbo encarnado; quien, si el Padre no lo hubiera destinado a morir como víctima de los pecados del mundo, no habría asumido una naturaleza humana pasible. Esto, al menos según la opinión más común y razonada de los teólogos. En otras palabras: solo la muerte, y una muerte expiatoria, confiere a la resurrección un significado que en sí misma no tendría, ya que es una **Resurrección-recompensa de esa muerte**...;

b) de hecho, el Verbo asumió una naturaleza humana pasible para que Cristo (y el hombre, en Él y por Él, su Mediador), sacrificándose, pudiera dar la prueba suprema del amor debido a Dios en expiación del pecado...;

c) por lo tanto, la gloria de la Resurrección brota del impacto de la Muerte; de una Muerte que, animada por el Amor, fue principalmente expiatoria y, en consecuencia, "redentora": expiatoria del pecado-ofensa de Dios...; y redención del daño causado por el pecado a sí mismo;

d) en otras palabras: la Resurrección no solo sigue cronológicamente a la muerte, sino que es efecto de la muerte en cuanto esta fue su causa

meritoria, pues fue una muerte decretada por amor, deseada, esperada y sufrida con amor, triunfante por el poder supervital del amor (cf. SANTO TOMÁS, S. th., III, q. 49, a. 6, c. y 2um; q. 19, a. 3; q. 46, a. 1; q. 54, a. 2; q. 59, a. 3; Sent. III, d. 18, a. 4, q. 1a 3; De Veritate, q. 26, a. 6, 21um; Comp. th., c. 240).

Este es un lenguaje que Kiko no entiende, pues deriva de todas las fuentes de la Revelación y de las respectivas definiciones de un Magisterio que parece ignorar o rechazar.

e) ¿Por qué, por otro lado, insiste tanto en el hecho de la resurrección, que en sí misma, obviamente, concierne al cuerpo...; y no enfatiza en absoluto la resurrección del alma que, por los méritos de la muerte expiatoria de Cristo, renace a la vida de la gracia, reconciliándose con Dios? —Pero incluso en esto, Kiko tiene lógica: dado que no hay muerte del alma por el pecado como ofensa a Dios, rechazo de su amor, tampoco hay resurrección del alma a nivel moral, como retorno al amor, como reanudación del amor. Pero, en ese caso, ¿en qué consiste la obra mediadora de Cristo? Sospecho que Kiko no ha entendido nada.

B) Muerte y Resurrección en la liturgia eucarística

Kiko niega que la Misa sea un verdadero "sacrificio", considerándola "**el sacramento del paso de Jesús de la muerte a la resurrección**" (pág. 305). Es "**el recuerdo de la Pascua**" (*ibid.*).

"**La Eucaristía es una proclamación, un kerigma de la Resurrección de Jesús de entre los muertos**" (pág. 308). Es "**un sacrificio de alabanza, una alabanza plena de comunicación con Dios, a través de la Pascua del Señor**" (pág. 322).

Por eso, censura a quienes ven en la Misa a "**alguien que se sacrifica a sí mismo, es decir, a Cristo**", su Calvario (pág. 322).

En resumen: "no hay ofrenda en la Eucaristía" (pág. 328).

La Misa es un residuo del culto que los paganos practicaban a sus dioses (pág. 59-60).

Pero es fácil objetar:

a - LAS FÓRMULAS DE CONSAGRACIÓN REVELAN EL MISTERIO DE UN SACRIFICIO MUY REAL: el cuerpo que se entrega... y la sangre derramada indican la muerte de una víctima (Mt 26, 26-28; Mc 14, 22-24; Lc 22, 19-20). San Pablo es elocuente: «Cada vez que coméis este

pan y bebéis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor» (1 Cor 11, 23-26). El Apóstol no habla de la proclamación de la Resurrección.

b - Kiko — contra la tradición tridentina (pág. 325) — exalta el Concilio Vaticano II (pág. 67, 327) que, sin embargo, lo contradice abiertamente al enseñar que «nuestro Salvador en la Última Cena (...) instituyó el SACRIFICIO EUCARÍSTICO de su Cuerpo y Sangre, para perpetuar a lo largo de los siglos, hasta su regreso, EL SACRIFICIO DE LA CRUZ...» (SC 47).

Por lo tanto, los fieles, «participando en el SACRIFICIO EUCARÍSTICO, fuente y culmen de toda su vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y con ella se ofrecen a sí mismos...» (LG 11 y Pío XII en *Mediator Dei*, n. 81).

Por su parte, los sacerdotes, «actuando en la persona de Cristo», «unen las oraciones de los fieles al SACRIFICIO de su Cabeza», SACRIFICIO del Nuevo Testamento, es decir, de Cristo, quien de una vez por todas se ofreció al Padre como VÍCTIMA INMACULADA» (LG 28). La Misa es, por tanto, «la oblación misma con la que Cristo confirmó en su sangre la Nueva Alianza» (PO 4).

Por lo tanto, es deber de los sacerdotes enseñar a los fieles a «ofrecer la Víctima divina a Dios Padre en el SACRIFICIO DE LA MISA y, en unión con esta Víctima, la ofrenda de su propia vida» (*ibid.* 5). De hecho, los sacerdotes «especialmente en el SACRIFICIO DE LA MISA actúan de manera especial en nombre de Cristo, quien se ofreció como VÍCTIMA para santificar a los hombres...». «En el misterio del SACRIFICIO EUCARÍSTICO (...) la obra de nuestra redención se realiza incesantemente...» (*ibid.*, 13).

Entonces, respecto al Sacrificio Eucarístico, ¿en qué se reduce la "gran **renovación**" realizada por la Iglesia en el Concilio Vaticano II, como hubiera querido Kiko?... La Iglesia se ha limitado a confirmar la doctrina de Trento y, para ello, la que se remonta a la Tradición Apostólica: para documentarla, sería necesario añadir miles de datos extraídos de la literatura universal del cristianismo...

c - Él, según los documentos del Concilio Vaticano II, podía recordar que Cristo, en la Misa, quiso confiar a la Iglesia un memorial de su muerte y su resurrección... (SC 47), y validar la tesis de que la Eucaristía es la "Pascua", es decir, el paso de la muerte a la vida, la Resurrección, un rito de júbilo, alabanza y acción de gracias.

Pero, para no malinterpretar, debemos entendernos:

1° El "misterio pascual" no indica exclusivamente ni la *muerte* ni la *vida*, sino *el paso de Cristo de la muerte a la vida*. Un misterio, por tanto, que incluye indisolublemente los dos momentos de la abyección y de la gloria; es decir, de una abyección culminada por la gloria; por lo que no es posible pensar en la verdadera Pasión de Cristo que, intrínsecamente, no esté asociada a la Resurrección como retorno a la vida, ni en una Resurrección que no presuponga la Pasión como su causa meritoria. La Misa, por tanto, que recuerda la muerte —y la muerte de un Cristo ya resucitado y glorioso— celebra el «misterio pascual», justificando numerosas expresiones del Concilio Vaticano II (SC 6, 47, 106, 108; AG 13; GS 22, etc.).

2º Pero esto no contradice lo que la más solemne, pacífica y constante tradición católica ha repetido siempre sobre el carácter esencialmente sacrificial de la Misa. Para demostrarlo bastaría la conocida y providencial aclaración de Pío XII sobre la esencia del Sacrificio Eucarístico (*Mediator Dei*, 55-57, en D-S 3847-8). Declara que la consagración distinta del pan y del vino reproduce sacramentalmente la separación violenta de la sangre del cuerpo de Cristo, es decir, la inmolación de la Víctima divina:

«sacrificatio per externa signa quae sunt mortis indices...»; «... per distinctos indices Christus Jesus in statu victimae significatur atque ostenditur».

3º La Misa, si es el «sacramento del Sacrificio» (cf. SANTO TOMÁS, S. th., III, q. 73, a. 3, 3um; q. 79, a. 7, c.), en sí misma recuerda la inmolación de Cristo, es decir, su paso de la vida a la muerte, **no ya la resurrección**, que es el paso de la muerte a la vida...

Solo la muerte —y una muerte inspirada y sostenida por el amor— podría merecer la Resurrección de la Cabeza y, en ella, la resurrección de los miembros, entendida como la justificación de las almas por la gracia..., y la resurrección de los cuerpos al final de los tiempos. Y aquí también, toda documentación bíblica, patrística y magisterial resulta superflua. Kiko, al persistir en su rechazo del «sacrificio», trastorna y anula toda la liturgia católica centrada en el altar como el Calvario perenne de Cristo-Víctima.

2 - Negación de la Presencia Real

Según el Magisterio, el Sacrificio Eucarístico está esencialmente condicionado por la presencia real de Cristo-Sacerdote-Víctima, derivada del milagro de la transubstanciación. Por lo tanto, en ausencia de esa presencia, no hay «sacrificio», sino solo una «memoria» del mismo, como creen los

protestantes. Kiko va más allá, pues incluso niega esta «memoria», al no haber existido nunca un «sacrificio de expiación». Su lógica —en la herejía— es impecable.

No acepta hablar de la «presencia real» y se burla de las preocupaciones de la Iglesia, así como de la investigación y controversias de teólogos: «**Imagínense** —exclama con tono doctoral— **que ahora, con los problemas de filosofía, empieza a haber una obsesión sobre si Cristo está presente en el pan y el vino y cómo. Podría mostrarles discusiones teológicas sobre este problema que son risibles** (...). **La Iglesia católica** [¿para quién no es católico?] **se obsesiona con la presencia real, tanto que para ella todo es presencia real**... (pág. 329).

La ironía con la que recuerda «**Los debates de cómo Él está presente**...» (pág. 326) es evidente y ofensiva, casi como si al creyente no se le permitiera «pensar, al menos vislumbrar la verdad de un «misterio» que debe ser «creíble» para que no sea rechazado como absurdo, indigno de la razón humana... Tanto es así que incluso Kiko, tras negar el misterio de la presencia real, propone otro no menos oscuro: el de un Cristo propuesto como una «realidad viva que celebra la Pascua y arrastra a la Iglesia» (pág. 329). Le puso imaginación para rechazar dogmas fundamentales como los que menciona...

No menos temeraria e irreverente es la crítica a la «palabra 'transubstanciación', que es una palabra filosófica que busca explicar el misterio...» (pág. 325). Una "pequeña palabra" tan poco ridícula que el Magisterio la ha adoptado, siendo la única verdaderamente expresiva del milagro (cf. INOCENTE III, D-S 782; Concilio de Letrán IV, D-S 8Q2; Segundo Concilio de Lyon, D-S 86Q; Concilio de Florencia, D-S 1352; Concilio de Trento, D-S 1642: ["*convenienter et proprie a sancta catholica Ecclesia "transubstantiatio" est appellata*"]; *ibid.*, D-S 1652: [«*quam quidem, conversionem, catholica Ecclesia aptissime "transubstantiationem*" *appellat*»]; Pío IV, Prof. fidei, D-S 1866; BENEDICTO XIV, Prof. fidei, D-S 2535; D-S 2629; Pío XII, *Med. Dei*, D-S 3848; PABLO VI, Prof. fidei; Id., *Eucharisticum mysterium*, 3/f).

También es muy falso que la Iglesia haya tenido la presunción de «explicar el misterio» (pág. 325); y resulta irritante la seguridad con la que Kiko desprecia el conocimiento teológico.

En este sentido, parece incapaz de ocultar su propia ignorancia. Ni siquiera sabe cómo expresarse cuando afirma que «antes, el dogma se explicaba en forma jurídica», ignorando que cualquier «forma jurídica» no tiene nada que ver con la especulación teológica, que es fundamentalmente metafísica (pág. 74). Demuestra que no sabe de qué habla cuando dice que nuestra concepción de la «palabra» es «**helenística y racionalista**» (pág. 251), ignorando la «palabra», de la «filosofía cristiana», mucho más existencial de lo que jamás podría sospechar, al no conocer ni a los Padres de la Iglesia ni la literatura teológica ascético-mística de milenios...

Carmen insiste: «**Venimos de una mentalidad helenística para la cual el 'Verbo' es logos, idea, pensamiento**...» (pág. 264). Pero ¿cómo podemos ignorar la absoluta positividad y concreción de ese 'Logos' que, precisamente por ser una 'Idea', un 'Pensamiento', y desde toda la eternidad, está 'con Dios', es 'Dios' y, por tanto, 'Vida', 'Luz', el Principio por el cual 'todo fue hecho'? (Jn 1,1ss). ¿En qué sentido dice que «**la Revelación es siempre una abstracción, una idea**» (*ibid.*), si equivale a la iluminación de la inteligencia que determina la gozosa atracción de la voluntad? Una iluminación que, en el plano de la gracia, debemos al Verbo y es el principio del amor, como precisamente sucede en Dios, en cuyo seno el Padre emana el Espíritu para el Hijo[2]. Nos referimos a la iluminación entendida como el efecto de la «misión invisible» de la Palabra, de la que brota inevitablemente el impulso del amor.[3]

Precisamente la iluminación que subyace a la verdadera «teología católica» enseñada por Agustín y Anselmo, Bernardo y Alberto Magno, Buenaventura y Tomás... «*Theologia mentis et cordis*» que utiliza los tratados solo para abrirse a la contemplación de la Verdad en Sí, y ciertamente no para deleitarse en las estructuras lógicas del pensamiento árido y abstracto...

Carmen, en teología, solo conoce sus degeneraciones y se distancia de toda la tradición católica cuando ataca los «tratados» simplemente porque

---

[2] "*Nihil enim potest voluntate bitters, nisi sit in intellectu conceptum* (...); *de ratione amoris est quod non procedat nisi a conceptione intellectus*...» (S. TOMÁS, Summa th., I, q. 27, a. 3, 3um).
«*Necesse est autem quod amor a verbo procedat; non enim aliquid amamus, nisi secundum quod conceptione mentis apprehendimus. Unde et secundum hoc manifestum est quod Spiritus Sanctus procedit a Filio*" (S. TOMÁS, *Summa th*., 1, q. 36, a. 2, c.).

[3] «*Filius autem est Verbum non qualicumque, sed spirans Amorem (...). Non igitur secundum quamlibet perfectem intellectus mittitur Filius; sed secundum talem instrucciónem intellectus, qua prorumpat in aefectum amoris*…" (S. TOMÁS, *Summa th*., 1, q. 43, a. 5, 2um. Cf. *ibid.*, 3um).

son «**complejos de verdad**» (pág. 264), como si Cristo —Verdad por esencia— no hubiera enseñado ninguna verdad; como si los Padres de la Iglesia, los Concilios, los Pontífices no hubieran propuesto, explicado y defendido esas mismas verdades... Pero para Carmen, la «**Palabra de Dios**» es un «**acontecimiento**», una «**acción**»... Cierto, porque es activa, creativa...; pero no puede dejar de ser «inteligible», no «expresada en fórmulas»: precisamente las «dogmáticas» del Magisterio, mediante las cuales podemos distinguir lo verdadero de lo falso...

Si, pues, pretende vaciar la «Palabra de Dios» de toda verdad, demuestra evidentemente que sigue los pasos de Lutero en su pesimismo irracionalista, que lo llevó a insultar a la razón como «el enemigo más feroz de Dios», «la prostituta del diablo», etc. Es imposible pensar de otro modo, considerando algunos de sus ataques al «conocimiento» (cf. págs. 87, 266, 291, 324, 325, 326, 329, etc.)[4].

Volviendo a nuestro tema, Kiko parece decido a hablar con más franqueza:

"**Lo importante** —él proclama— **no es la presencia de Jesucristo**..." (pág. 325).

"**Si a San Pedro le hubieran preguntado si Jesucristo está presente en la Eucaristía, se habría sorprendido, porque para él la pregunta no se plantea...**" (pág. 329). Sin duda, el Apóstol debió de confiarle esto a Kiko, para que este pudiera expresarse con tanta seguridad...

Entonces, ¿acaso las palabras de la consagración no producen el milagro de la transubstanciación? ... Bajo las especies del pan y del vino, ¿sería la presencia personal de Cristo como Verbo Encarnado la invención de una fe malinterpretada, derivada de una doctrina aberrante con respecto a la institución de la Eucaristía, con respecto a la Tradición Apostólica?... Esto es lo que sugeriría el "catecismo" de Kiko. En realidad, según él, «en cierto momento (...) fue necesario insistir contra los protestantes en la presencia real. Pero una vez que esto ya no es necesario [aunque no se explica por

[4] Sin embargo, JUAN PABLO II, dirigiéndose precisamente a los neocatecumenales, había llamado "la necesidad de un trabajo constante y serio de estudio personal y comunitario de la Palabra de Dios y de la enseñanza del Magisterio de la Iglesia también a través de la participación en la **participación en cursos bíblicos y teológicos serios**. Este compromiso de estudio y reflexión es más necesario que nunca para quienes, teniendo que desempeñar la tarea de catequista, tienen el deber de alimentar a sus hermanos con un sólido alimento espiritual... (Discurso del 10 de febrero de 1983; cf. *L'Osserv. Rom.*, 11 de febrero de 1983).

qué], ya no hay necesidad de insistir en ello. Porque ese momento histórico ya pasó» (pág. 334). Por lo tanto, en cuanto a la «presencia eucarística», ya no es necesario distinguir entre «protestantes» y «no protestantes». Los neocatecumenales pueden decir con Kiko: «Estamos más cerca de muchos protestantes que de algunos miembros de la Iglesia que quieren golpearnos y matarnos...» (pág. 349; cf. 162).

En este punto se comporta como un polemista torpe: defiende el Concilio Vaticano II como si esto le diera la razón; y al mismo tiempo arremete contra los enemigos del Concilio, como si también fueran sus enemigos... No reconoce que, por el contrario, sus enemigos son precisamente los amigos del Concilio Vaticano II, como se expresa con certeza en todos sus documentos: «**Hoy el cisma proviene de quienes no aceptan el Concilio y dicen: "¿Pero qué Concilio? ¡El Concilio de Trento! ¡Eso es un Concilio! Y creen que el Concilio Vaticano II no es más que un disparate que está hundiendo a la Iglesia y, por otro lado, quienes siguen al Papa y al Concilio que dijo: 'Renovación para la Iglesia'**, **con todo lo que eso significa**...» (pág. 349).

¡Uno queda desconcertado! Kiko, que no tolera el Concilio de Trento (como Lutero), no es sincero cuando se jacta de seguir al Vaticano II y al Papa... Lo he demostrado, y en cuanto al dogma eucarístico (transubstanciación, Sacrificio, Presencia Real), bastaría añadir lo que Juan Pablo II, quince años después del Concilio, supo exponer sobre el misterio y el culto de la Santísima Eucaristía" (*Dominicae Cenae*, 24 de febrero de 1980).

En conclusión: Kiko no cree en la presencia real según la doctrina de Trento, nunca retractada y absolutamente intemporal (D-S 1641, 1653). Tanto es así que la caída de los fragmentos del pan consagrado, para él, no plantea ningún problema: «no es cuestión de migajas o cosas por el estilo» (pág. 329), como si las «migajas» o «fragmentos» no contuvieran a Cristo entero, según la Tradición católica unánime y las repetidas y solemnes declaraciones del Magisterio (cf. Concilio de Florencia, D-S 1321; Concilio de Trento, ibídem, 1641, 1653)[5]. Precisamente a esta mentalidad herética,

[5] Las palabras de Kiko ilustran claramente el modo indigno de tratar la Eucaristía como es habitual en la liturgia neocatecumenal. En una iglesia de Roma, un amigo laico, horrorizado por la naturalidad con la que, al final del rito, se dejaban caer (y, por tanto, pisoteaban) las migajas del pan consagrado y consumido, oyó a un sacerdote exclamar: "¿Aún te preocupan estas cosas?". Ahora bien, de nuevo a los miembros de

difundida también por el Movimiento Neocatecumenal, se deben los «abusos» que han acabado provocando la legalización de la «Comunión en la mano», concedida a regañadientes por la Santa Sede y solicitada por las Conferencias Episcopales. De ello se deriva la tristísima historia de innumerables profanaciones cometidas en todas partes, incluidas las basílicas romanas...; de lo que se derivó una clara disminución del brillo en el culto eucarístico, en la vida espiritual del clero y de los fieles...

3 - Contra el culto eucarístico

Negada la presencia real, cae automáticamente también el culto eucarístico tal y como ha sido concebido, defendido y fomentado durante siglos por la Iglesia Católica, a la que Kiko —aunque no lo dice, para no comprometerse— es ajeno y hostil.

«**Desde Trento en adelante** —se lamenta, a pesar de toda la historia del culto en cuestión— **se celebrará la misa para consagrar y tener presente a Jesucristo y ponerlo en el sagrario**» (pág. 329).

Nunca ha comprendido que conservar la Eucaristía significa permitir a los fieles seguir celebrando el Sacrificio en la contemplación amorosa de Dios crucificado, es decir, presente bajo las apariencias de la Víctima inmolada... «**Hemos transformado la Eucaristía** —insiste nuestro maestro— **en el divino Prisionero del sagrario**...» (pág. 330).

Sigue la blasfema cantinela neocatecumenal:

- «**Comienzan las grandes exposiciones del Santísimo (que antes no existían)». «El pan y el vino no están hechos para ser expuestos, porque se echan a perder. El pan y el vino están hechos para ser comidos y bebidos. Siempre digo a los Sacramentinos que han construido un tabernáculo inmenso: si Jesucristo hubiera querido que la Eucaristía estuviera allí, se habría hecho presente en una piedra que no se echa a perder**» (pág. 329). - Es grosera e imperdonable la incomprensión del don

---

las Comunidades Neocatecumenales, en el discurso antes mencionado, el Papa, ya en 1983, había recomendado: "Celebrad la Eucaristía y, sobre todo, la Pascua, con verdadera piedad, **con gran dignidad, con amor a los ritos litúrgicos de la Iglesia, con exacta observancia de las normas establecidas por la autoridad competente, con voluntad de comunión con todos los hermanos**...". Desafortunadamente, los seguidores de Kiko hicieron oídos sordos a tan grave llamamiento.

infinito de una presencia, fuente de consuelo inefable para los exiliados infelices, aunque condicionada a elementos corruptibles (pan y vino), que siempre pueden renovarse en cada celebración del Sacrificio Eucarístico...

- «**En esta época comienza el Corpus Christi, las exposiciones solemnes del Santísimo, las procesiones con el Santísimo, las misas cada vez más privadas, las visitas al Santísimo y todas las devociones eucarísticas...**» (pág. 330).

- «**Como algo separado de la celebración** [¡y falso!] **comienzan las famosas devociones eucarísticas: la adoración, las genuflexiones durante la misa en todo momento, la elevación para que todos adoren. En la Edad Media, al elevar el cáliz se tocaba la campana y los que estaban en el campo adoraban al Santísimo...**» (pág. 33)[6] Todas estas prácticas que él recuerda con mal disimulada compasión, como si cientos de grandes santos, que fueron sus más fervientes promotores, hubieran sido unos ingenuos...

- «**En el siglo XVII, con la industrialización** [¿sic?]**, ya no hay fiestas y la gente, que es muy religiosa, participa a su manera con horas santas, Vía Crucis, etc.**» (pág. 331).

Ahora, con irritante desenvoltura, Kiko vuelve a exaltar «**La renovación del Concilio Vaticano que llevará a la Iglesia a una gloria indescriptible y llenará de asombro y admiración a los orientales y a los protestantes. Todos juntos nos sentaremos sobre la piedra angular, sobre la roca donde no existen divisiones. El Concilio es ecuménico**» (pág. 333).

Da la impresión de que su énfasis raya en el delirio al que solo puede abandonarse quien, como él, obsesionado por sus ideas, ni siquiera se ha molestado en leer los textos del Concilio, celebrando otro [¡muy diferente!] que, en su eventual «ecumenicidad» catastrófica, anularía todas las contradicciones que dividen a las Iglesias cristianas...

[6] Kiko quizá no sea consciente de que el Papa (a quien tantas veces se ha acercado, celebrado y abrazado) piensa diferente. El 29 de septiembre de 1979, en el Parque *Phoenix* de Dublín, exclamó: «*La Eucaristía, dentro y fuera de la misa, es el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, y por lo tanto merece la adoración que se rinde al Dios vivo, y solo a Él. Por lo tanto, cada acto de reverencia, cada genuflexión que hacen ante el Santísimo Sacramento es importante porque es un acto de fe en Cristo, una efusión de amor por Cristo. Y cada señal de la cruz, cada gesto de respeto que hacen al pasar por una iglesia también es un acto de fe...*».

Kiko piensa que su unidad puede fundarse fuera y contra la verdad objetiva, absoluta...; la cual no se daría, ya que, según Carmen, la «Palabra de Dios» se reduciría (historicistamente) a un «Acontecimiento», por lo que no expresaría verdades definibles y eternas.

Sin embargo, nuestros neocatecumenales saben bien que:

a) El Concilio Vaticano II declaró que «**La Iglesia católica posee toda la verdad revelada por Dios**...» (UR 4), por lo que no debe aprenderla de nadie, especialmente en lo que se refiere a los dogmas fundamentales, como el eucarístico. Ha condenado el «irenismo» (*ibid.*, 11).

b) El Concilio sigue profesando su fe en la presencia vivificante de Cristo «EN EL SACRIFICIO DE LA MISA», «EN LA PERSONA DEL MINISTRO» y especialmente «BAJO LAS ESPECIES EUCARÍSTICAS...» (SC 7).

c) No ha dejado de enseñar que «de la liturgia (...) y particularmente de la Eucaristía brota en nosotros como de una fuente la gracia, y se obtiene con la máxima eficacia la santificación de los hombres y la glorificación de Dios en Cristo, hacia la cual convergen, como hacia su fin, todas las demás actividades de la Iglesia» (*ibid.*, 10).

d) El Concilio declara que «la vida espiritual (...) no se agota en la participación en la liturgia...»; y que existe una vida interior eminentemente personal y privada, contra la cual Kiko es irreductible (*ibid.*, 12).

Y, en general, favorece «los piadosos ejercicios del pueblo cristiano...», a los que también reconoce «*una dignidad especial*...» (*ibid.*, 13).

El Vaticano II nunca suprimió la adoración eucarística tan recomendada por Pío XII, complacido, a este respecto, con las diversas formas introducidas en la Iglesia «*cada día más bellas y saludables, como, por ejemplo, las visitas devotas y también diarias a los divinos tabernáculos; las bendiciones con el Santísimo Sacramento; procesiones solemnes por pueblos y ciudades, especialmente con motivo de los congresos eucarísticos, y la adoración del augusto Sacramento expuesto públicamente*... » (*Mediator Dei*, 107-110). Todo esto, si bien no agrada a Kiko, contribuye de manera admirable a la fe y a la vida sobrenatural de la Iglesia militante... (*ibid.*, 110).

No se muestra menos imprudente e irreverente cuando, de forma totalmente inapropiada, habla también del Sagrado Corazón: «**Cuidado con ciertos conceptos de Dios bueno, que es todo misericordia... Porque la vida es mucho más seria. Venid conmigo, vosotros que tenéis ciertos conceptos de Dios como el Sagrado Corazón, con la manita así y la cara**

retocada, todo azúcar y miel, todo suave y tierno...» (pág. 115. Cf. pág. 139). A él, teólogo, se le ha escapado que ese Corazón está herido, traspasado por una corona de espinas, dominado por la cruz. Por eso pide reparación, sacrificio, participación en todas las miserias espirituales y materiales del prójimo y por eso es símbolo de ese amor divino y humano que resume la obra redentora del Verbo Encarnado, como *religionis summa*, (Pío XI, *Miserentissimus Redemptor*, en Acta Apostolicae Sedis 1928, pág. 167), *absolutissima* (...) *professio christianae* (Pío XII, *Haurietis aquas*, en AAS 1956, pág. 344).

e) Kiko no cree que la liturgia sea celebrada principalmente por Cristo, Sumo Sacerdote, por aquel que en virtud del orden sagrado obra en la persona de Cristo, representando —en él— a toda la Iglesia y, más aún, a toda la humanidad... No ha comprendido que la Misa, aunque no sea solemne, nunca es privada, sino pública, eminente y esencialmente comunitaria, incluso cuando el sacerdote celebrante está **solo**.

Por eso, el Concilio «recomienda vivamente la celebración diaria, QUE ES SIEMPRE UN ACTO DE CRISTO Y DE SU IGLESIA, incluso cuando no es posible que asistan los fieles» (PO 13. Cf. SC, 26-27; PABLO VI, *Mysterium fidei*, AAS 57 (1965), págs. 761-2).

Pero todo esto, en contra de lo que Kiko querría hacer creer, alabando la renovación litúrgica promovida por el Concilio (pág. 249), no armoniza con la nueva teología neocatecumenal; afirma Kiko: «**de ninguna manera un rito individual** (...)**. Porque el sacramento no es solo el pan y el vino, sino también la asamblea: toda la Iglesia que proclama la Eucaristía. No puede haber Eucaristía sin la asamblea que la proclama...». No hay Eucaristía sin asamblea. Y es toda la asamblea la que celebra la fiesta y la Eucaristía; porque la Eucaristía es la exultación de la asamblea humana en comunión … Y de esta asamblea brota la Eucaristía**...» (pág. 317).

Parecería increíble, si no estuviera escrito. Kiko ha tenido la habilidad de canalizar en su «catecismo» las peores corrientes heréticas. Solo pueden complacerse con él los protestantes, maestros de los «teólogos holandeses», autores del infame Catecismo, con los inspiradores anónimos de la absurda noción de la Misa, que apareció en la primera edición del Misal (cf. Institutio ..., c. II, n. 7), donde precisamente «la Asamblea» lo hace todo: el sacerdote es «presidente», no «ministro de Cristo»; el «sacrificio eucarístico» es solo un «recuerdo» del de la Cruz; el pan y el vino siguen siendo los elementos de la mesa común humana, por lo que no se hace ninguna mención a la «transubstanciación».

Pero quizás muchos neocatecumenales lo ignoran: Kiko, con el “gran consejo” de sus “catequistas”, pudo haber abusado de su buena fe.

XII

PARA TODOS, EL VEREDICTO DE DIOS ES SOLO PERDÓN Y MISERICORDIA

SEGÚN LA FE CATÓLICA, DEBEMOS CREER QUE “LAS ALMAS DE TODOS LOS QUE MUEREN EN LA GRACIA DE CRISTO, YA SEA QUE AÚN TIENEN QUE PURIFICARSE EN EL PURGATORIO O YA SEA DESDE EL MOMENTO EN QUE DEJAN EL CUERPO, SON ACOGIDAS POR JESÚS EN EL PARAÍSO”; MIENTRAS QUE LOS DEMÁS QUE, AL LADO DE LA MUERTE, PERSISTEN EN SU RECHAZO DE DIOS, PERMANECEN PARA SIEMPRE PRIVADOS DE LA VIDA ETERNA. PRECISAMENTE LO CONTRARIO DE LO QUE SE DEDUCE DE LAS CONVICCIONES DE KIKO (Cf. PABLO VI, *Profesor de Fe*).

Según él, «**el cristianismo afirma que todos estamos ya juzgados, y que el juicio sobre todos los pecados se ha realizado en la cruz de Jesucristo, quien nos ha perdonado a todos**». En resumen, «**el veredicto de Dios**» para todos es solo «el **perdón y la misericordia**...» (p. 66). Ahora bien, si Cristo realmente lo hizo todo y la misericordia de Dios perdona a todos, se deduce que:

a) no hay necesidad de purificación, ni en esta vida ni en la otra, por lo que el **purgatorio** carece de sentido, al ser un sufrimiento humano adicional que no honra (!) la obra realizada por la muerte de Cristo, que en sí misma consumió y destruyó todo: el pecado y las reliquias del pecado...;

b) si todos hemos sido ya juzgados sobre la base de una sentencia de *absolución universal*, **nadie puede temer el infierno** por la razón que acabamos de indicar.

c) En cuanto al cielo, la discusión se complica, porque debería ser posible sin ningún mérito personal, una vez que:

α) la voluntad no es libre, incapaz de hacer el bien (págs. 130, 135); y

β) cada uno permanece absorto y, por así decirlo, perdido en Cristo resucitado: «**Si yo soy Cristo mismo y Cristo ha resucitado, yo he resucitado**...» (pág. 66). «...**En él puedes verdaderamente ser recreado, recuperando la imagen de Dios, convirtiéndote en Dios mismo, el hijo de Dios, teniendo la naturaleza de Dios**...» (pág. 143). Y entonces la pregunta persiste: ¿cómo puedo disfrutar de una vida eterna que no es «mía», porque no la he elegido ni merecido? El bien solo es «mío» si lo he querido...

Creo que Kiko no ha captado plenamente el alcance de expresiones de este tipo: huelen a panteísmo, pancristismo, quietismo... (Cf. Pío XII, *Mystici Corporis*, nº. 85 y sigs.).

Finalmente, resulta dolorosamente desconcertante que nunca hable —al menos explícitamente— de la vida sobrenatural, cultivada mediante el ejercicio de las virtudes teologales, facilitada poderosamente por los dones del Espíritu Santo y confortada por la alegría de la intimidad con el Dios vivo en la oración que llega a la contemplación infusa... Sintomático, además, es su silencio sobre el dogma de la bienaventuranza eterna, que consiste en la participación en la vida de la Trinidad, que en última instancia lo explica todo.

EPÍLOGO

Al reflexionar sobre lo que me parece haber comprendido laboriosamente del texto de Kiko, tengo la impresión de encontrarme ante un cristianismo radicalmente diferente del propuesto hasta ahora por la Iglesia Católica. Parece haberse esforzado por inventar uno propio, derivado de una lectura exclusivamente personal de la Biblia y de una cultura teológica carente de fundamento, dolorosamente confusa y desconectada, como podría resultar de un “libre examen” de los Libros Sagrados.

No es preciso hablar de una “síntesis”, ya que la doctrina de Kiko carece de la unidad que debería caracterizarla y que la habría hecho menos incomprensible. Entiendo que las Orientaciones se reducen a discursos bastante familiares, que se perdonan —dada la viveza del estilo y la pasión de los sentimientos— por un dominio deficiente del lenguaje y pequeñas y frecuentes inconsistencias... Pero la extrema gravedad de ciertos temas y la insistencia con la que Kiko los retoma revelan sin lugar a dudas todo un entramado de ideas que contradice constantemente la doctrina tradicional, aunque se sustente en un mar de palabras, citas bíblicas, chistes y digresiones inapropiadas, que hacen que la lectura de las 373 páginas sea notablemente laboriosa y tediosa.

Esto ha suscitado a menudo dudas sobre si las Orientaciones de Kiko merecen ser tomadas en serio; una duda, sin embargo, fácilmente superada por la reflexión de que tratan temas fundamentales de la fe cristiana...; constituyen el texto básico en la formación de los catequistas, que forman el «estado mayor» del autor...; inspiran y dirigen, aunque remotamente, la labor del M.N. que se lleva a cabo en todo el mundo... No han sufrido revisiones ni enmiendas porque se consideran —como he oído repetir— casi inspiradas, y por ello gozan del máximo respeto por parte de los afiliados.

Razón final: Las orientaciones han sido confirmadas, según me ha sido comunicado por un público que todo lo observa, recuerda y luego lo cuenta.

Segunda parte:

LOS HECHOS

"También ha habido falsos profetas entre el pueblo, así como habrá falsos maestros entre ustedes que introducirán herejías.

Muchos seguirán sus libertinajes y, por culpa de ellos, el camino de la verdad será cubierto de injurias. En su codicia, os explotarán con palabras falsas; pero su condenación ya está en marcha desde hace tiempo y su ruina les acecha» (2 P 2,1-3).

ACLARACIÓN INTRODUCTORIA

Hubiera preferido concluir el ensayo limitándome a las observaciones de carácter teórico, ya que siempre he dudado de la veracidad de las noticias actuales. Sin embargo, estas han sido tan numerosas e insistentes a lo largo de este año que me han llevado a informar a los lectores. Es difícil recordar las cartas recibidas de todas partes sobre mi opúsculo, las comunicaciones telefónicas, las visitas personales... Si hubiera registrado todas las conversaciones, confidencias, desahogos, etc., habría podido recopilar material para un gran volumen.

Me refiero en particular a los testimonios de exneocatecumenales, que durante años habían seguido el «camino» en el seno de las «comunidades» sembradas en las parroquias de Roma y de muchas regiones de Italia. Se

trataba de personas sinceras, generosas, pero seriamente decepcionadas, conmocionadas, a veces asustadas, siempre necesitadas de desahogarse, de confiar sus experiencias...

Después de reflexionar largo y tendido, decidí utilizarlas para redactar esta segunda parte del trabajo, inspirándome en los siguientes criterios: *que las noticias coincidan sustancialmente...; que confirmen los elementos extraídos del texto de Kiko...; que procedan de testigos oculares, desinteresados y dignos de crédito*.

No me sorprendería que mañana algunos lectores plantearan objeciones sobre la veracidad de la información recibida: es comprensible que, en ciertos detalles, la práctica pueda variar de una comunidad a otra. De hecho, resulta que los «catequistas» *saben adaptarse muy hábilmente a los lugares, la cultura, la sensibilidad y las costumbres de las personas y los grupos*. Para elaborar un «mapa» completo, tendría que dar la vuelta al mundo, verificar personalmente lo que se enseña y se practica en miles de lugares...; lo cual, por muy útil que sea, no sería en absoluto necesario, una vez descubierto el fondo de las ideas de Kiko, maestro supremo e indiscutible director del *Movimiento*.

Sea como fuere, me propongo ser lo más sobrio posible, preocupándome por los casos más dignos de reflexión y, sobre todo, por su verdad objetiva. Por ello, remito a una lectura atenta de los apéndices, mucho más elocuentes que cualquier relato mío, ya que se trata de testimonios de personas que han vivido, meditado y sufrido durante mucho tiempo en el seno de las comunidades neocatecumenales.

I

LA IGLESIA PARALELA

He oído hablar de ella a algunos miembros del clero romano, informados por los propios neocatecumenales. Ahora bien, si dos rectas paralelas no se cruzan, las dos iglesias paralelas —*la Católica y la Neocatecumenal*— se constituyen y proceden de manera autónoma. Que así sea realmente la

primera, con su jerarquía, su historia y su fe. Por lo tanto, la segunda, si se empeña en no cruzarse con la otra, es indudablemente cismática.

Su forma de comportarse es tan significativa en este sentido que preocupa seriamente al episcopado de Umbría. Solo razones muy serias pueden haber provocado el grito: «Para la necesaria actualización del mensaje cristiano, hay que prestar mayor atención a los documentos de la Tradición y del Magisterio, particularmente a los métodos, directrices y textos propuestos con autoridad por la CEI a todas las Iglesias que están en Italia». Pero tal vez todo haya sido inútil: la «iglesia» de Kiko es muy diferente, porque es superior a la presidida por los obispos y de la que forma parte el «fiel común» de la «misa dominical». Riesgo que hay que evitar —señaló— es que la pequeña comunidad neocatecumenal haga un CAMINO PARALELO al de la comunidad parroquial y diocesana más amplia, sin integrarse orgánicamente en la pastoral ordinaria...». De hecho, «una cierta cerrazón, propia sobre todo de las comunidades jóvenes, es percibida por los demás fieles y a menudo por los propios sacerdotes como una división, lo que crea no pocas dificultades. La comunión eclesial implica obediencia al obispo y al párroco, no solo cuando toman decisiones explícitas en el ámbito de su competencia, sino también cuando indican objetivos y orientaciones pastorales» (*Nota Pastoral*, 2 de marzo de 1986).

Por desgracia, el «riesgo» se ha convertido en «realidad»: «Desde el norte hasta el sur de Italia —escribe Luciano Bartoli, de la diócesis de Trieste—, los sacerdotes me han contado **que allí donde surgen estos neocatecumenales, las parroquias se desintegran. Y para los párrocos son un dolor continuo. Algunos, exasperados, incluso han dimitido de la parroquia, con los nervios destrozados**...». «... El sufrimiento de algunos párrocos, que han llegado a la desesperación, me ha impulsado a escribir estas líneas (...). A un sacerdote, que no era de su diócesis y que magnificaba el bien hecho por los neocatecumenales, el obispo de Trieste, en una reunión de sacerdotes, le sentenció así: «Los neocatecumenales harán el bien, pero *traen división a las parroquias*. Es de desear que los obispos individualmente hagan investigaciones y tomen medidas colectivamente», *Reflexiones de un laico sobre los neocatecumenales*, Palestra del Clero, mayo de 1990, págs. 375 y sigs.).

El obispo de Brescia informa de que algunos exneocatecumenos habían observado en sus comunidades «una *visión pesimista del hombre, un clima de sometimiento psicológico, una cierta atmósfera de exclusivismo, una cierta identificación de la comunidad con la propia Iglesia y un cierto*

descrédito de la religiosidad de los demás» (Comunicación al Consejo Presbiteral, IX Asamblea, 19 de noviembre de 1986, en *Rivi d. Dioc. di Brescia*, n. 1/1987, pág. 66). Así, del *paralelismo* se pasa *al exclusivismo, al conflicto, a la invasión*.

En la vida de las comunidades —se precisa— falta la conexión con las oficinas diocesanas competentes y, en consecuencia, falta la verificación:

- sobre los contenidos y métodos de la catequesis (Oficina Catequística);

- sobre los contenidos y la regularidad de las liturgias (Oficina Litúrgica);

- sobre la disposición de los elementos estructurales en las iglesias (Oficina de Arte Sacro).

Por lo tanto, autonomía total: los neocatecumenales pueden pensar, decir y comportarse como quieran.

«Es escasa la atención a las disposiciones sinodales sobre la disciplina relativa a la administración de los sacramentos...». Siguen numerosos ejemplos que documentan la veracidad y gravedad de la denuncia (ibídem).

No menos grave es el malestar del clero diocesano: «El problema pastoral se agudiza aquí.

- «Existen dificultades notables para los fieles cuando el párroco forma parte del Camino; los fieles no logran aceptarlo, considerándolo un hombre parcial y no de todos. No es un principio de comunión.

«No siempre los laicos tienen el valor de decirlo y tal vez los párrocos no tienen el valor de convocar una asamblea en presencia del obispo para asegurarse del malestar existente».

«Entonces los laicos se quejan a otros sacerdotes o, en la ciudad, para participar en la misa, se trasladan a parroquias vecinas.

- «Surgen incomprensiones entre el párroco y el vicario parroquial, cuando el primero forma parte del Camino y el otro es fiel al método y a las disposiciones diocesanas sobre la pastoral oratoriana, etc.; a veces el contraste es evidente; otras veces se fija en el desinterés de uno por lo que hace el otro; dada la concepción que a menudo tiene el párroco neocatecumenal de la vida del oratorio, el sacerdote joven se siente solo y se desilusiona de su ministerio.

«Tanto más cuanto que, a menudo, no se subvencionan las estructuras necesarias para el oratorio y, a veces, incluso se destinan a uso de las comunidades neocatecumenales las que ya existían anteriormente.

Cuando en una parroquia «neocatecumenal» llega como párroco un sacerdote acostumbrado a ejercer su ministerio en la línea de la pastoral diocesana, su malestar es manifiesto. O acepta la situación tal como es, con todo lo que ello conlleva, o bien obliga de hecho a «los hermanos» a emigrar.

«A veces, el párroco ha decidido la catequesis en la parroquia sin escuchar al Consejo Pastoral Parroquial y sin siquiera consultar a los sacerdotes colaboradores; y, por supuesto, sin preguntar al obispo.

- Existe un tercer malestar, a menudo no confesado, entre los sacerdotes del mismo Vicariato o Zona, por el enfoque diferente de algunos sectores de la pastoral; el malestar aumenta cuando los fieles de las parroquias «neocatecumenales» acuden a quejarse a los sacerdotes de las parroquias vecinas. Cuando un vicario parroquial se ha adherido al método neocatecumenal, acaba obedeciendo más al sacerdote de la comunidad neocatecumenal a la que pertenece que a su propio párroco.

«Los sacerdotes diocesanos se orientan y piden partir para una itinerancia (con todos los problemas, incluso jurídicos, que ello conlleva) en lugar de decirse dispuestos a un servicio al estilo del «Fidei Donum».

Se hace fácil referencia al ministerio petrino, interpretado según convenga, cuando el obispo no está de acuerdo.

«En los sacerdotes, se establece una dependencia emocional y, al menos en algunos puntos, efectiva, del líder del Camino, más que del pastor diocesano.»

«Esto se demuestra por la común indiferencia hacia las advertencias del obispo, expresadas por él en términos generales en homilías o cartas, cuando llama a la docilidad o a la obediencia cuando da indicaciones contrarias al Camino.»

«Es obvio que estas observaciones se aplican de manera diferente a los distintos sacerdotes, dependiendo de su carácter y del tiempo que llevan siendo miembros del Camino Neocatecumenal.»

«Se tiene la impresión de que, en el sacerdote neocatecumenal que lleva mucho tiempo en el Camino, se establece una conciencia ‘subjetiva’, tan segura de la absoluta validez de su itinerario formativo en la fe, que cree

que debe soportar todo sufrimiento, incluso de superiores que no lo comprenden, para el triunfo del Reino de Dios. Esto es particularmente cierto cuando el sacerdote no está solo, sino que encuentra la solidaridad de muchos otros. Juntos, se sienten psicológicamente como si fuesen ya «Beatos, porque fueron perseguidos por la justicia».

«Esto explica por qué algunos sacerdotes religiosos del Camino, ante el dilema de sus Superiores de adherirse al carisma del Instituto (y, por lo tanto, a su disciplina) o abandonarlo para vivir en las Comunidades Neocatecumenales, han optado por esto último.

«Conozco a algunos Superiores Mayores, muy estimados y conocidos incluso a nivel nacional que, tras una experiencia traumática de este tipo, aunque sienten la necesidad de proceder así, ya no tienen ganas de repetir el mandato, por temor a tener que perder a otros miembros de sus Institutos.

«Algunos Capítulos Generales (por ejemplo, el de los Padres Combonianos) han tomado una postura clara: pertenecer completamente al Instituto o formar parte de las Comunidades Neocatecumenales».

«Acontecimientos graves como estos no pueden dejar indiferente a la Sagrada Congregación para los Religiosos.»

«He llegado a esta convicción: un sacerdote o religioso diocesano que acepta plenamente el método y el espíritu de las comunidades neocatecumenales (cuando ha vivido allí durante algún tiempo, lo cual es inevitable) forma parte, de hecho, de una realidad tan característica que pertenece a una especie de sociedad apostólica o Instituto diferente del suyo.

«El fundador, el Sr. Kiko Argüello, quizá ni siquiera piense o desee que el Camino Neocatecumenal se convierta en un Instituto, pero si su método no se libera de ciertas rigideces, acabará creando cada vez mayor incomodidad e incomprensión en la Iglesia (*ibid.*, págs. 67 y sigs.)».

II

LA IGLESIA SUPERIOR CARISMÁTICA

Esta es la otra constante, universalmente observada y condenada. Los "catequistas" forman la clase dirigente, que preside guiando también a los "sacerdotes", a pesar de la severa advertencia del Papa de permanecer fieles a su "identidad sacerdotal", **de ser celosos de su responsabilidad irreemplazable como Maestros, Santificadores y Guías de Almas**. (*Discurso* del 9 de diciembre de 1985, *L'Osserv. Rom.*, 11 de diciembre de 1985). Baste decir que **el** sacerdote no tiene derecho a hablar durante los escrutinios, aunque está obligado a asistir. Al hacer "el camino", está en igualdad de condiciones con todos sus hermanos y debe, como ellos, someterse a los escrutinios. Uno de ellos afirmó que los neocatecúmenos, si su confesor les sugiere un consejo, responden diciendo: "*Lo hablaré con mi catequista*". Es el colmo.

Los catequistas juzgan a todos, lo deciden todo, intervienen en todo. El tono de sus reprimendas es a menudo aterrador. Cuando amenazan, parece que Satanás está listo para ejecutar sus anatemas. Me lo han asegurado varias veces: es un poder excesivo al *estilo calvinista*, ejercido, obviamente, solo sobre quienes disienten, critican y no obedecen ciegamente. Podría mostrarles a todos cartas sinceras de un catecúmeno lidiando con su "catequista".

Su autoridad es incuestionable; pero eso no significa que todos se resignen a someterse. Citaré algunas frases dirigidos a un catequista por alguien que parece completamente exasperado por su forma despótica de imponerse:

"¿Con qué autoridad has abolido el Rosario en mi casa? ¡Qué consecuencias ha traído no rezarlo!"

"No puedes, en conciencia, aconsejar a N.N. que ignore a su hijo, que es su hijo, a quien Dios impone los mayores deberes; ni puedes aconsejar a N.N. que eche a su nieto porque tiene 26 años".

"¿Por qué no puede N.N. cumplir con su deber y N.N. mostrar misericordia para evitar más problemas entre padre e hijo?"

“No puedes callarme la boca y dejar que otros digan lo que piensan. ¿Sabes si le agrada más a Dios lo que yo digo o lo que dicen los demás? Si hay herejía en mí y en mis palabras, tienes razón en silenciarme; si no, ¿por qué te opones a lo que digo (...)? Jesús no se ofendía si le hacían preguntas, le ponían objeciones o incluso le argumentaban algo; y no silenciaba a nadie, recibía a todos, respondía a todos... ¿Cómo puedes decir que estoy juzgando si solo me permito decir que no estoy de acuerdo, que el Señor no quiere, no aprueba cierta manera de hacer o hablar? Si es correcto, ¿por qué debería pedir perdón? Y si es incorrecto, ¿por qué no refutas mis puntos equivocados?...”

“Cuando hagas preguntas o des respuestas, intenta darle a la otra persona la oportunidad de responder; de lo contrario, solo puede ser un sermón inútil, una imposición inapropiada...”

“¿Dónde se dice que uno se vuelve bueno sin un buen libro, sin una buena meditación, o en todo caso, por qué un buen libro debería hacer daño? ¿Crees que eres más eficaz que un buen libro? ¿Más eficaz que la palabra de los santos, donde mora el Espíritu de Dios?”

“Si crees que lo que digo es correcto, no me desprecies ante los hermanos…” “…Nadie debe usar su posición, su prestigio, su autoridad para obstaculizar el bien, sino para fomentarlo…”

Como se mencionó anteriormente, el absolutismo del poder reconocido por los catequistas ni siquiera cede ante el respeto a los deberes sacrosantos de obediencia de los hijos hacia sus padres: se enseña que, para seguir la voz de la comunidad, identificada con la de Dios, se requiere que algunos se rebelen contra la voluntad del otro. Un padre, ofendido por esta práctica, llegó incluso a amenazar a un catequista con denunciarlo por el delito de sustraer a sus hijos de la patria potestad... Los niños son considerados “falsos ídolos” cuando sus padres, para cuidarlos, no pueden participar en la vida comunitaria...

En la raíz de la actitud paternalista e incuestionable de la *clase catequista* se encuentra la firme convicción de que el “Camino Neocatecumenal” representa el *método ideal y único* para reevangelizar el mundo, para una reforma verdaderamente radical de la Iglesia: la antigua Iglesia jerárquica, con su “sacerdocio ministerial”; la de un cristianismo que para Kiko “**era repugnante**” (pág. 283).

«**Creemos** —explica—, **que todos somos hijos de Dios, que todos somos cristianos porque hemos sido bautizados y hemos hecho la Primera Comunión, vamos a misa los domingos, no robamos ni matamos, y por lo tanto todo está bien. Gracias a Dios, afortunadamente, las cosas están cambiando hoy: hay marxistas que no se declaran cristianos porque no se ha logrado nada bueno con este cristianismo... No éramos cristianos, no sabíamos nada del cristianismo, somos precristianos**...» (pág. 283).

Lamentablemente, es cierto que muchos se llaman cristianos, y no lo son en absoluto. Pero Kiko no debe contraponer su cristianismo con el suyo, profundamente diferente del que enseña la Iglesia, venerado por miles de santos canonizados, vivido por millones y millones de fieles de todas las clases sociales, convencidos de ser grandes pecadores y, por lo tanto, impulsados por el deseo de progresar en el amor a Dios y al prójimo.

¿Es posible que Kiko, en el mundo católico, nunca haya encontrado un verdadero cristiano, sino solo *precristianos*?... ¿Es posible que solo su «Neocatecumenado» conduzca «**al renacimiento**»? (pág. 283).

Así, el paralelismo de la «Iglesia kikiana» también reside en su pretensión de *superponerse y oponerse* a la del cristianismo tradicional; una pretensión basada en hecho de su forma de ser carismática, similar a la antigua secta montanista y a todas las que la han seguido a lo largo de los siglos, intolerante a la estructura visible y jerárquica de la Iglesia católica. «**Nosotros somos la verdadera Iglesia**», declaró un catequista de una ciudad de Calabria, «**en oposición o a diferencia de la Iglesia jerárquica**...». Era absolutamente sincero. En realidad, al negar el sacramento del Orden y el sacerdocio ministerial, la Iglesia jerárquica se disuelve. «**Todos caminamos juntos: fieles, sacerdotes y obispos. Porque también nosotros somos sacerdotes, reyes y profetas. Después del Concilio, se dio mayor importancia y autoridad al pueblo de Dios**». Lutero podría haberse sentido complacido con tales «logros».

La igualdad de todos los creyentes al compartir el único sacerdocio de Cristo explica claramente la actitud de los neocatecumenales hacia el clero. Pero no se puede ignorar que su rechazo de la jerarquía eclesiástica no les impidió crear, dentro de M. N. una sociedad rígidamente organizada, con leyes extremadamente estrictas, su propia nomenclatura para los «iniciados», sanciones y líderes de rango cada vez más elevado, dispuestos según los lineamientos de una pirámide colosal, en cuya cúspide se sienta Kiko, el

gran carismático, venerado y obedecido, puro e intachable, mucho más que un Papa.

III.

EL ASESINATO DE LA EUCARISTÍA

En la Iglesia Católica, sin el Orden Sagrado, no hay sacerdocio; sin sacerdocio, no hay sacrificio; sin el cual, no hay consagración que transubstancia el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo; por lo tanto, ni Comunión sacramental ni culto eucarístico. El pensamiento de Kiko sigue esta línea, explicando a priori todo lo que se ha visto, deplorado y reportado constantemente dentro y fuera de las Comunidades Neocatecumenales.

Es bien sabido que, para evitar el "sacrificio", se coloca una "mesa" en lugar del altar, porque el rito es simplemente un banquete, donde se come, se bebe, se celebra, se canta, se toca música y, a veces, se baila. En la iglesia, después de la celebración, la gente conversa como en un comedor. Solo hablan de "pan" y "vino", no del Cuerpo y la Sangre de Cristo... Y la historia de las "migajas" que "caen" ya no es un problema. El hecho ha sido observado y relatado por muchos. "**En una convivencia en Arcinazzo, un sacerdote declaró que había bandejas con restos de pan consagrado abandonadas sobre una mesa al final de la celebración**."

Un párroco de la zona de Viterbo, catequista del Monasterio Nacional, no se dignó a arrodillarse ante el Santísimo Sacramento, demostrando evidentemente su incredulidad en la Presencia Real. Pero hay algo peor. Llevó a la sacristía las hostias consagradas durante la misa y no consumidas por los fieles; y al día siguiente las usó para otra misa, consagrándolas de nuevo. Es horrible...

Después de asistir a una Eucaristía, un amigo mío en Roma salía de la sala cuando notó que alguien en un rincón recogía las bandejas, ordenándolas sin preocuparse por los abundantes y claramente visibles fragmentos que habían caído. Horrorizado, regresó para avisar a un vicario, pero en cambio lo oyó exclamar con una expresión de sorpresa y casi de lástima: **"¡Todavía te preocupas por esas cosas!**".

En circunstancias similares, los catequistas han declarado con absoluta certeza y presunción: **"¡Basta ya de estas cosas**! ...". **"¡Ábrete! ¡Actualízate!... ¡Progresa!**...". ¡Cualquier hereje podría haberse expresado de la misma manera!

En cierta comunidad neocatecumenal, tres de los cuatro catequistas presentes en la conversación se atrevieron a afirmar que los fieles pueden recibir la Eucaristía *incluso en pecado mortal*. La razón es siempre la misma: *están de camino*, y Cristo vino por los enfermos, no por los sanos. La respuesta encaja perfectamente en el contexto de las ideas de Kiko sobre la naturaleza de la relación del hombre pecador con Cristo, que es el que lo salva.

Se ha observado que algunos de sus seguidores no se confiesan, a pesar de tener un sacerdote disponible antes de la celebración eucarística, en la cual ciertamente no reconocen la celebración eucarística instituida por Cristo y sobre la cual San Pablo habla contra quienes se acercan a la mesa eucarística indignamente: *comen y beben su propia condenación* (1 Cor 11,29).

Y siempre es el Apóstol quien los reprende con dureza si los sorprende comiendo dulces durante la homilía, sin respeto por el rito sagrado y sin observar la ley del ayuno eucarístico. Al ser un simple banquete, en la misma línea que la "cena" protestante, los neocatecúmenos reciben la comunión sentados: cada uno come y bebe con sus propias manos como en casa.

Nada fomenta la oración personal, la acción de gracias ni la conversación íntima con Dios. Al final del rito, no debe quedar nada del pan y el vino consagrados, porque no hay espacio para el sagrario; las "visitas" al Santísimo Sacramento carecen de sentido; se prescinde de la adoración, de las bendiciones y de las procesiones...

Desafortunadamente, con la multiplicación y expansión de las comunidades neocatecumenales, asistidas por sacerdotes irresponsables, parece que el comportamiento de los seguidores de Kiko se ha contagiado a amplios sectores de la población e incluso en algunos institutos religiosos, donde se

han abolido las reverencias, las genuflexiones y las pausas para la oración, casi desafiando lo que la liturgia católica siempre ha prescrito o recomendado.

Se extiende la creencia de que los "fragmentos" de las hostias consagradas, caídos al suelo, ya no son más adorables, porque allí cesa la presencia real de Cristo. Esto es lo que sostuvo una monja hace unas semanas en Santa María la Mayor, hablando con algunos laicos que, aún fervientes creyentes en el dogma eucarístico según el Magisterio de la Iglesia, quedaron profundamente impresionados y vinieron a contármelo ...

Todo es la conclusión estrictamente lógica de la idea protestante de la "Cena", que excluye la transubstanciación, la presencia real y el sacrificio. Esta idea es adoptada por la secta neocatecumenal y la está difundiendo, golpeando mortalmente a la Iglesia, cuyo "corazón" es precisamente Cristo Eucarístico.

IV

LA CONFESIÓN PÚBLICA

La Iglesia Católica no solo no *impone* esto a nadie, sino que ni siquiera *tolera* que los fieles se acusen públicamente de sus pecados graves y ocultos: para guardar el secreto más celosamente guardado, siempre ha impuesto a los confesores el "sigilo sacramental", el más inviolable de todos.

Pero el M. N., paralelo y superior (!) a la Iglesia jerárquica, ignora esto, comprometido con la búsqueda de una mayor perfección (!). Esto es bien conocido y deplorado. Un párroco de Roma me contó que participó, casi forzado, en un "convivencia" en Arcinazzo al que asistieron cientos de personas y decenas de sacerdotes. Se sacó a suerte el nombre de una chica desafortunada, obligada a responder en presencia de todos, indicando su nombre, edad y si estaba comprometida. El catequista también se atrevió a preguntarle si había tenido relaciones sexuales plenas con su novio. Pero en ese momento se derrumbó, rompiendo a llorar. El sacerdote, que me lo contó

todo, estaba atónito y terriblemente irritado, jurando que jamás permitiría tales escenas en su parroquia.

El catequista crea "una atmósfera de Inquisición". "Te dicen que estás ante la Cruz; debes hablar de ti mismo, de quién eres, de tus ídolos, de *cómo* los domas y si lo has conseguido. Y tú empiezas a hablar. Es una pena presenciar estas escenas. La humillación de quienes hablan y revelan sus miserias. Pero no es suficiente. El interlocutor profundiza cada vez más, queriendo saber lo más profundo..." Una carta, en el apéndice, lo contará todo. Uno se queda atónito.

Un alto oficial de la Policía escuchó la confesión pública de un sacerdote y se sintió indignado por la vileza de la que había sido culpable. Una esposa se enteró, por la confesión de su esposo, de que le había sido infiel. Imaginen su amarga sorpresa... Pude hablar de estos gravísimos inconvenientes con algunos neocatecúmenos, quienes se mostraron completamente despreocupados, justificando la «confesión pública» como un acto de humildad sumamente loable, casi como si la práctica de la humildad no debiera regirse por la prudencia que nos hace sensibles a valores mucho más elevados, a deberes mucho más serios y urgentes...

«**En particular** —ha observado el episcopado de Umbría— **en el escrutinio, el catequista debe tener cuidado de no asumir una posición que a veces parece peligrosamente cercana a la del confesor. se debe tener todo cuidado para asegurar que los pecados ocultos no se manifiesten excepto en el secreto de la confesión sacramental**».

El recordarlo es seriamente sintomático...

Pero ¿qué razón puede convencer a personas exaltadas, presuntuosas en su deseo de **reinventar el cristianismo**, a restaurar prácticas que, en otros tiempos y contextos socioculturales, tuvieron un significado y una resonancia profundamente diferentes a los que puedan tener hoy? Todo, sin embargo, se explica al reflexionar que el M.N. es una **Iglesia paralela, superior a la fundada por Cristo y que se remonta a la tradición apostólica**, como —con respecto a la confesión secreta— recuerda San León Magno a los obispos de Campania, quienes se habían atrevido a comportarse «*contra apostolicam regulam*» (D-S 323).

V

ENORME RIQUEZA

El M.N. es una potencia económica.

En una determinada etapa de su «camino», cada miembro debe pagar un «décimo» de sus ingresos a su Comunidad. A menudo, sobre todo en los grandes centros administrativos e industriales, se trata de altos funcionarios bancarios y gubernamentales, profesionales independientes y empleados adinerados. Al final del año, la suma acumulada puede alcanzar cifras impresionantes.

Pero hay más: para lograr cierto grado de progreso dentro de la estructura jerárquica del M. y demostrar un verdadero desapego de los bienes terrenales y la libertad de la influencia de Satanás, hay que "vender todo" lo más caro y preciado para cada uno: casa, campos, coche, joyas, etc.

Desde Sicilia, un párroco, denunciando esta práctica, me contó que un padre pobre, que había trabajado en el extranjero y había amasado una fortuna considerable gastándola en la construcción de una "casita", había sido duramente intimidado por su catequista, quien lo había obligado a repetirse —no recuerdo cuántas veces— "¡VENDE, VENDE, VENDE!". El diablo sin duda se habría apoderado de él si no se hubiera decidido a venderla... Una señora de la provincia de Roma desahogó su ira conmigo, quejándose de que casi la habían despojado de sus posesiones por haber cedido a la insistencia de los superiores de la Comunidad.

Al final de una "convivencia" en Arcinazzo, las donaciones que acabaron en la "bolsa de basura" alcanzaron la asombrosa suma de 4 mil millones... Resulta que entre los beneficiarios de estas copiosas donaciones se encontraban sacerdotes, párrocos, obispos y curias episcopales...

Luciano Bartoli, en el artículo citado, relata: "El obispo de esta diócesis reunió a varios líderes parroquiales para escuchar sus reflexiones sobre el tema [de los neocatecumenales] y qué experiencias podían relatar. Salvo uno que, además de palabras, había dejado previamente un documento escrito en la mano del obispo, nadie abrió la boca. ¿Por qué? ¿Había quizás un interés material en guardar silencio? Un párroco me contó, a este respecto,

cómo sus comunidades neocatecumenales —la mayoría de las cuales trabajan en bancos e instituciones de crédito— le habían dado millones para la Iglesia.

— Pero también creo que los "don Abbondio" —aquellos que, por falta de coraje, no pueden dar— todavía existen: todo para poder vivir tranquilo (Palestra del Clero, mayo de 1990, pág. 375). No es prudente profundizar en este tema.

¿Con qué autoridad y bajo qué principio se obliga a los creyentes a vender sus posesiones como si fuera un deber? Jesús se dirigió y sigue dirigiéndose solo a las almas llamadas a alcanzar un nivel superior de perfección cristiana, no a todos los fieles; quienes pueden y deben santificarse mientras continúan poseyendo y disponiendo libremente de sus posesiones... Solo una iglesia paralela, superior a la católica (!!!), puede permitir esto. ¿Con qué derecho puede el catequista obligar a un esposo a vender los bienes familiares sin el conocimiento y contra la voluntad de su esposa, quien no comparte sus ideas por ser ajena a la Comunidad Neocatecumenal?... La insistencia con la que se predica de nuevo el desapego del dinero a veces —de hecho, a menudo— suscita **discusiones familiares entre marido y mujer, padres e hijos sobre la renuncia unilateral al dinero** (Comunicado oficial del Obispo de Brescia citado anteriormente, pág. 65).

Tengo entendido que una mujer pobre discutía con su esposo, quien, empleado en la Fuerza Aérea, pretendía dejar su trabajo, a pesar de las necesidades de la familia y las legítimas necesidades de los hijos...

Es extraño, sin embargo, que la condición de pobreza voluntaria no sea compartida por los catequistas celosos; que, tras años de Camino, aún visten ropa de marca, tienen más de un apartamento y cambian de coche con frecuencia...

Y peor aún: una mujer neocatecumenal, que debía pagar el diezmo y no trabajaba, fue aconsejada por el catequista para que se lo robase a su marido...

No hago comentarios. Solo añadiría que, dentro de las Comunidades, el donante no puede pedir ni saber nada sobre los "diezmos" ni sobre el dinero obtenido por la venta de bienes, ya que todo lo administran de forma incontrolable los "superiores". Una mujer fue expulsada de la comunidad por negarse a entregar su "diezmo" al catequista, queriendo dar la suma por un caso lamentable de su propio conocimiento... Tal rigor es apenas conce-

bible en institutos religiosos, donde las personas hacen voto de pobreza, renunciando al derecho de disponer de cualquier propiedad como propia... La pregunta sigue siendo si esta forma de proceder completamente secreta y ciertamente nada previsora es la mejor manera de prevenir abusos, sospechas, complicaciones, denuncias... ¿Qué criatura humana, lidiando con "mamón", es decir, el poder más irresistible de este mundo, puede exigir una confianza ilimitada? Ni siquiera en las administraciones de parroquias y diócesis, organizaciones caritativas e institutos religiosos es concebible un método así, especialmente en el actual y tan cacareado clima de transparencia democrática (cf. CIC, cc. 1274-1289).

VI

SOCIEDAD SECRETA

Creí que el M.N. era así desde que, hace unos años, empecé a oír hablar de ella. Mi sospecha se transformó en certeza en cuanto supe de las Orientaciones: era un texto fotocopiado, destinado a permanecer inédito por ser secreto, reservado para los catequistas. Así que, inmediatamente me pregunté por qué Kiko era tan celoso de que se tuviese en secreto. El bien, si es bueno, debe difundirse sin temor a nadie, sobre todo cuando se trata de un programa de "renacimiento" como el suyo, que insiste tanto en la necesidad de una conciencia radical del Bautismo, generalmente recibido solo por mediación de "padrinos", a menudo inconscientes de su elevado simbolismo, de sus compromisos...

Ha declarado que quiere "implementar la renovación del Concilio... abriendo un camino catecumenal..." (pág. 68). Pero el Vaticano II, precisamente, solo recuerda el cristianismo de la gran Tradición católica que Kiko "repugna". Es el cristianismo de los Padres, que ignora casi por completo; el de los grandes Maestros de la Escolástica y el de los grandes teólogos de los siglos posteriores, el que detesta...; de los Concilios se burla y rechaza...; de los Papas, de cuyos documentos no cita ni uno solo...

Quizás, precisamente por eso, mantiene en secreto "su" teología, una teología altamente cuestionable, casi patológica: la de un "converso" cargado con una maraña de nociones bíblicas e históricas mal digeridas, carente de una sólida formación teológica debido a su falta de formación intelectual. Por lo tanto, su "teología" es terriblemente incompleta, apenas sincrética, fusionando corrientes de pensamiento contrarias al Magisterio: judaísmo y biblismo del Antiguo Testamento, agnosticismo y fideísmo, quietismo y jansenismo...; pero, sobre todo, **protestantismo y anticlericalismo**, el más insidioso y mordaz. Desafortunadamente, el aspecto litúrgico, ascético y comunitario del M.N. ha engañado a muchos, impidiéndoles explorar las profundidades de la doctrina que subyace a las espectaculares manifestaciones hábilmente orquestadas por Kiko, incluso en presencia del Papa. Todo esto, creo, ha sugerido la necesidad del silencio, ha impuesto la ley del secreto y le ha dado al M.N. el estilo de una sociedad secreta bien organizada y agresiva.

Así, tras advertir que el neocatecumenal debe vender sus bienes, añade: «**No se lo digas a nadie, porque todos huirían**» (pág. 50). En realidad, todos podían prever que el M.N. acumularía una enorme cantidad de capital...; y, por lo tanto, temería las consecuencias más desastrosas para su propia familia y el futuro de sus hijos... Tras burlarse del creyente común (que acepta los artículos del Credo, se confiesa, asiste a misa, etc.), concluye: «**No debes decirle esto a la gente**...» (pág. 53). Pero ¿por qué no hablar de ello, si puede servir de estímulo para una mayor coherencia en la vida cristiana?

Tras señalar que las «**confesiones de dirección espiritual**» y los «**pequeños consejos**» están destinados a ser reemplazados por la «**Palabra de Dios que resuelve todos los problemas de dirección y nos ayuda a reconocernos como pecadores**», **mientras** «**aún se confiesa en privado, lo cual todavía se usa**», recomienda: «**No le digas nada a la gente sobre todas estas cosas**..." (pág. 177). Kiko se muestra inflexible contra la "confesión individual privada" (pág. 184). "**Nada de confesiones en el confesionario ni en un rincón, si no, se pierde el rumbo**" (pág. 194). Por lo tanto, él no admite que el sacerdote, actuando "en la persona de Cristo", sea un "signo sensible" de Cristo mismo y, por lo tanto, de la Iglesia de la que es Cabeza y a la que representa ante el Padre...

Si es correcto criticar ciertas confesiones hechas por costumbre y con una superficialidad que impide la "conversión" como un cambio radical de rumbo, Kiko se equivoca mucho cuando prohíbe advertir a los fieles: "**No**

os metáis en esta discusión hablando con la gente, porque crearíais muchos problemas...” (pág. 185). Ahora bien, quienes poseen la verdad no temen los problemas, sino que les encanta afrontarlos y resolverlos por el bien de las almas.

“**La gente no entenderá nada, pero no os preocupéis en absoluto”. No intenten convencerlos diciéndoles lo que dijimos antes sobre la penitencia**... (pág. 191). Al contrario —observo—, la gente lo entenderá todo si los catequistas se limitan a repetir lo que la Iglesia siempre ha enseñado, especialmente desde el Concilio de Trento, que para Kiko resulta insuperablemente indigerible.

VII

FUNDAMENTALISMO EN LA EXÉGESIS

Este es el método de interpretar la Sagrada Escritura en un sentido exclusivamente literal. Esto, como señalaron los obispos canadienses en 1975, dirigiéndose a la **Renovación Carismática**, «minimiza el papel de la razón y, más precisamente, el de la reflexión en la comprensión de la Biblia: todo parece evidente a primera vista, porque se expresa en el sentido literal de cada palabra». Fundamentalista, como observé antes, es la interpretación neocatecumenal de la invitación de Jesús: «Ve, vende lo que tienes». «¡Vende lo que tienes y dáselo a los pobres!» (Mt 19,21; Mc 10,21; Lc 18,22). De ahí la obstinada imposición a toda categoría de personas de deshacerse de todo, exponiéndolas a penurias, fuente de discordia entre familiares, como seguiré documentando en el apéndice.

Así pues, el precepto del perdón —contrariamente a la creencia popular— se refiere a las ofensas personales, no a las sufridas por otros, ante las cuales es nuestro deber reaccionar para reprimir la insolencia de quienes abusan de la debilidad ajena. Mucho menos concierne a los enemigos de la verdad, de la fe, del cristianismo, contra quienes el creyente debe emplear todos los medios para refutar el error, un mal común, peor que cualquier otro. Esto también ocurre con la denuncia de las herejías del M.N. Entiendo

que Kiko y sus seguidores han prohibido a todos defenderse rechazando la acusación, como si yo los hubiera atacado y no solo condenado sus ideas...

Se han invertido los papeles. Porque el ofensor era Kiko; y yo, como católico, reaccioné no porque me sintiera personalmente ofendido, sino porque me habían robado la herencia de la fe. El «perdón cristiano» no tiene nada que ver y, de hecho, en mi opinión, carece de sentido. Qué bonita manera, después de todo, de eludir la responsabilidad de las propias ideas, fingiendo sentirse ofendido por quienes discrepan y se oponen a ellas...

La fecundidad del matrimonio, la maternidad de la mujer, la familia numerosa —valores tan ensalzados en la Sagrada Escritura— merecen el máximo respeto, como los últimos grandes Pontífices no han dejado de recordarnos, especialmente desde Pío XI hasta Pablo VI, a quien la encíclica *Humanae Vitae* le costó años de angustia. Pero el documento no fue comprendido por nuestros neocatecúmenos, miembros de una Iglesia más pura (!), para quienes sería ilícito —ni siquiera por razones justas y graves— recurrir a ese control de la natalidad que se logra mediante la continencia durante los períodos fértiles (*ibid.*, n.º 16). No logré convencer a una joven madre, ya con hijos y enferma, de esto: le había enviado el texto de la encíclica, pero fue en vano. Me explicaron que, para los neocatecúmenos, ese documento no tenía ninguna autoridad...

Ahora bien, cuando «**la Biblia se interpreta a sí misma mediante paralelismos**» (pág. 372) y, por lo tanto, prescindiendo del Magisterio, como sostiene Kiko, no hay que sorprenderse de ciertas posturas. Y también por esta razón, el Episcopado de Umbría ha alzado la voz: «Hay que procurar que la interpretación de la Biblia sea siempre exegéticamente correcta, sin caer en alegorismos fáciles. En la exposición de la doctrina, hay que tener mucho cuidado de no usar, como a veces ocurre, afirmaciones objetivamente inexactas, que son peligrosas, incluso cuando la intención subyacente es buena».

Todo en vano: el catequista es el único exégeta, el único autorizado para captar y explicar el verdadero significado de la «Palabra de Dios».

VIII

“CAMINO” SIN META

El término “camino” no es nuevo, pues se remonta a una larga tradición de la literatura cristiana; bastaría recordar el Camino de Perfección de Santa Teresa de Ávila. El que señala Kiko concluye con un supuesto redescubrimiento del valor del bautismo, el primero de los sacramentos, pues introduce en la Iglesia y forma parte del Cuerpo Místico. Pero el bautismo es “nacimiento”, es decir, la fase inicial del proceso que conduce a la transformación total en Cristo, único Mediador ante el Padre; una transformación que constituye la “meta” de todo camino espiritual.

Que el camino emprendido por los Neocatecúmenos conduzca a algo positivo y cierto, como lo demuestra una amplia serie de casos de “conversión” de una vida moralmente indigna, honra al Movimiento. A menudo he oído elogiar a muchos Neocatecúmenos, incluso considerarlos ejemplares. Este es un hecho indiscutible, pero no resuelve todos los problemas, pues me pregunto si esta ejemplaridad se debe a los principios de fe, las normas morales y las formas de culto que caracterizan al M.N., **distinguiéndolo de la Iglesia Católica...; o a la influencia que aún ejerce sobre algunos cultos de su enseñanza, a quienes se han mantenido fieles por profunda convicción y loable costumbre**.

De información muy fiable, se desprende que, de hecho:

• muchos neocatecumenales convencidos y fervientes no solo no son edificantes, sino que ni siquiera intentan serlo, provocando quejas, discordias, chismes, etc., especialmente debido a sus modales banales y bastante liberales durante las Eucaristías;

• la única fuente de cultura espiritual es la Biblia, excluyendo automáticamente la vasta literatura sobre el tema que se ha acumulado durante milenios, gracias a la sabiduría de los Padres de la Iglesia, distinguidos teólogos y grandes santos...;

• Lo más preocupante es que no se habla de virtudes (teológicas y morales), ni de la vida interior, ni de admiración por la vida contemplativa, ni de esfuerzo por dominar las tendencias instintivas de la naturaleza, ni de búsqueda de la santidad...

En conclusión, todo lo bueno que se observa en el M.N. se debe a la influencia que la Iglesia aún ejerce sobre algunos; si bien el M.N. fue providencial solo para un acercamiento inicial a la fe, debido al fuerte impacto que asestó a creyentes ignorantes, apáticos, mediocres y escandalosos, que necesitaban la ingeniosa estrategia de Kiko; sin embargo, él también se quedó a duras penas comprendiendo los fundamentos del cristianismo, creyéndose su "maestro".

Por lo tanto, considerando el "camino" en el verdadero contexto de las premisas doctrinales del M.N., creo que no conduce a ninguna "meta".

a) Se "camina" progresando hacia el bien. Pero Kiko no cesa de repetir que el hombre no puede hacer el bien y que el pecado es inevitable... Entonces, ¿*adónde* ir?... ¿*Por qué* moverse?... ¿*Cómo* moverse?

b) El único objetivo del creyente es **la imitación de Cristo**; una imitación que Kiko no cree posible, porque Él no se habría propuesto como modelo de vida, y nadie puede pretender seguirlo...

c) Para lograr resultados positivos, en este sentido, es esencial hacerse violencia a sí mismo, tener una voluntad libre y autónoma. Pero Kiko no quiere ni oír hablar de «esfuerzos», ni cree en la libertad humana. Un neocatecúmeno que me escribió habla de la «*supuesta inevitabilidad del pecado en el hombre que, sin embargo* —añade con fino sentido crítico— *conduciría directamente a los brazos de Lutero*...».

d) La santidad, única meta posible del camino espiritual del creyente, es posible, en cuanto a su fase definitiva y perfecta, solo para el alma separada del cuerpo, en la visión beatífica, es decir, en la posesión plena y eterna de la vida, la única verdadera, como participación en los *procesos trinitarios*... Pero Kiko parece ignorar todo esto, pensando solo en la *resurrección del cuerpo*, sin considerar que la más verdadera —la del espíritu— es la causa de la participación en la gloria de Cristo resucitado... En resumen, el «camino» carece de la *meta sobrenatural* a la que, en virtud de la gracia, tiende toda la existencia humana y que, de hecho, solo es posible con la condición de que el bautismo, para el hombre, tenga el único significado de la *muerte* del «viejo hombre» «con sus vicios y concupiscencias», y del consiguiente *renacimiento* como triunfo exclusivo de la gracia de Cristo, Cabeza, Mediador, Tipo ejemplar de santidad y vida.

Esta es la fe católica a la que debe ajustarse el mensaje de Kiko para que sea verdaderamente beneficioso para todos;

e) meta —la de un "camino" seguro— ya alcanzada por los santos canonizados por la Iglesia, que ofrece sus ejemplos para la imitación y el consuelo de los fieles. Pero Kiko parece ignorar la veneración debida a los santos; e incluso la que merece la Madre y Reina de los Santos, María Santísima: él, con sus catequistas, no tolera el rezo del Rosario ni las muchas otras prácticas piadosas con las que la Iglesia siempre la ha honrado a lo largo de los siglos. Esto es lo que me han dicho personas muy dignas...;

f) meta de un camino que, para concluir felizmente, requiere un "viático", que es precisamente el Cristo Eucarístico, a quien Kiko niega el culto según las formas tradicionales, probadas por la experiencia de innumerables almas. En las últimas décadas, ha sido uno de los mayores responsables de la casi total extinción de la fe en la *presencia real*; por lo tanto, de la práctica de la *adoración reparadora*, de las visitas personales al Santísimo Sacramento y del fervor que antaño encendía parroquias enteras, impulsando las iniciativas más sabias, fructíferas y benditas...;

g) una meta, finalmente, que, según el programa kikiano, se alcanza desde la primera fase del «camino», porque la Eucaristía —*culmen de la vida cristiana y preludio de la vida eterna*— se concede a todos los que la inician, a menudo incluso a quienes están en *pecado mortal*...

Por lo tanto: un «camino» que no es «progreso», porque tiende a alcanzar una meta que, para un «catecúmeno», debería ser el bautismo, no la Eucaristía... hay motivos para estar indignado...

IX

LO QUE EL PAPA NO SABE

Concluyo a regañadientes esta acusación pública destacando el peor de todos los «hechos» en la indigna comedia que durante muchos años se ha intentado representar con el Papa, tramando una verdadera «farsa», que ofende tanto al Vicario de Cristo como a quienes aún creen en la suprema dignidad del Sucesor de Pedro, símbolo visible de la unidad de la fe.

Es bien sabido que el Papa invita a menudo a Kiko a cenar. Un gesto exquisitamente paternal que le honra. En una de las fotos ampliamente difundidas por la prensa, Kiko aparece entre los brazos de Juan Pablo II, humilde y tierno como un conejito, feliz bajo su protección. Elogió y bendijo repetidamente al creador del "camino", que también recomendó a obispos y párrocos como "un camino de formación católica, válido para la sociedad y para los tiempos actuales", con la esperanza de que todos "valoraran y apoyaran" la obra de Kiko.

Un laico no podría aspirar ni obtener un reconocimiento mayor. También parece que el M.N. es extremadamente generoso con sacerdotes y obispos; y no hay razón para dudar de su particular generosidad incluso con la Santa Sede... Se trata de un deber para todos los fieles y especialmente para Kiko, quien dispone de miles de millones... ¿Cómo podría expresar con mayor eficacia su adhesión a la Iglesia, sensible a las incesantes peticiones del mundo, tanto católicos como no católicos? En resumen, parece que Kiko tiene todas las credenciales para ser considerado y admirado como un hijo ejemplar de la Santa Madre Iglesia.

No es de extrañar, pues, que el 27 de septiembre de 1990, mediante una nota de la Secretaría de Estado, el Papa nombrara al Sr. Kiko Argüello «consultor del Consejo Pontificio para los Laicos» (cf. AAS 1990, pág. 1593).

Además, en un SÍNODO MUNDIAL DE LOS OBISPOS anterior, en presencia del Papa, Argüello había podido esbozar el proyecto de su «camino»; tras leer atentamente el discurso, no encontré ningún elemento contrario a la ortodoxia... Me pareció casi la antítesis de sus Orientaciones...

¿Cómo explicar la doble cara de Kiko? Sin embargo, las Orientaciones, cronológicamente anteriores al discurso a los Padres Sinodales, no han sido revisadas desde entonces, permaneciendo inalteradas de principio a fin... Además, numerosos testimonios de neocatecumenales han confirmado que el contenido de las **Orientaciones** se sigue observando fielmente... En resumen, Kiko no se ha arrepentido...; no ha "abjurado", permaneciendo convencido de la verdad de sus Orientaciones... En la hipótesis contraria (es decir, de su "conversión"), alguien, más de un año después de la primera edición del folleto Herejías del M.N., debería, en conciencia, haberme obligado a rectificar mi juicio...

Pero nadie se quejó ni denunció mi reacción como calumniosa, ni siquiera el obispo Cordes, destinatario de la famosa carta del Papa; a quien, a

principios de septiembre de 1990, escribí y envié inmediatamente (al no haber podido obtener audiencia) una copia de mi ensayo. Al menos debería haber defendido su M.N. si mi crítica hubiera sido considerada infundada e injusta. Así que, repito: Kiko no se ha reformado. Sus **Orientaciones** expresan lo que sigue pensando. Eso es todo. Y por eso, tuvo que guardar silencio para no levantar una nube de sospechas, investigaciones y complicaciones, siempre desafortunadas: **el Papa tuvo que mantenerse a oscura de todo**.

En realidad, desconoce el contenido de las **Orientaciones** de Kiko, ni parece que Kiko se molestara en exponérselas; de lo contrario, una de dos cosas: o el Papa no fue informado y es víctima de un engaño...; o comparte el pensamiento de Kiko. **YA QUE NO PUEDE COMPARTIR EL PENSAMIENTO DE KIKO, DEBE HABER SIDO ENGAÑADO**.

Queda una hipótesis más: Juan Pablo II pudo saberlo todo y, al mismo tiempo, para evitar males mayores, se sintió obligado a dejarlo pasar, con la esperanza de que con el tiempo el grave fenómeno fuera absorbido y desapareciera por completo a la luz del Magisterio y la labor pastoral de la jerarquía eclesiástica. Pero esta hipótesis no se sostiene porque:

1º. El episcopado universal nunca se atreve a abrir la boca a menos que el Papa se pronuncie primero contra Monseñor;

2º. Juan Pablo II nunca deja de expresar lo contrario, pues continúa bendiciendo a Kiko y su «camino»...; alentando y celebrando la creación de seminarios, de los cuales surgirán cientos de «sacerdotes» que propagarán las ideas de Kiko por todo el mundo...; complaciéndose de que familias enteras —cada vez más numerosas—, de «itinerantes» enviados a todos los continentes para proclamar un Evangelio distorsionado por la doctrina de Kiko... El Papa, por lo tanto, desea exactamente lo contrario de lo que debería esperar si previera el inevitable declive del M.N., **y esto se debe a que desconoce lo que realmente piensan y pretenden el Sr. Kiko Argüello y su colaboradora Carmen Hernández**.

Para no repetirme, al relatar la larga serie de errores sembrados en sus Orientaciones, mencionaré solo algunos dirigidos a atacar al propio Pontífice. El Papa no puede saber:

1º. Que en las comunidades neocatecumenales, como en los escritos de Kiko, no se habla de **catolicismo**, sino de **cristianismo**, como suelen hacerlo los protestantes...

2º. En ellas, se nombra a **la Iglesia**, no a **la Iglesia católica**, la única fundada por Cristo y «**fuera de la cual no hay salvación**».

3º. El Papa es, en efecto, reconocido como Superior, Cabeza, Personalidad Eminente, Poder espiritual, etc.; pero no como **Vicario de Cristo, Sucesor de Pedro, Sumo Pontífice**, poseedor de la plenitud del **Sacerdocio**, y esto simplemente porque Kiko niega la distinción esencial entre «sacerdocio ministerial» y «sacerdocio común»...;

4º. Es esta distinción, de hecho, la que funda la **Jerarquía Católica**, mientras que Kiko la niega porque:

a) en ésta, no se ofrece ningún sacrificio;

b) Jesús mismo no se sacrificó como **víctima** por la salvación del mundo;

c) La justicia de Dios no podía exigirlo;

d) El hombre, al pecar, no lo ha ofendido...

5º. Si el sacerdocio del Papa es el mismo que se atribuye incluso al más humilde de los fieles bautizados, Juan Pablo II sigue siendo solo el "Sr. Karl Wojtyla", con la autoridad del jefe común de cualquier sociedad religiosa; por lo tanto, privado de ese **poder de jurisdicción** por el cual puede legislar, juzgar, castigar...; **privado del poder de santificar** mediante los sacramentos que confieren la gracia, especialmente en virtud del *sacerdocio ministerial* reconocido como su grado eminente...; **privado del poder de un Magisterio infalible**, capaz de definir dogmas de fe, imponer creencias, excomulgar como herejes a quienes los rechazan... El Papa no sabe que Kiko no quiere saber nada de todo esto...; que sus catequistas evitan hablar de ello; que sus "fieles" están convencidos de que Kiko es el único "Maestro" supremo; por lo que **el Papa, no él**, puede errar.

6º. Juan Pablo II ignora que, antes de él, el M.N. no prestó atención a la Santísima Virgen María; y comenzó a nombrarla y cantarla en su honor cuando, en él, un gran devoto de la Virgen ascendió al trono papal... Ignora que incluso hoy, en el M.N. no goza de un verdadero "culto", porque nadie le reza para obtener gracias, nadie reza el rosario, nadie peregrina voluntariamente para celebrarla en sus santuarios. En resumen, nadie habla de ella, mientras que **la Iglesia Católica nunca ha dejado de recordarla, honrarla y rezarle**.

7º. Parece que ningún Papa ha elevado a los honores de los altares a tantos "beatos" y "santos" como Juan Pablo II. Pero no sabe que, para Kiko y sus seguidores, casi no existen, porque no les importan, no los mencionan, no los honran, recurriendo a su intercesión...

En conclusión, el Papa desconoce todo esto. Por lo tanto, no ha sido informado: lo han mantenido en secreto; han preferido presentarle la fachada del M.N., no su interior. Se suponía que su aprobación se obtendría informándole de que Kiko ha aceptado y aplica (a su manera) la "***Humanae Vitae***" y quiere familias numerosas, mientras que guarda silencio sobre el hecho de que "el Movimiento Neocatecumenal no acepta simples mortales, solterones ni solteras..."; ni, por lo tanto, se propicia (y quizás incluso se burlan) la virginidad, la consagración religiosa, etc.

Por lo tanto, el Papa fue engañado, lo cual es posible, si bien es cierto que la infalibilidad papal no es omnisciente, y que el Papa debe depender de informantes, quienes, de hecho, no siempre, ni necesariamente, están plenamente informados ni son honestos.

Esta es la única hipótesis comprensible y respetuosa que se puede proponer a quienes preguntan por qué favorece tanto a los neocatecumenales, hasta el punto de dar la impresión de cierta debilidad por ellos...

La única respuesta, de los católicos que, fieles a él, reconocen sus enormes méritos y están decididos a defenderlo a toda costa; pero juntos, precisamente por eso, no pueden evitar atribuir la responsabilidad de todo a otros, nunca a él.

¿Qué razones podrían justificar la actitud de ciertas personas?

La respuesta, sea cual sea, solo puede confirmar que el Papa no fue informado; por lo tanto, su prestigio siempre será altísimo. Y precisamente por su rectitud ejemplar, Dios no tardará en recompensarlo revelando a todos la verdad de la lamentable historia del «Camino Neocatecumenal».

CONCLUSIÓN

Quisiera convencerme de que los errores de Kiko criticados en esta obra son excesos verbales, debidos a un repertorio lingüístico sugerido por el énfasis, más que a un deseo deliberado de oponerse al dogma católico.

Pero la corrección del lenguaje es fundamental cuando están en juego verdades fundamentales de la fe. Esto es lo que ni Kiko, ni los catequistas, ni la multitud de sus discípulos parecen haber comprendido, habiendo caído en la trampa de una ignorancia imperdonable al respecto en materia teológica.

Lo preocupante es que —aunque quizás no sea culpa suya— el virus del error está inoculando insensiblemente la conciencia de todos, y más aún, la práctica de la vida y el culto cristianos. Más grave aún es que los catequistas y los fieles se mantengan tan tranquilos y seguros de sí mismos que se sienten completamente desmotivados para recurrir a otras fuentes, debatir y profundizar. Hoy, la Iglesia ofrece a todos la oportunidad de asistir a cursos, reuniones, emisiones de radio y televisión, debates, etc.; fomenta la asistencia a escuelas y universidades, abre vastos archivos y bibliotecas, e inunda el mercado editorial con oleadas de revistas y volúmenes de todo tipo...

Por lo tanto, tengo la impresión de que el sentido crítico de toda persona normal está siendo reemplazado por un tipo de fanatismo religioso que mortifica y obstaculiza el ejercicio de la fe como visión y aceptación integral del cristianismo.

Solo por un breve tiempo los obispos y párrocos podrán seguir viendo iglesias abarrotadas, escuchando cantos y aplausos, asistiendo a eucaristías espectaculares y festivas... Esto no es suficiente para estimular y preservar la vitalidad de la Iglesia, porque no permite que la luz de la ortodoxia más pura brille...

Y estas siempre serán apariencias engañosas, a menos que comencemos de nuevo a proclamar el Evangelio tal como lo entiende y propone la Iglesia Jerárquica; que siempre ha extraído su enseñanza de la más luminosa tradición patrística y teológica, expresada con la sencillez y el rigor de un lenguaje unívoco e impecable.

Si, para verificar, guiar y fomentar el fervor de las masas de fieles ingenuos pero sinceros, innegablemente influenciados por la Gracia, no intervenimos de inmediato, la catequesis chapucera de la escuela de Kiko será seguida por una confusión de ideas tal que pronto conducirá a la indiferencia y la apostasía.

Lanzo una nueva señal de alarma, que espero sea la última.

APÉNDICES

A los casos citados en la segunda parte del ensayo, considero oportuno —si no absolutamente imprescindible— añadir los siguientes testimonios, destinados a aclarar y completar las observaciones teóricas realizadas a lo largo del trabajo. Se trata de cartas en las que he omitido nombres y circunstancias de lugar y tiempo. Las transcribo tal como se leen.

I - Una madre de familia

"Soy catequista de 35 años en la parroquia N.N., madre de cinco hijos. He pospuesto repetidamente la intención de escribir las impresiones y sentimientos que mi encuentro con el Movimiento Neocatecumenal ha despertado en mí y en mi familia." "Mi cariño por la parroquia y el párroco (tenía la impresión de que hablaba mal de él)... pero ahora mi parroquia ya no existe, porque la llegada de los Neocatecumenales fue como una ola que arrasó con el barrio (incluidos los catequistas) para dar paso a desconocidos que deambulan por los pasillos y la iglesia día y noche, dejando a los sacerdotes cansados, fatigados y extraños por la mañana. A veces (si mi familia no estuviera allí para confirmarlo) me sentía tentado a creer que estaba soñando, tan absurdos parecen algunos episodios.

Me gustaría compartir algunos:

• En el Domingo de Ramos, hace dos o tres años, los Neocatecumenales organizaron la Celebración Eucarística del día: durante la Comunión (para nosotros, las **partículas**; para ellos, el **pan** casero), dejaron caer trozos de pan al suelo y, en lugar de recogerlos respetuosamente, los pisotearon.

Uno de ellos, avisado de inmediato, restó importancia al incidente, diciendo que era normal en ese tipo de pan...

• Durante la misa de mi hijo menor en la ceremonia de Confirmación de niños, el Obispo solo administró la Comunión a los confirmandos con ambos tipos de Comunión; esto molestó a un padrino neocatecumenal que, mientras el Obispo terminaba de dar la Comunión a los niños, se acercó al altar y bebió directamente del cáliz del celebrante...

• He tenido discusiones con padrinos neocatecumenales y sus sacerdotes sobre la confesión y el pecado... Con o sin confesión, siempre estamos en pecado; la gracia, uno tiene la impresión de que no existe, pero en cualquier caso, es inútil: porque quien espera beneficiarse de ella es presuntuoso porque quiere ser como Dios y está en manos de Satanás; porque no se acepta como es (Dios no quiere que seamos diferentes, porque nos ama precisamente así); mejor que sigamos pecando.

• Otra discusión. Han establecido el principio de que un verdadero cristiano tiene muchos hijos; me han dicho: puedes estar tranquilo, porque tienes cinco (¿y si yo hubiera matado a otros cinco?) ¿Más? ¿Y si hubiera sido estéril?)

• Otro principio que es tema de discusión. Un verdadero cristiano da el diezmo, no importa si su sueldo no le alcanza para todo el mes; das el diezmo, el resto sale de forma natural... y no te preguntes qué haremos con él, aunque se lo demos a un borracho empedernido, debemos dar generosamente.

• Para ser catequista, no hace falta estudiar teología, didáctica ni psicología... solo vivir la Palabra y dejar que el Espíritu nos diga qué hacer... Los neocatecumenales siempre los ponen por las nubes, siempre están con ellos (algunos han dejado a sus esposas o esposos), los niños pequeños duermen en los bancos de la iglesia mientras sus padres bailan alrededor del altar. Podría seguir... pero todo esto me causa tanto sufrimiento.

¿Dónde está el valor del sacramento del matrimonio, del sacerdocio, de la familia, la importancia de tener catequistas formados?... **Creo que el Papa no conoce realmente el Camino Neocatecumenal**. Por mi parte, solo espero que sea solo un sueño y que pueda despertar pronto.

(Firma a continuación)

II - Un párroco

“Estimado N.N.:

“... Además de los errores, he notado cierta presunción en los autores (de las Orientaciones): a veces son ignorantes, pretendiendo ser maestros; tienen *poco* conocimiento, y a veces *ningún* conocimiento de los Santos Padres y de la filosofía y teología medievales; y luego los rechazan apoyándose en los disparates que esparcen y con los que quieren reemplazarlos.

“Muestran superficialidad al ridiculizar la espiritualidad cristiana de los últimos siglos, que, además, está respaldada por el propio Magisterio eclesiástico (por ejemplo, la devoción al Sagrado Corazón) (...).

“No, yo como párroco, me rebelo contra esta doctrina. Predico siguiendo la mejor tradición del Magisterio y la doctrina ascética (...).

Además, los neocatecumenales nacieron para conectar con los católicos no practicantes y como un primer acercamiento a los no católicos. Dicho con palabras del Magisterio: para la primera evangelización.

¿Cómo pueden presentarse a sí mismos y a otros como sustitutos de otros movimientos eclesiales de élite y de una espiritualidad avanzada y probada? He sido testigo personal de que son cerrados de mente captan miembros de otros movimientos para luego exigir un trato preferencial...

Por mi parte, ya he hablado con algunos sacerdotes y con los profesores del Instituto diocesano de Ciencias Religiosas (...). Todos muestran sorpresa e incredulidad. E insisto en que al menos estén atentos, y que el párroco no abandone ni renuncie a su función de guardián del depósito sagrado; y, si quieren expulsarlo, que intervenga con energía y se oponga...

(Carta firmada)

III - Otra madre de familia

“En este escrito, está lejos de mi intención juzgar o condenar la labor que tantos hermanos y hermanas están viviendo en este período en la Iglesia, a través de un camino de fe llamado Camino Neocatecumenal. Quiero aclarar que un juicio sobre el Movimiento Neocatecumenal no puede basarse únicamente en un examen del *texto que utilizan como base y fundamento de su formación*.

“Es necesario, según mi experiencia, entrar en el movimiento, vivir en él durante mucho tiempo, para descubrir lo que no es evidente en los textos y lo que ni siquiera los obispos, a veces llamados a participar en alguna

celebración, son capaces de identificar. Viví nueve años de mi vida con ellos, y al partir, experimenté en carne propia y en mi conciencia un gran sentimiento de culpa que me persiguió durante dos años. Tengo [...] años, [...] hijos, un marido con horarios de trabajo y responsabilidades en constante cambio, así que el cansancio, el compromiso constante, la tensión psicológica que le impuso el camino, también nos llevaron a acaloradas discusiones: controversias, malentendidos, acusaciones, juicios, etc.

El período verdaderamente difícil y angustioso comienza una vez finalizada la fase preparatoria. Empezaron las reuniones quincenales, larguísimas, siempre nocturnas, de las que se regresaba a casa con la cabeza palpitante, por las ideas que se habían lanzado, que te dejaban sin aliento, y que se convertían en causa de discusiones, malentendidos, enfrentamientos, separaciones del marido o los hijos. La ruptura se produjo cuando empezamos a faltar primero a la Eucaristía del sábado por la noche, y luego a las convivencias de tres días fuera [...]. Tuve que dejar [...] a los niños en casa; era normal para ellos, ya que los consideran "ídolos", no tengo a nadie [...] (madre, hermanas, etc.), a nadie que me ayude".

• Estas convivencias nos resultaban muy costosas, económicamente hablando.

Sin estas convivencias no podía continuar mi camino y me prohibieron el Rito de la entrega del Salterio, ya que para recibir este "salterio" había que asistir a las convivencias, escuchar la catequesis de la "Samaritana", ser exorcizada y recibir del sacerdote Libro de Oración.

Debo señalar que soy católica de nacimiento. Vengo de Acción Católica, he enseñado catecismo y, por la gracia de Dios, he vivido en la parroquia, donde intento ayudar, en la medida de lo posible, con el [...] y con [...]; entrar en la Comunidad fue una necesidad que tuve para profundizar mejor la Palabra de Dios. Por esto, y solo por esto, les estoy agradecido. Los primeros años fueron beneficiosos también porque estaban dirigidos estrictamente por un sacerdote, serio y coherente con la Madre Iglesia. Pude mirar dentro de mí, examinarme y quizás incluso mejorar ante el Señor, *pero esto es obra de Dios, no de la Comunidad. ¿O me equivoco?*

Los llamados «alejados» se acercan al Camino, pero siguen manteniéndose lo más alejados posible de la Iglesia (la oficial). **Desafortunadamente, en estas reuniones de catequesis, que duran años, se habla constantemente de los sacerdotes; del clero, que en 2000 años no ha logrado mucho**. Esto ocurre incluso delante de personas «jóvenes», no solo en edad,

sino sobre todo en fe, en la capacidad de distinguir la verdad de la falsedad; estas personas se escandalizan o, asombradas, adoptan un juicio negativo *y terminan creyendo que la Iglesia hoy se llama «Neocatecumenado»*.

He dicho que para entender el Movimiento Neocatecumenal no basta con leer el texto de la catequesis; una cosa es escuchar los discursos ocasionales de un supercatequista, y otra es vivir en comunidades donde Kiko es la "Palabra" a obedecer, donde los sacerdotes no entienden nada; "¡Deberían dejar sus sillones! Deberían dejar el seminario y salir a ofrecer sus propias vidas como nuestros itinerantes". ¡Esta es la verdadera fe!

El adoctrinamiento es constante, insistente. Se repite constantemente:

- **Si dejas el Camino, dejas la Iglesia, te alejas de Dios**; (de ahí *el Juicio Final*). Él es mi Dios, ¿quién puede juzgarme? Estás asumiendo una grave responsabilidad; las consecuencias recaerán sobre tu familia. Al final, estás condicionado, temeroso, incapaz de seguir los impulsos que la razón, aún no del todo perdida, a veces trae a la voluntad. Pero salir de ahí se hace cada vez más difícil, porque está el hecho traumático e impactante de los escrutinios, que en cierto punto te involucra.

Y pasé dos escrutinios, un memorial de mi vida, en voz alta, frente a 60 personas que no están sujetas a la obligación de secreto.

Los catequistas, en una atmósfera que recuerda a una inquisición, te dicen que estás ante la cruz, que debes hablar de ti misma, de quién eras, de tus ídolos, de cómo los domas y si lo has conseguido. Y empiezas a hablar. Es doloroso presenciar estas escenas. La humillación de quienes hablan... y revelan sus miserias. Pero no es suficiente, el interlocutor mete el dedo cada vez más profundo, queriendo saber lo más profundo; cuando dije que mi vida hasta entonces había sido para mis hijos y mi esposo, a quien ahora intentaba amar como a un hermano en Cristo, el catequista, al que temía un poco y dependía de él, me respondió: «Tú no amas a tu esposo». Imaginen en ese momento el murmullo de los hermanos, el marido ruborizado de furia. Yo, angustiada y entre lágrimas, observaba como mi párroco, con las manos juntas y la cabeza gacha, la tenía más roja que yo.

Después de tu historia, viene la del hermano y la hermana. Y aquí está:

• ALGUIEN DICE QUE TUVIERON UN AMANTE, ALGUIEN DICE QUE CONSUMIÓ DOGAS.

• ALGUIEN AFIRMA DELANTE DE SUS PADRES, DE HABER TENIDO RELACIONES CARNALES NO PERMITIDAS.

• ALGUIEN SACA A LA LUZ EL ODIO Y EL RESENTIMIENTO, TAL VEZ SEPULTADO DURANTE AÑOS, HACIA SUS PADRES, QUIENES, AUSENTES, NI SIQUIERA PUEDEN DEFENDERSE.

• TODO ES PÚBLICO, ES HERMOSO, ES FEO, ¡NO SÉ!

• A ALGUNOS LES HA IDO BIEN, OTROS TIENEN MIEDO Y VIVEN SU FE EN LA ANGUSTIA, EN EL CHANTAE MORAL.

Pero ¿acaso Cristo exigió esto a los pecadores con los que se encontró? ¿Acaso la Iglesia ha actuado así con quienes se acercan al Tribunal de la Penitencia? ¿Con qué autoridad se autoriza a simples laicos, ajenos a la teología moral, a erigirse en confesores de sus hermanos, a quienes exigen una revelación precisa y detallada de todas las miserias de sus vidas? Y mientras la confesión continúa, los participantes se miran con miedo de descubrir lo que nunca habían pensado de su esposo, esposa o hijos.

«Así, se destruye toda personalidad, toda confianza. Se engendran sospechas, división y odio. Los catequistas imponen penitencias horribles e irracionales como condición para permanecer en el Movimiento. Y después de haber dicho esto, ¿adónde tendrá el pobre penitente el valor de ir?». El grupo se ha convertido en su prisión, de la que no podrá liberarse salvo tras inmensos esfuerzos.

He vuelto a ser una "Cristiana corriente de los Domingos", lo cual, según muchos, es inútil; quienes van a la iglesia sin entender la "Palabra de Dios" no tienen mérito, el "Espíritu Santo" no es para todos, se necesita un canal sincronizado llamado "Camino Neocatecumenal".

Según ellos, nadie está obligado (¡de palabra!), moralmente estás "encadenado", instan a los jóvenes a casarse entre sí (busquen a las hijas de Israel).

EL MOVIMIENTO NO ACEPTA MORTALES. SOLTEROS. SOLTERONAS. O ESTÁS CASADO (Y LA ESPOSA O EL MARIDO deben entrar, después de un cierto período) o dejas el Movimiento**.**

Hay una catequesis asfixiante que tiende a enseñar que el trabajo, el hogar y los hijos son ídolos a los que hay que aprender a renunciar. Pero el catequista tiene una villa en los Dolomitas, un trabajo excelente, una esposa pediatra, casa propia en Roma y niñera para sus cinco hijos.

Ningún sacramento (matrimonio, confirmación o comunión) tiene más valor que una convivencia. Si alguien falta a una convivencia porque tuvo

que asistir a una boda, confirmación o primera comunión, recibe una dura reprimenda porque la convivencia es superior a cualquier sacramento.

«Preferiste el gozo al Señor; lo pusiste en segundo plano». Después de tantos años de este adoctrinamiento implacable, pierdes el control de tu discernimiento; temes equivocarte en todo lo que haces. Y el chantaje amenazante siempre está en boca del catequista.

«Has puesto tu firma en la Biblia de tu comunidad, no puedes traicionarla...».

«Les has hablado a todos de tu Cruz... no puedes alejarte de ellos».

"Si no pones dinero, anillos, cheques, autos, casas en esa canasta, no puedes amar a Dios. Perteneces a Mammón."

En una reunión en Arcinazzo, vi a un sacerdote de Rieti sentado en una silla en el centro de la sala. Fue sometido a un interrogatorio de tercer grado simplemente porque llevaba un reloj que no se quitaba, tal vez era un *suvenir* barato. Para desacreditar al sacerdote, incluso llegaron a hablar de su tendencia a la masturbación. No añadiré nada más.

Aquí hay algunas cosas, no para condenar, sino *para que la Iglesia no permita que estas personas se apoderen de todo; tal vez buscan a Dios más que yo, pero lo que importa es que sus excesos, su fanatismo, su sectarismo, sean "dominados" y modificados*.

"HE ESCUCHADO PREDICACIONES CONTRA EL FARISEISMO Y AL PRIMER FARISEO LO HE CONOCIDO AQUÍ". ESTE FUE EL ÚLTIMO COMENTARIO QUE LE HICE A MI CATEQUISTA: "TU CULPA, TU CULPA, TU MAYOR CULPA". ¿ESTO ES EL CAMINO NEOCATECUMENAL? ¿QUIÉN ERES TÚ PARA QUERER OCUPAR EL LUGAR DE DIOS?

"Él respondió: 'Es cierto, quizás seamos fariseos, ¡reza por mí!'".

Aún sufro, extraño la reunión semanal con estos hermanos con quienes compartí alegrías y temores, a quienes les entregué tantas horas de mi vida (estuve [...] y siempre presente), Pero como quien se aleja es un malvado, ahora pago con la ausencia de mi ser respecto de ellos. Nadie te llama, ni te telefonea, ni te visita, apenas te saludan. ¿Es esto caridad? ¿Es este amor por nuestros hermanos, incluso hasta la dimensión de la Cruz, del que tanto hablan y que llevan como distintivo de su pertenencia al Movimiento Neocatecumenal?

"*Desde que me fui, he experimentado exactamente lo contrario.*

"¡Ay de quienes abandonan el Movimiento! Hay que evitarlos por completo porque están poseídos por el Maligno. Algunos, conscientes de esto, siguen frecuentando el Movimiento para no ser marginados, distanciados ni aislados.

"A muchos les resulta difícil olvidar años de amistades y relaciones, y el condicionamiento psicológico y moral que han soportado durante este tiempo. **¡Conozco sacerdotes que han sido destruidos en cuerpo y alma por el Movimiento! ¡El escrutinio al que han sido sometidos pende sobre ellos como una espada de Damocles, frente a tantos fieles!**

¡Los obispos desconocen estas cosas, porque nunca han participado en estos escrutinios! Quizás lo que digo les parezca una calumnia.

¡Pero es la pura verdad!

No los culpo. Imploro al Espíritu Santo para que los ilumine sobre lo que desconocen, por el bien de la Iglesia y de las almas de las que han sido nombrados pastores.

(Firma a continuación)

IV - Un sacerdote

"...Mi hermano, quien había sido miembro del NC durante varios años con su familia, consideró que lo mejor, tras una cuidadosa reflexión, era abandonar el *movimiento*, explicando también las razones de su decisión, lo cual causó un gran revuelo en el grupo.

Primero declaró que el movimiento no le había dado nada más que lo que ya había aprendido de la Acción Católica. - La decisión de irse llegó cuando empezó a notar:

1º. la insistencia implacable con la que los catequistas del grupo exhortan y presionan a los miembros para que donen sus bienes al propio movimiento, porque de lo contrario "no solo no pueden salvarse, sino que ni siquiera pueden entrar en el catecumenado" (pág. 340 del Cat.). Aunque mi hermano les señaló a los catequistas que su interpretación de Mateo 19:16-21 era errónea, continuaron con su explicación. También señaló que, en cada reunión de los NC, este es el tema al que más recurren, intentando por todos los medios (a menudo incluso gritando para ejercer más presión) convencer a quienes aún no han hecho la mencionada donación al movimiento.

2º. La pretensión de exigir e imponer *la confesión pública de pecados graves, incluso secretos*, como requisito para la admisión a una categoría

superior de su "Camino". A un hombre, al que habían convencido para que revelara sus infidelidades conyugales, los catequistas le están obligando a pedir perdón a su esposa, que no sabe nada de estos hechos, revelándole así un pasado ciertamente poco encomiable. Quienes han participado en estas confesiones públicas afirman que *son extremadamente dolorosas y poco edificantes*. El penitente, con voz débil y llorosa, apenas cuenta su historia, mientras que los catequistas insisten en que sea lo más completa posible.

Este hecho, además de hacer al sujeto susceptible a la influencia de los catequistas, provoca celos, chismes, la destrucción de amistades y relaciones, etc., también sobre este punto, mi hermano señaló que la Iglesia nunca ha exigido la confesión pública de pecados. Pero fue en vano.

3º. Un tercer motivo de reflexión fue el nominalismo feroz y obtuso, según el cual la Sagrada Escritura solo se cita cuando y como les conviene. Cuando alguien en una convivencia (*convivium*) lo señaló, similar a lo que hacen los Testigos de Jehová, los catequistas respondieron con ferocidad, gritando que el que había dicho eso estaba "endemoniado". Esta es la etiqueta que le dan a cualquiera que se oponga a su enseñanza [la misma etiqueta que me dieron a mí, quien reporta estos testimonios y ha escrito contra las herejías del Camino Neocatecumenal].

Me conmovió oír a mi propia sobrina ponerme esta etiqueta en la *conversación* mencionada: "¡Estás endemoniado!".

A esta arrogancia verdaderamente singular, manifestada en los catequistas y gradualmente inculcada en los Neocatecumenales, se suma la insistencia en mantener un secreto absoluto sobre lo que se dice o hace en la convivencia (*convivium*). Aquí también se planteó la pregunta de por qué lo bueno debe mantenerse en secreto. Pero no se ofreció una respuesta exhaustiva.

Asimismo, mientras los catequistas se jactan de implementar el precepto evangélico de perdonar a los enemigos, luego rechazan, con los títulos ya mencionados, a quienes se oponen o cuestionan sus teorías.

«Algo similar ocurre con los sacerdotes o presbíteros. Quienes se someten a sus principios y obedecen totalmente a los catequistas son 'buenos e inteligentes'». Pero quienes expresan reservas o no les satisfacen del todo, "*no han entendido nada*" y pierden todo respeto e influencia en el grupo. Así, se destruye la confianza en los sacerdotes; también porque **enseñan repetidamente que los maestros de la fe, los jueces de los carismas, los poseedores y distribuidores del Espíritu Santo, son ellos, los catequistas,**

quienes por esta prerrogativa deben ser escuchados y obedecidos sin cuestionamientos...”

(Firma a continuación)

V - Un hombre de familia, 16 de julio de 1989

“El abajo firmante, N.N., residente en [...], casado y con tres hijos, con el deseo de contribuir a una comprensión más profunda del Movimiento Neocatecumenal, por la presente deseo compartir con quienes lo necesiten mi experiencia personal como miembro del movimiento durante cinco años. Me uní a los Neocatecumenales en 1980 por invitación del párroco, quien convocó a los feligreses a una catequesis que comenzaría poco después en la parroquia, a través de la cual adquirirían una comprensión más profunda de su fe.

Al principio, fui solo, luego... Llevé a mi esposa conmigo, en parte por insistencia del grupo y también porque no quería estar solo. De hecho, los líderes insistieron en la necesidad de que toda la pareja estuviera presente para comenzar y seguir el “Camino”. Pero, aunque mi esposa pronto dejó de participar, yo seguí asistiendo a las catequesis. Estas siempre eran impartidas por los catequistas, dos catequistas, un matrimonio —gente común— que ahora también han abandonado el movimiento. El sacerdote, aunque presente y abriendo la catequesis con una oración, casi nunca intervino.

Tras 15-20 días de catequesis, el grupo se reunió para una primera *convivencia* en la que dieron *el primer paso*, expresando su compromiso con este camino de conversión. Todo esto tuvo lugar en una especie de celebración llamada “*de la luz*”, que concluyó con una celebración eucarística. Esta celebración, como todas las demás, se realizó utilizando una mesa colocada en el centro de una habitación a modo de altar (**nunca se va a la iglesia**), con un crucifijo, mientras los miembros permanecían de pie alrededor. Durante la misa, **se usaba una especie de hogaza** (pan plano tipo *focaccia*). como la hostia, que se partía en el momento de la Comunión.

Después de las lecturas, cada persona expresó lo que deseaba compartir: experiencias personales... y todo duró bastante (más de media hora). La comunión se recibía dando a cada persona un trozo de hogaza (*focaccia*) y pasando cálices de los cuales cada uno bebía el vino consagrado.

En acción de gracias (y esto ocurría en cada celebración), **se realizaba una especie de danza alrededor de la mesa del altar, ¡cantando!**

Observo que en estas reuniones **nunca se hablaba ni se enseñaba la visita a Jesús en el Santísimo Sacramento**.

Las celebraciones eucarísticas nunca comenzaban antes de las 21:00 ni terminaban hasta después de la medianoche. Nunca fue posible, a pesar de nuestras protestas, cambiar la hora. Porque **según los NC es por la noche cuando se debe rezar.**

El domingo prácticamente no existe para los NC, y a los fieles no se les enseña a hacer nada más ese día (tienen sus propias reuniones sociales).

Otra característica de los NC son las "*resonancias*" que se producían en la "celebración de la Palabra". Se realizaba después de tres o cuatro lecturas bíblicas, por turno y elegidas por los miembros con antelación. El sacerdote, si estaba presente, y el líder laico, que siempre estaba presente, daban la palabra a quien quisiera intervenir.

Quiero destacar que, desde la primera convivencia, se llamaba a los miembros uno por uno y se les invitaba a declarar si querían seguir ese camino y renunciar (inicialmente solo en forma de invitación, luego de manera efectiva**) a los bienes que poseían. Y estos eran: la casa, las tierras, el dinero, los ahorros, en definitiva, todo, para vivir solo de la providencia**, porque (y aquí falsean el Evangelio) afirmaban que para seguir a Jesús y ser cristianos, había que hacer como el joven rico.

En este sentido, noté que en las reuniones **hay una constante petición de dinero. Hay una insistencia asfixiante sobre el dinero**. Cuando después de unos años hice la transición, llamada "*Shemá*", me dijeron, tras una catequesis apremiante e incluso **con tono amenazador** por parte de los catequistas, que donara todo, o al menos las cuentas de ahorro que tenía a mi nombre, **sin avisarle a mi esposa. "Danos eso", me dijeron.**

Cuando no conseguían reunir lo que habían planeado (afirmaban que era necesario para cubrir gastos), lo pedían una segunda o tercera vez.

«Jesús», dijo un catequista, «no necesita tu limosna». *Pero mientras tanto, en su nombre, la exigían*.

Vi a un colega mío que había seguido el grupo bajo la presión de su esposa (y, por lo tanto, solo para llevar una vida tranquila), padre de cinco hijos, sin dinero y con un solo ingreso, que *se quejaba amargamente de las constantes peticiones de dinero en las reuniones. En todas las convivencias hay esta insistente petición de dinero*.

Puedo decir que algunas personas —impulsadas por no sé qué cosa—, llegaron incluso a regalar objetos preciosos, recuerdos preciados, libretas de ahorros, pero luego lamentaron amargamente el gesto que habían hecho bajo la intensa presión psicológica. Alguien dijo: «Me lavaron el cerebro».

Al observar esto, he descubierto que, desde el sacerdote hasta el líder y los catequistas (hablo de los que conozco), nunca dieron ejemplo de desprenderse de las posesiones que inculcaron como indispensables a los miembros del grupo. También noté que algunos catequistas que venían de Roma tenían coches muy lujosos y caros.

También noté que a uno de sus catequistas itinerantes (a quien conocía bien: sin hogar, con cinco o seis hijos) le habían dado un coche lo suficientemente grande como para transportar a toda la familia, que viajaba constantemente para hablar... sobre el Reino de Dios. Ninguno de ellos trabajaba. Los hijos fumaban y hacían muchas compras... **¿quién pagaba?**

Incapaz de aceptar esta situación, abandoné el grupo. La alternativa que me ofrecieron de vender todas mis posesiones (tengo esposa y tres hijos) me pareció inaceptable, tanto desde el punto de vista humano como evangélico.

Al no poder seguir participando en sus reuniones, pero deseando contribuir a la iglesia y la parroquia en la que anteriormente había prestado mis servicios, le dije al párroco que siempre estaría disponible para cualquier actividad, incluso manual. **Pero el párroco me condenó al ostracismo**. Los catequistas que me recibieron criticaron duramente mi actitud y dijeron que **mi esposa y yo nunca nos salvaríamos**. Asimismo, la mayoría de los hermanos de la comunidad a la que habíamos pertenecido intentan evitar encontrase con nosotros y saludarnos. Esto me ha demostrado que el perdón a los enemigos, de los que tanto hablan y presumen, en realidad no existe.

Para los NC, quienes han abandonado el movimiento son peores que renegados. Una observación final: el párroco del movimiento solo se preocupa por los NC. **Parece que no existen otros grupos o asociaciones fuera de los NC**.

En conclusión: de una experiencia inicial positiva, he pasado gradualmente a otras **muy negativas**. No le guardo rencor a nadie. **Solo quisiera que la Iglesia comprendiera mejor, sin dejarse llevar de las apariencias y con mayor profundidad el movimiento NC**. A menudo me parece ver en él nuevos y más astutos “testigos de Jehová”.

Lo que dicte a un amigo mío, quien lo escribió, es cierto.

Estoy dispuesto a confirmar bajo juramento el contenido de estas ocho páginas, que firmo (...).

VI - Testimonio en general [...J

De diversos testimonios orales recogidos en [...], de las monjas [...], donde muchos grupos de [...] celebran sus reuniones, se desprenden los siguientes aspectos:

1) La autoridad absoluta que el catequista tiene sobre los miembros. No importa su formación cultural o teológica, ni siquiera su experiencia cristiana previa. El hecho de ser nombrados catequistas, y por lo tanto responsables del grupo, los hace inmunes a la crítica y objeto de **absoluta obediencia**.

Se dan casos de sacerdotes que participan en sus convivencias y hacen notar que ciertas interpretaciones teológicas o bíblicas que se afirman no son correctas, pero no son mínimamente escuchados, ya que la verdad solo está contenida en las palabras del catequista laico.

2) La Biblia y el Evangelio a menudo se interpretan como suenan (cuando, sin embargo, les conviene tal interpretación). *Parece que los NC han copiado a los Testigos de Jehová*.

3) Sus convivencias a menudo giran en torno a problemas familiares personales, asuntos que habrían sido mejor mantenidos bajo el velo de la discreción o la prudencia. Por consiguiente, **ciertas revelaciones, incluso las pecaminosas, no dan lugar a una reconciliación, sino que profundizan (o provocan) el odio y la división entre los miembros**.

4) Inicialmente, pueden entrar en el grupo personas individuales (por ejemplo, el marido o la mujer). Sin embargo, al cabo de un tiempo, si la persona, sometida a continuas presiones morales, no consigue «convertir», es decir, hacer que la otra parte se una al movimiento, es expulsada del grupo por este motivo. ([7]).

[7] Hace unas semanas, un joven médico vino a mí casi llorando para confesarme que su madre lo había echado de casa; Ella, al no haber logrado "convertir" a su hijo, temía ser expulsada también del movimiento. No pregunté el nombre del pobre hombre, ni sé qué le pasó. Rezaré por él.

5) Se ejerce una presión continua sobre quienes no aceptan (previa preparación espiritual y cultural) las posturas del CN; en este caso también se recurre **a gritos y amenazas**.

6) El Movimiento sufre una grave crisis cuando se impone **la venta de todas sus posesiones como condición de permanencia, propuesta no solo como requisito para la membresía del CN, sino también como condición para entrar en el reino, es decir, para la salvación**.

En este punto, se producen muchas deserciones (hasta un 50%). Pero no solo se abandona el Movimiento; muchos también abandonan el cristianismo, lo que impondría (como falsamente propone el CN) acciones imposibles a un padre de familia que aún vive con el que abandonó.

Además, uno se pregunta: ¿para quién son estas posesiones? Ciertamente no para los pobres (de esa parroquia), sino para el movimiento y sus actividades.

7) **Hay una catequesis obsesiva sobre el pecado y el diablo, sobre el maligno**. Pero a pesar de esto, los N.C. no conocen el pecado personal. En sus confesiones (al menos inicialmente), se acusan genéricamente de ser pecadores, y grandes pecadores; pero solo se acusan de un pecado en particular si el confesor les presiona o les pregunta; de lo contrario, se limitan a acusarse vagamente de ser pecadores.

8) **Es tradicional el "baile" después de la Comunión en lugar de la acción de gracias.**

9) Si el "catequista", que a menudo solo ha recibido la preparación derivada de la asistencia al grupo, no tiene otra base cultural y formativa, todo suele derrumbarse estrepitosamente.

10) Las conversaciones confidenciales dentro de los grupos, como las confesiones públicas**, suelen generar divisiones, conflictos e incluso resentimiento**...

11) La celebración vespertina está reservada exclusivamente a los miembros del movimiento, en espacios separados de los de la comunidad parroquial (como también ocurre en la Pascua). **Si participan en alguna función parroquial, tienen asientos especiales, emblemas especiales y privilegios exclusivos** (como la Comunión bajo las dos especies).

Roma 3T.6.91

Estimado Padre Zoffoli:

"Adjunto en estas notas algunas experiencias que tuve personalmente en contacto con ciertas personas, absolutamente dignas de fe, y que recogí de sus propias palabras. Estas personas son: las monjas [...], adonde acudían muchas comunidades de [...] para sus reuniones, y miembros de la familia de mi hermano [...], todos ellos miembros desde hace algunos años del movimiento existente en su parroquia, en [...]. Las expresiones que relataré son una síntesis, no una repetición, de las que escuché de las personas mencionadas, y cuya autenticidad afirmo y doy fe.

De mi familia aprendí que los N.C. tienen una creencia muy fundada de que sus catequistas son superiores al sacerdote, porque tienen al Espíritu Santo que los hace maestros y jueces de los demás de manera inequívoca, estableciéndolos casi en la impecabilidad e infalibilidad de su enseñanza. La falta de un estudio profundo y sistemático de la religión no cuenta para nada. En este sentido, citan la Biblia (que interpretan, como siempre, según sus propósitos), en ese capítulo que habla de Moisés, quien, a pesar de haberle contado al Señor su dificultad para hablar y, por tanto, para aceptar la misión que Dios le enviaba, se le dice que no tema porque Él lo ayudará (Ex 4:1-12). Los N.C. afirman que este es el caso de sus catequistas. **Es Dios quien habla en ellos y los asiste**...

Ante la observación de que muchas de sus canciones están influenciadas por los orígenes andaluces de Kiko y, por lo tanto, por el uso exclusivo de la guitarra en sus ceremonias, responden citando la Biblia, que nos dice que cantemos a Dios usando el Salterio, los timbales, etc. ¡Así que la guitarra también es bíblica!

Además, sus canciones, llenas de frases tomadas de los Salmos o de la "Palabra", tienen la misma autoridad que esta última. Un N.C. de [...], a quien le había hecho algunos comentarios al respecto, respondió: **"¿Pero te atreves a hablar mal de nuestras canciones? ¡Entonces hablas mal de la Biblia!" (¡porque están llenas de la Biblia!)**

Siguiendo con el tema de la autoridad de los catequistas y el honor que se les rinde, una de mis sobrinas, refiriéndose a que el párroco había sustituido al catequista laico en una clase de catecismo, dijo:

"¡Él nos habló de Abraham durante una hora, mientras que el catequista, en cambio, nos habló de Abraham durante tres horas!" (¡*De ahí su superioridad sobre el sacerdote*!).

Los N.C. tienen inculcada y profundamente arraigada la creencia de que son los auténticos intérpretes del mensaje del Evangelio y de toda la Palabra de Dios. Los sacerdotes que no siguen ni aceptan sus interpretaciones aún no han recibido el Espíritu Santo, cuando, incluso, no dicen de ellos que «están poseídos por el Maligno».

Relato un incidente que le ocurrió a Mons. [...], ex párroco de [...], quien tiene un hermano sacerdote y miembro itinerante del C.N.:

Había asistido a la concentración de Porto San Giorgio, donde el Papa había hablado, [...] y le pidió que quería escuchar un **videocasete** que también incluía el *Credo*, que nunca recitan en sus misas («porque no somos dignos de él» [...]). El hermano NC respondió: «Si es solo para ti, te dejo escucharlo, pero no puedo dártelo si lo quieres para otros, porque este *Credo* solo se puede rezar después de 20 años de Camino».

Respecto a la petición de vender sus bienes para beneficio de la comunidad, que hacen tras cuatro años de camino, las monjas de [...] me contaron que habían presenciado escenas lamentables.

Un anciano que no se atrevía a entregar sus bienes, a pesar de los gritos y amenazas que acompañaban la petición, abandonó la reunión gritando: «¡No! ¡No! Esos (los catequistas) quieren mis bienes; pero estos irán a mis nietos».

Un sacerdote de [...] N.N. me contó que esta petición, presentada de forma amenazante (o das tus bienes o te vas), **no solo provoca que muchos se alejen del movimiento, sino que también hace que algunos pierdan la fe, porque no aceptan un Evangelio que dice que esto es lo que Jesús les exigía para ser cristianos**.

Confirmo que lo escrito arriba corresponde a lo que escuché en conversaciones con las personas mencionadas.

Atentamente, N.N.